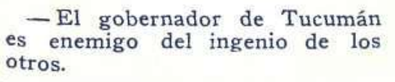
CARAS Y CARETAS





SE LE CONOCE EN LA CARA

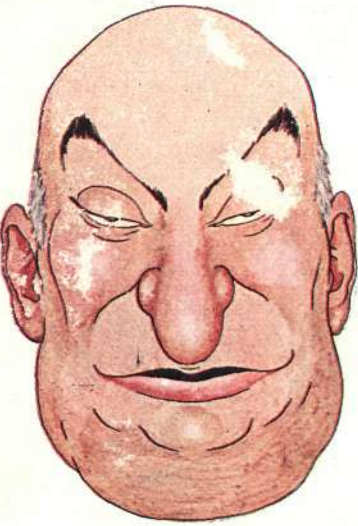


—El gobernador de Tucumán es enemigo del ingenio de los otros.

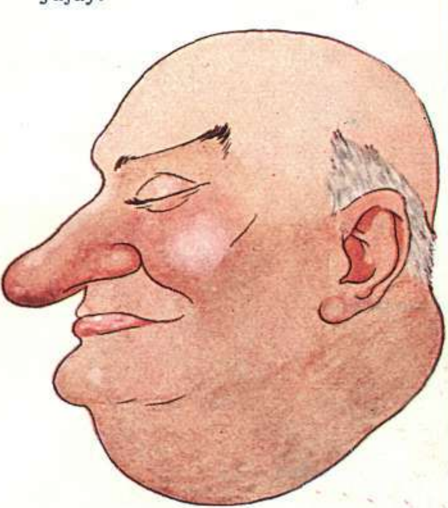
—No me gusta lo que pasa en Jujuy.



—San Juan está arreglado por el momento. ¡Está arreglado!



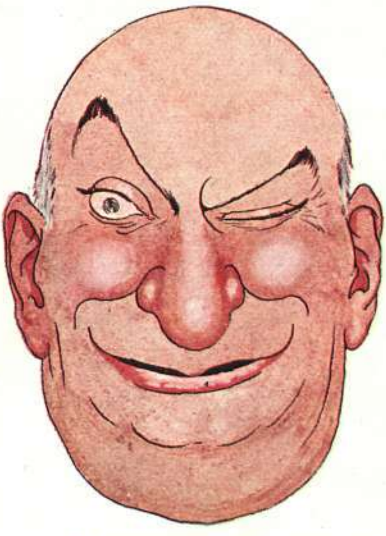
—El Senado, por superarme, se cruza de brazos y piernas.



—Y los diputados, por superar a los senadores, se cruzan de piernas y brazos.



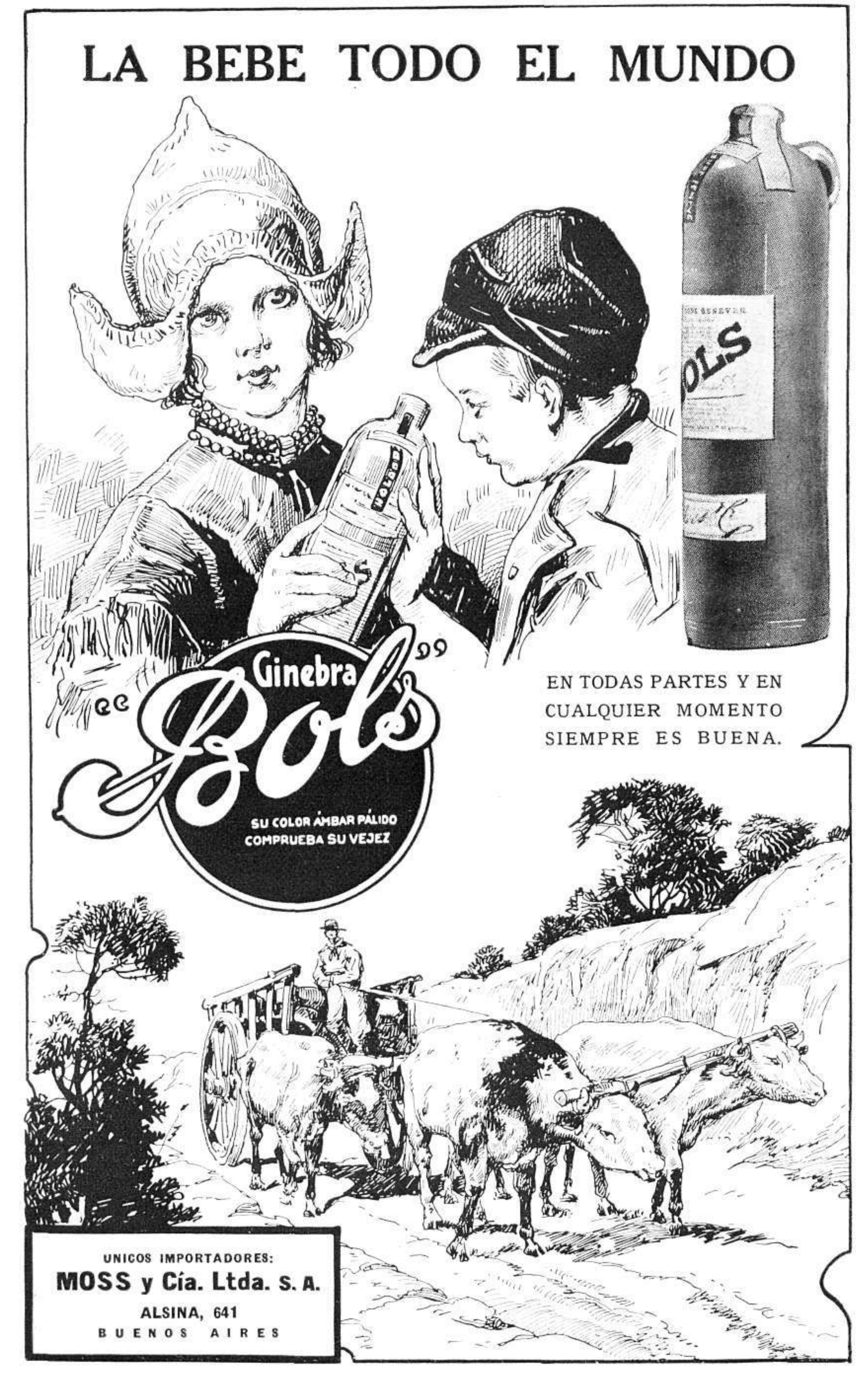
—Los empréstitos me preocupan más que los senadores y los diputados.

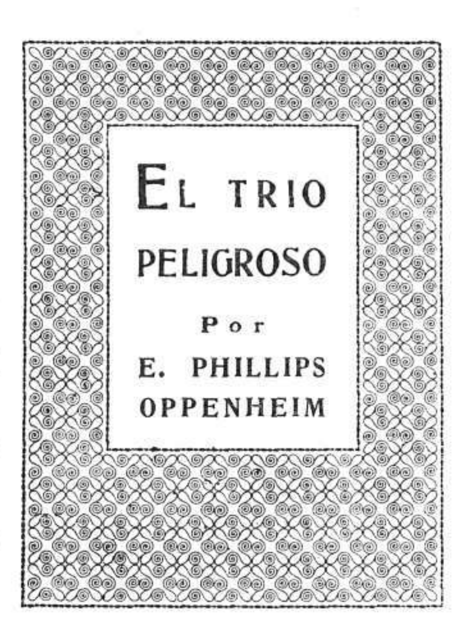


—El vicepresidente es muy simpático. Cuando viaje, me llevaré el bastón y la banda, por si acaso.



—El presupuesto es el cuento de nunca acabar.


LA BEBE TODO EL MUNDO
“Ginebra Bols”
SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
EN TODAS PARTES Y EN
CUALQUIER MOMENTO
SIEMPRE ES BUENA.
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS y Cía. Ltda. S. A.
ALSINA, 641
BUENOS AIRES



SEGÚN puedo recordar, esta es, más o menos, una copia de la carta que recibí uno de los primeros días del mes de marzo:

137, Golden Square,
Londres.

Apreciable señora:

Tenemos que informarle que, de acuerdo con el testamento del difunto William Soale, jardinero en Mayford, corresponde a usted un legado de 250 libras esterlinas.

Estamos dispuestos a entregarle esa suma si usted tiene a bien pasar a retirarla o enviarnos sus instrucciones.

Atentamente suyos,
HASKELL & HAMES.

Nadie se podría imaginar lo que aquel dinero significaba para mí. Hacía meses que trabajaba en un pequeño establecimiento de modas en Kensington, ganando apenas lo necesario para vivir, corriendo al trabajo por la mañana y volviendo a casa por la noche temerosa tanto de Michael, el hombre a quien en un tiempo quise, como de Norman Greyes, el hombre que había conquistado tan rara y poderosa influencia sobre mí. Después de mucha indecisión resolví embarcarme para Marsella, bajo el nombre de Janet Soale.

Gasté una buena suma en reponerme de ropa, cosí un billete de cien libras a mi corpiño, y me lancé en mi aventura. Los primeros días fueron maravillosos.

No me preocupé mayormente en conseguir un buen asiento en el comedor, por lo que me encontré relegada a uno de los rincones. Día por día respiraba en una atmósfera de reposo. Después sucedió lo que era natural; mi interés en la vida empezó a revivir y de nuevo me encontré joven y fuerte. Cuando llegamos a Gibraltar desembarqué entre un pequeño grupo compuesto de gente que se sentaba a mi mesa. Recorrimos las tiendas comprando las consiguientes e inútiles curiosidades del caso. Por primera vez sentí pasajera tristeza. Las postales no tenían uso alguno para mí. No había ni un alma en el mundo que se interesara en mis idas y venidas, porque conmigo la amistad parecía tornarse en tragedia.

Finalmente entramos en el hotel para tomar el te. Al rato de estar allí me sorprendió con cierto asombro el ver algo en la expresión de una mujer que era la única persona que había cuando entramos nosotros. Regularmente joven, sencilla, pero ricamente vestida, de pequeña y graciosa figura, ojos grandes y obscuros. Desde su rincón me miraba con una expresión de deliberada maldad. Jamás la había visto antes; sin embargo, era un hecho bien claro que en aquel salón del hotel de Gibraltar inesperadamente estaba ante una mujer que me odiaba.

Una hora después me encontré con la misma mujer en el vaporcito que nos conducía de nuevo a nuestro buque. Al verme hizo una sombría mueca, y yo, sin poderme contener, me dirigí hacia ella.

— ¿La he ofendido en alguna forma? — le pregunté.

Ella me miró fijamente, aun con la misma expresión de odio en sus ojos.

— ¿Usted es Janet Stanfield, no? — me preguntó.

— Es ciertamente mi nombre — repuse más sorprendida que antes. — ¿Cómo lo sabe?

— He visto su fotografía — dijo melancólicamente.

— ¿Dónde?

— En Nueva York. El me la mostró.

Se dió vuelta deliberadamente, como determinada a cortar la conversación. Hasta cierto punto me alegraba de su indiferencia, pero cuando estuve a bordo, mi bendita paz me abandonó. Me propuse recuperarla y alejarme de todos. Sin embargo, el señor People, mi compañero de cubierta, no hizo caso de mis indirectas y, arrastrando su silla, se acercó más aun a mí.

— Esa joven es la señora Luisa K. Martín — me informó. — Viene del oeste y desembarcará en Marsella.

— Ya me había olvidado de ella — le respondí.

El señor People se rascó la mejilla pensativamente. Era un hombre corpulento, de cara afeitada y pronunciados pómulos, pero con una expresión generosa en los ojos.

Por no continuar la conversación me levanté y le dije que me retiraba a dormir. Al entrar en el salón de música, en camino a mi camarote, noté que interrumpía una conversación. La señora Luisa K. Martín estaba en uno de los sillones ricamente ataviada y con un largo collar de perlas colgándole del cuello. Me dirigí directamente a ella, pues sabía que había estado hablando de mí, y la interpelé:

— ¿Va usted a Marsella para encontrarse con mi esposo?

Tan pronto las palabras salieron de mis labios sentí haberlas dicho... Lo sentí también por ella, en cierta forma.

Se volvió completamente pálida, y si las miradas pudieran matar yo sería ya mujer muerta. No me contestó. Esperé un momento y después continué hacia mi camarote.

Debe haber sido como las diez de la noche cuando sentí unos débiles golpes en mi puerta. Al instante adiviné quien era: Luisa Martín. Entró sin hacer ruido, y poniéndose un dedo en los labios se acercó a mí.

— Debemos tener mucho cuidado — dijo en voz baja. — Usted debe haber estado loca para hablar de Michael en público.

— ¿De mi esposo?

Ella sonrió desdeñosamente.

— Varios años antes de casarse con usted se casó conmigo — respondió — y con otra antes de nosotras dos.

Ese presentimiento hacía rato que me perseguía.

— Cuando dos mujeres quieren al mismo hombre — continuó Luisa — tendrían que olvidar todo cuando él está en peligro. No creo que usted lo quiera. ¿Por qué está aquí, entonces?

— No veo la razón de discutir este o cualquier otro asunto con usted — le contesté; — pero, en realidad, yo no tenía idea que Michael estuviera en Marsella.

Creí que me iba a golpear. Sus ojos despedían llamas.

— ¿Qué está haciendo en este vapor entonces? — me exigió.

— Vine de paseo — le respondí.

— ¡Idiota! — exclamó. — ¿No ve que probablemente la están siguiendo... que la policía se está sirviendo de usted?

— Usted está en la misma posición — le recordé.

—Ciertamente no. Yo he nacido en Marsella y conozco hasta el último rincón. Fuí yo quien indicó a Michael que es el lugar más apropiado para esconderse y quien lo llevó allí.

Nuestra conversación fué bruscamente interrumpida por mi camarera, quien entró para entregarme un sobre. Era un radiograma. Mientras yo rasgaba el sobre mi compañera me observaba con curiosos ojos, y apenas pudo esperar a que saliera la camarera.

—¡Embustera! —dijo casi escupiéndome en la cara.— ¿Ha visto lo que ha hecho? Ha puesto a la policía en el rastro.

Continuó con sus denuestos, pero yo nada oí. Toda mi atención estaba fija en las pocas palabras de la fórmula que tenía frente a mí:

Dombey, 31 Marzo, Genisis Luisa.



—¡EMBUSTERA! ¿HA VISTO LO QUE HA HECHO? HA PUESTO A LA POLICÍA EN EL RASTRO.

De pronto sentí sus dedos que me oprimían el brazo. Había leído el mensaje sobre mis hombros.

— Traiga el código — me dijo en voz baja y con un tono de orden. — Rápido.

— ¿Qué código? — le pregunté. — No sé qué es lo que está hablando.

Supongo que por fin se convenció, pues soltándome el brazo salió del camarote. Al momento volvió, con las mejillas coloradas y me devolvió el mensaje. Bajo las líneas había escrito con lápiz la interpretación:

Peligro 97 debe obrarse con prontitud Luisa.

— Supongo que seré una tonta, pero no puedo entender una palabra.

— ¡No me extraña que Michael no le confiara el código! — contestó ella con un gesto algo despreciativo. — Significa que hay alguno viajando en el camarote número 97 con quien yo... Luisa... mi nombre, debo obrar con prontitud. ¿Comprende ahora?

— ¿Pero cómo pudo Michael saber que yo estoy a bordo, y por qué me envió el mensaje a mí en vez de usted? — le pregunté.

— El jefe de policía de Marsella recibe anticipadamente una lista de los pasajeros que salen de Londres en cada vapor — respondió. — Michael tiene un amigo en la central. Es posible que me estén espiando y él sabía que yo la encontraría a usted aquí y que yo le sería de más uso que usted. Ahora, a descubrir quien viaja en la cabina número 97.

Con gran sorpresa para mí, el ocupante de esa cabina resultó ser el señor People, mi compañero de cubierta. A la mañana siguiente éste se sentó a mi lado como de costumbre. Siempre se había mostrado muy atento conmigo, pero su conversación fué siempre sencilla. Aquella mañana discutíamos sobre el calzado de señoras, cuando de pronto interrumpió la conversación para hablarme de otro asunto diferente.

— Así que se está haciendo amiga de la mujer que en Gibraltar parecía que quería comérsela con la mirada. Anoche estuvo en su camarote, ¿no es cierto?

— Por un momento. ¿Por qué no?

El miraba distraído el humo de su cigarrillo.

— Creo que usted tiene bastante sentido común para aceptar una palabra de recomendación — dijo. — Desconfíe de ella.

— ¿Por qué? — le pregunté.

El se encogió de hombros.

— Puede ser que haya hablado demasiado.

Pero en realidad no era así. En los últimos días se había producido un cambio maravilloso en mí. Casi me desconocía yo misma. Esos pocos días, libre del constante envenenamiento de la ciudad, hicieron en mi alma el efecto de un tónico. En simples palabras, mi asociación con Michael se me había hecho insoportable y sentía apasionado deseo de empezar una vida nueva como mujer honrada.

Así que, aunque estaba segura que People era un detective, no dije ni una palabra a Luisa, no obstante que durante las horas que siguieron presencié escenas sorprendentes. Se sentaron juntos por espacio de varias horas, y los hermosos ojos de Luisa parecían hacerse más elocuentes por momentos. Sin duda ella se había propuesto cautivarlo, y aparentenente lo estaba consiguiendo. Después de cenar la escena volvió a repetirse, y los dos parecían estar abstraídos en la más amorosa conversación. Yo paseaba por cubierta con el doctor de a bordo cuando inesperadamente el señor People se dirigió a él.

— Un momento, doctor.

Nos detuvimos. El señor People parecía levantarse con dificultad.

— Me parece que estoy enfermo, doctor. ¿Quiere hacer el favor de acompañarme por un momento a mi camarote?

Estaba tan pálido y débil que parecía pronto a desmayarse.

— Acabábamos de tomar el café — explicó Luisa — cuando el señor People se sintió indispuesto, pero no comprendo cuál puede ser la causa.

Cuando los otros desaparecieron me senté en la silla del señor People. Tan pronto como estuvimos solas, Luisa me miró con cierta expresión de triunfo en sus ojos.

— ¡Así es! — murmuró. — No creo que el señor People podrá seguirme a Marsella.

— ¿Quiere decir que lo ha envenenado? — le pregunté.

Ella me miró con una significativa sonrisa.

— Algunos prefieren el revólver — dijo. — Yo elijo el medio más seguro.

Entonces comprendí que Michael le había dicho todo. En ese momento todo lo que antes había sentido de cariño por él se convirtió en odio.

Al día siguiente entramos en el puerto de Marsella.

En los últimos días del mes de marzo, después de unos meses de vieje por Egipto y Argelia, llegué a Monte Carlo donde encontré un telegrama de mi amigo Remmington rogándome que fuera a Marsella sin pérdida de tiempo. Comprendí que sólo podía haber una razón en aquella llamada, por lo que en menos de doce horas me encontraba con Remmington y M. Demayel, el jefe de la policía de Marsella, inspeccionando una villa de los suburbios, la cual había sido hacía poco escenario de uno de esos crímenes misteriosos con que esa parte de la ciudad se hacía famosa.

Yo no había hablado con Remmington, y no tenía idea de la clase de ayuda que se me pedía, por cuanto el crimen no tenía característica especial. El último habitante de la villa, un hombre de más de setenta años, fué encontrado con graves heridas en la cabeza y sin conocimiento. En el hospital no tenían esperanzas de que recobrara el sentido. Le habían robado una fuerte suma, cuya posesión tontamente hizo pública en un café de los alrededores, y parecía que los responsables eran una banda de salteadores que en los últimos meses fueron el terror de la comarca. Después de practicar la rutina usual en la investigación en el lugar del hecho, nos dirigimos en silencio a la central de policía, y allí, en el despacho privado de M. Demayel, Remmington explicó lo que tanto había estado preocupándome.

— Por supuesto que usted sabe, Greyes — empezó — lo que el llamado a usted significa.

— Michael, supongo.

Remmington cabeceó asintiendo y pude ver en sus grises ojos de fría mirada que creía encontrarse cerca del principio del fin.

— Lo seguimos hasta París — dijo — y después hasta aquí. Casi inmediatamente como monsieur Demayel le dirá, se notó no sólo un aumento en el número de crímenes sino que había todas las evidencias de que un hábil criminal operaba en gran escala. Durante los dos últimos meses se han cometido robos por 11.000.000 de francos.



POR ÚLTIMA VEZ, JANET, LA VERDAD.

— ¿Y el eslabón...? — le pregunté.

— Hace ocho días — continuó mirándome fijamente — Janet Soale se embarcó en Tilbury para Marsella. La mujer que fué la compañera de Michael en Nueva York, que se hace llamar Luisa Martín, se embarcó en el mismo vapor en Gibraltar, y ambas están en viaje hacia aquí, esperándose que desembarquen esta noche. Creo que monsieur Demayer puede mostrarle algo que le será de interés.

M. Demayer puso frente a mí un pesado libro, y me indicó con el dedo la filiación de la persona en quien recaían las sospechas.

Leí, aunque no con mucho interés, ciertos datos del registro que poca luz podían dar sobre la persona en cuestión, pues yo conocía muy bien la habilidad de Michael en cuanto a despistar su filiación.

— ¿Y finalmente? — pregunté.

— La persona en cuestión — dijo M. Demayer — ha cambiado anoche en el Casino de Bandol uno de los billetes de mil robados de la casa que hemos visitado esta tarde.

— ¿A qué distancia está Bandol? — le pregunté.

— A cuarenta y siete kilómetros de aquí, y ya hubiéramos estado allí si no fuera por la insistencia del señor Remmington en que lo esperáramos a usted.

Durante el viaje hice sólo una pregunta:

— Usted citó el nombre de Janet Soale, Remmington — dije. — Ese era su nombre antes de casarse con Michael.

— Por una razón u otra ha vuelto a tomarlo — respondió él. — Posiblemente ha descubierto lo que yo sospeché por un tiempo.

— ¿Qué quiere decir? — le pregunté sorprendido.

— Creo que Michael se había casado años antes con esta mujer Luisa Martín. Puede ser que Janet haya venido para tratar de descubrir la verdad. Tenemos la seguridad de que hace varios meses no ha tenido comunicación con Michael.

Llegamos a Bandol al obscurecer, y en las afueras del pueblo encontramos la Villa Violette, una apartada casita construída entre las rocas de la orilla de la bahía. Dejamos el auto en el camino y tomamos la senda que conducía a la casa. Nuestra llamada fué contestada al instante por una corpulenta francesa, quien sacudió la cabeza con disgusto cuando le preguntamos por M. Guy.

— El señor ha salido en su automóvil — dijo. — Puede ser que vuelva pronto y puede ser que no vuelva en toda la noche. Si los señores quieren dejar algún mensaje...

— Entraremos para esperarlo — sugestionó Demayer.

La mujer no se movió de la puerta.

— ¡Eso es imposible, señor! — exclamó.

M. Demayer le tocó en el hombro, mirándola curiosamente a la cara.

— Señora — le dijo, — yo soy el jefe de la policía, y voy a donde quiero. Además, creo que su cara me es familiar.

Ella retrocedió con una maligna expresión en los ojos.

— *¡Chef de la Sureté!* — exclamó. — ¿Pero quién ha hecho mal aquí?



NUESTRAS PISTOLAS SONARON SIMULTÁNEAMENTE.

Registramos la sala y el comedor de M. Henri Guy, y nada encontramos fuera de lo que pudiera pertenecer a un indiano que había hecho su pequeña fortuna en la fabricación de azúcar, según los datos que me mostró M. Demayer. Pero en el dormitorio encontré objetos delatadores. En un rincón y cubierta con una manta estaba la bolsa de los palos de golf que Stanfield usó cuando jugó contra mí en Woking, la que al instante reconocí.

Pero faltaba encontrar al hombre. Continuamos allí por media hora más durante la cual registramos la casa minuciosamente. El garage estaba vacío, y Remmington notó seis a ocho latas vacías, evidentemente usadas en el día.

— Salió preparado para un viaje — dijo. — No creo que veremos hoy a nuestro hombre.

Nos dispusimos a partir. El ama de llaves, quien ya parecía estar segura dei regreso de su patrón, hizo lo que pudo por persuadirnos a que saliéramos. M. Demayer la interrumpió:

—Señora — le dijo. — Usted tendrá la amabilidad de considerarse bajo arresto. Dejaré un policía en la casa y mañana será interrogada. Al mismo tiempo no intente comunicarse con nadie.

La mujer ya no era más la sumisa y respetable doméstica. Rompió en un torrente de furiosas quejas y dicterios, expresándose en un argot que no pude comprender. M. Demayer la escuchó atentamente; después se volvió al agente que llevabamos en el auto, al lado del chauffeur.

— No pierda de vista a esta mujer — le ordenó. —Es del barrio marítimo, donde supongo estará escondiéndose su patrón.

De pronto la mujer soltó una carcajada, y señaló hacia la avenida.

— Es el señor que regresa — dijo. — Ahora, ¿qué le van a decir... después de haberle revuelto la casa? *¡Chef de la Sureté!* ¿eh? ¡La, la!

Nos detuvimos en la puerta, y yo, por mi parte quedé sorprendido. Un caballero de mediana edad, alto y de respetable apariencia, detuvo frente a nosotros su pequeño Citroyen y levantó el sombrero cortésmente.

— Buenas tardes, señores — dijo. — ¿A qué debo el honor de esta visita?

— ¿Es usted monsieur Guy? — le preguntó M. Demayer.

— Efectivamente.

Descendió del auto y nos miró a uno por uno. Yo sabía mejor que los otros que Michael era un maestro en el arte de disfraces, pero al instante reconocí que el hombre que teníamos frente a nosotros no era el que buscábamos. La mirada de Remmington me encontró, y estábamos de acuerdo.

— Yo soy el jefe de la policía de Marsella — le dijo Demayer, — y tendrá el bien de contestar a ciertas preguntas. ¿Hace mucho tiempo que vive aquí?

— Hace diez meses, señor.

— ¿Cambió usted ayer en el Casino un billete de mil?

— Efectivamente.

— ¿Dónde obtuvo ese billete?

— Lo saqué de mi escritorio, señor.

Yo me aventuré a hacer una pregunta por mi cuenta.

— ¿Es suyo este automóvil?

— Naturalmente — fué la rápida respuesta. En mi garage sólo tengo lugar para uno.

Me retiré por un momento, y regresé con los palos de golf.

— ¿Estos son tal vez suyos? — le pregunté.

— Fueron dejados por el inquilino anterior — respondió sacudiendo la cabeza.

Entré en el garage y saqué rodando uno de los varios pneumáticos de repuesto que había allí.

— Si no tiene otro coche — le dije, — ¿cómo se explica que todas las gomas que hay en el garaje son de mayor tamaño que las del Citroyen que usted manejaba?

Dió vuelta a la cabeza, confuso por primera vez. Comprendía que había llegado al fin. El gendarme apareció con un hombre regordete en mangas de camisa.

— Este es el dueño del café de la esquina — dijo, — y dice que conoce bien a su vecino.

— ¿Es este el señor Guy? — le preguntó M. Demayer.

— No, señor — declaró el otro. — Este señor es desconocido. Monsieur Guy salió esta mañana en su coche para París, según dijo.

Demayer se volvió hacia el pseudo Guy.

— ¿Bien?

— He hecho lo que me han pagado que hiciera — le contestó encogiéndose de hombros. Estoy a su disposición, señor.

— Cierre la casa — ordenó Demayer al gendarme, — y conduzca este hombre y la mujer a Marsella. En cuanto a nosotros — continuó, dirigiéndose a Remmington — nada nos queda que hacer aquí. Tendremos que esperar esta noche la llegada del vapor. Por medio de las mujeres encontraremos el paradero de nuestro hombre.

Remmington y yo cenamos en un apartado res-

taurante, donde Demayer prometió reunirse con nosotros después de la cena. Antes de llegar al café lo vimos entrar, dirigiéndose apresuradamente hacia nosotros, seguido de otra persona de aspecto militar.

— Señores — dijo al sentarse por un momento. — Algo grave ha sucedido. Mi secretario ha desaparecido. Se ha probado que estaba en comunicación con la banda de criminales, y es él, sin duda, quien advirtió al hombre que ustedes llaman Michael. Pero hay algo peor, la información que me dió de que el *Ciclon* llegaría esta noche, es falsa. El vapor llegó esta mañana y desembarcaron todos los pasajeros. Pero tengo la información de un detective americano que las vino siguiendo a bordo, y si se ponen inmediatamente en camino, podrán tal vez dar con el paradero de los tres. Mi ayudante, el señor Santel, los acompañará con toda la ayuda necesaria.

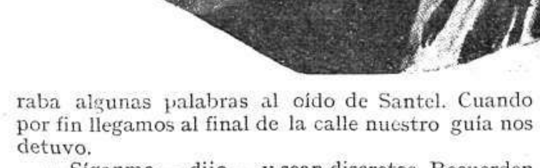
Estas noticias no eran de esperar, pero sin embargo no me causaron la menor sorpresa, tratándose de Michael y sus cómplices.

En el auto que nos esperaba pasamos del esplendor de la ciudad a la región inmunda y bulliciosa por entre bulevares cuyas paredes estaban cubiertas por la mugre, donde la gente se hacía más repulsiva cada vez.

— Supongo que la ley tiene poca fuerza aquí — dije a nuestro acompañante.

— Los desperdicios del mundo se encuentran siempre donde hay un gran puerto — respondió él — Esto es la válvula de seguridad para ellos. Los dejamos en paz cuendo podemos, pero cuando nos fuerzan a venir lo hacemos como ahora... a cientos.

Al detenernos unos minutos después, comprendí lo que quiso decir. Por cada esquina que pasábamos algún transeunte murmu-



raba algunas palabras al oído de Santel. Cuando por fin llegamos al final de la calle nuestro guía nos detuvo.

— Síganme — dijo — y sean discretos. Recuerden que al menor incidente cientos de estas ratas se meterán en sus cuevas.

Entramos en un café, el más ruin y sucio que había visto en mi vida. Había una docena de hombres bebiendo, varios de ellos ya borrachos. Una mujer se escurrió detrás del mostrador y nos miró, una mujer cuyas desgarradas ropas parecían desprenderse de su repulsivo cuerpo.

— En nombre de la policía, señora — murmuró Santel a su oído.

— A sus órdenes — respondió ella.

— No buscamos a ninguno de sus pájaros — continuó Santel, — así que hágase a un lado.

La mujer se encaró, pero encogiéndose de hombros se hizo a un lado. Pasamos por una puertita que había detrás del mostrador, y nos encontramos en una habitación obscura donde había sólo cuatro hombres, quienes al ver a nuestro guía se acercaron a él para decirle algo que nosotros no pudimos oir. Por indicación de Santel preparamos nuestras linternas eléctricas y nos dispusimos a seguirle.

Eramos siete, locos con el deseo de capturar a aquel hombre. Santel buscaba la forma de abrir lo que parecía una puerta, sin conseguirlo. Entonces oí la voz de Michael, fría e imponente como siempre.

— Por última vez, Janet, la verdad — dijo. — ¿Qué hiciste con el dinero que te dieron por las joyas y por qué me has seguido hasta Marsella?

— Nadie me ha dado dinero — respondió ella después de un corto silencio.

Siguió una burlona risotada, y comprendí que la otra mujer estaba cerca de ella.

— ¡Embustera! — exclamó Luisa. — Dinos, ¿por qué viniste a Marsella y por qué nos ha seguido el detective Remmington? Dinos, ¿quién hizo venir a Norman Greyes de Monte Carlo?

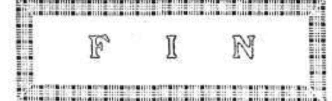
— Yo no sé de esas cosas — fué la débil respuesta. — Mi tío me dejó doscientas cincuenta libras... Soale, el jardinero que en un tiempo trabajó contigo, Michael. Vine a Marsella de paseo y para descansar.

— Has tenido tu oportunidad, Janet — dijo Michael. — Ahora te dejaré con Luisa.

La voz de Janet se alzó como un ruego.

— ¡No me dejes sola con ella Michael! — imploró.

Un ataque de locura sacudió mis nervios. Me lancé contra la puerta con todo el peso de mi cuerpo, y todos rodamos en un montón. La impresión de aquel momento nunca abandonará mi memoria. Janet, pálida y muda de terror, nos miraba con la mayor sorpresa pintada en su rostro. Luisa, con sus ojos llenos de odio, retrocedió un paso. Michael, con la cara desfigurada, pero con sus inconfundibles ojos, estaba ya cerca de la puerta de escape. Levantó su brazo simultáneamente conmigo. Nuestras pistolas sonaron a la vez, y el ruido de los disparos fué seguido del portazo de la trampa de escape al caer. Sentí un agudo dolor en mi hombro derecho. En seguida se me nubló la vista y me pareció que todo giraba a mi alrededor. La última cosa que recuerdo haber oído claramente fué la risa irónica de Luisa Martín.

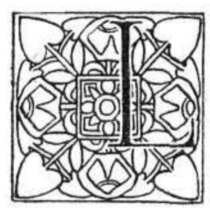


NOSTALGIA

POR

CLARA FIEBICH

MACAYA



Los habitantes de la aldea Eifel estaban intrigados con la aparición de aquellos hombres desconocidos que hablaban un idioma incomprensible. Parecían estar siempre emocionados y conversaban en voz alta con ademanes expresivos. El maestro de escuela les explicó que eran italianos, habitantes del país de los bosques de naranjas doradas en que la uva crece sin necesidad de ser cultivada.

¡Qué país tan delicioso debía ser aquél sin invierno prolongado y penoso! ¿Por qué esta gente abandonó su bendita patria para irse allí?

Eran cien hombres que vinieron para los trabajos de construcción de la vía férrea que uniría la aldea Eifel con el resto del mundo, y cuando ellos se acordaban de su Italia, sus ojos negros y brillantes se obscurecían, cubriéndose de nubes.

El verano era caluroso y la población local se sofocaba, mientras los forasteros, por lo visto, no sentían calor. En la línea férrea en construcción se notaba una gran animación que semejaba la vida de una colmena.

Las bellas de la aldea tenían curiosidad por saber lo que hablaban estos hombres. Son algo raros los forasteros. Todos tienen aspecto... de bandidos. De noche, cuando terminan la tarea diurna, salen a pasear por la calle principal de la aldea, los sombreros ladeados, el saco terciado al hombro, la camisa desabrochada que deja ver el pecho velludo y moreno, y en vez de medias unos trapitos que envuelven las piernas; los ojos grandes y negros que despiden llamaradas... Llaman la atención de las muchachas. No, que digamos, para tenerlos de novios. ¡Dios nos libre! ¡Son capaces de comérsela a una viva! Pero es muy curioso saber de qué hablan, qué piensan. ¿Les gustará el país?

Luigi Forpiglia, de Santa Margarita, Liguria, se sentía contento. Verdad que al principio, en primavera, sufría mucho del frío, pero ahora, desde

que hace calor, está bien. Sin embargo, lo atormenta la nostalgia que empaña el brillo de sus ojos negros. Solamente lo recupera, como ágata pulida, y su cara se inunda de alegría los domingos cuando va al correo para girar a su casa el sueldo semanal. Lo manda todo, hasta el último céntimo, a su Herminia para que viva y economice algo. Ante la imagen de la Madonna le prometiera mandarle todas sus ganancias. De otro modo ella hubiera preferido morirse de hambre antes que dejar a su Luigi ir a un país lejano donde corren los lobos por las calles. Los dos se profesaban hasta entonces un gran cariño, no obstante tener muchos hijos y medios muy escasos para vivir.

Pero ahora él percibía un dineral. Cada semana le mandaba más plata que lo que ganaba antes en un mes. Le resultaba caro mandarla, pero no quería guardar dinero porque desconfiaba de sus compañeros que dormían en el mismo galpón.

Además le gustaba llevarle la alegría a su Herminia adorada y quería hacerlo lo más a menudo posible. Todos los domingos, apenas cobrado el sueldo semanal, corría al correo con el dinero en el puño cerrado y escondido en el bolsillo del pantalón.

La muchacha hija del viejo jefe del correo local, que mantenía a su padre, se fastidiaba con esa aparición semanal que la obligaba a interrumpir la interesante lectura de la novela que publicaba el número del domingo del diario local. A veces se le antojaba hacerle esperar un largo rato, y sólo después que escuchaba la tos impaciente y tímida de Luigi abría la ventanilla del despacho, y al encontrar su mirada bondadosa y crédula se le pasaba el mal humor.

— Es muy caro veinte céntimos — trataba de regatear el hombre en todas sus visitas, entregando por fin la moneda y esforzándose en explicar su idea con ademanes a falta de palabras conocidas en el idioma que no era el suyo.

La muchacha no podía hacer rebaja y se empeñaba en explicarle, gritando como si hubiera hablado con un sordo, que no hace falta mandar a menudo, que mandando una vez por mes le resultaría más barato. Luigi se sonreía meneando la cabeza, decía que era «caro», y el domingo próximo infaliblemente volvía a aparecer.

La hija del empleado del correo tenía treinta años y era bastante bonita todavía, pero permanecia soltera. Era sentimental y siempre soñaba con la dicha de la vida conyugal, con un marido bueno y cariñoso. El gran amor que profesaba Luigi a su mujer la enternecía; hasta su voz abaritonada y vehemente adoptaba un tono de cariño y veneración cuando pronunciaba el nombre de la esposa al dictar su dirección a la señorita.

Luigi la parecía bueno, y le gustaría conversar con él; pero era difícil, porque él no sabía hablar alemán ni ella italiano.

Luigi, a su vez, profesaba una gran simpatía por la señorita; era blanca y tierna, tenía mejillas rosadas, ojos celestes, cabello rubio; exactamente como la Madonna de la iglesia de Santa Margarita. Era buena y cariñosa y se le podía confesar todo.

Una noche, cuando la oficina estaba cerrada, la sirvienta anunció a la señorita que la quería hablar el italiano de los domingos. La señorita salió y vió a Luigi con la cara sonriente que le presentaba a su compañero y compatriota Lippo. A la luz confusa de las estrellas la muchacha notó que los ojos de Luigi brillaban de alegría y que estaba muy emocionado mientras sacaba de un sobre un pliego.

La señorita sabía que ese día le llegara una carta de Italia, y cuando Luigi, señalándola con el dedo y luego a su amigo, la miró a ella radiantes los ojos y dijo: «Lippo leer... *freilein*», se dió cuenta de que quería comunicarle las noticias recibidas.

Ella les hizo entrar a la cocina, donde ardía un lindo fuego, muy agradable para los italianos, que empezaban a sentir frío al principio del otoño.

— Lippo leer... — dijo nuevamente Luigi, mirando a su compañero, muy orgulloso de él porque sabía leer y escribir en italiano y además hablaba el alemán.

Lippo empezó a leer, traduciendo cada frase al alemán. A veces resultaba cómico, pero a la señorita no le causaba risa; muy al contrario, le interesaba mucho y hasta la conmovía tal lectura.

La mayor parte de la carta consistía en palabras altisonantes, seguramente copiadas de algún libro de correspondencias; pero Lippo leía con tanto entusiasmo y las palabras del idioma extranjero sonaban tan bien, que la sentimental señorita sentía una gran veneración por la mujer que sabía escribir tan lindo y amar tan intensamente.

No obstante que Luigi ya había escuchado varias veces la carta y sabía muy bien que no era Herminia la que la redactara — ¿acaso puede inventar algo semejante una simple mortal? — estaba muy orgulloso de todas las bellas palabras escritas por su amada Herminia y su corazón rebosaba de ternura.

Lippo leía el final de la carta: «Pronto te voy a mandar el queso que te gusta tanto, mi querido marido. ¡Qué Dios te bendiga! ¡Qué te proteja la Santísima Madonna y que te conduzca a los brazos abiertos de tu mujer, que siempre te ama y llora tu ausencia! — *Herminia*.

Estas palabras conmovieron mucho no solamente al marido sino también a la señorita, de los ojos de la cual brotaron lágrimas abundantes.

Luego seguían recuerdos de los chicos. La mayorcita escribió: «¡Querido padre! Te mandamos mil saludos y besos! ¡Qué te defienda la Madonna a la que siempre rezamos por ti!» Los más pequeños ponían cruces.

Luigi, conmovido en sumo grado, nada decía; pero, poniéndose la mano sobre el corazón, pronunció la palabra Herminia con tanta ternura como si le hubiera enviado un beso. Su compañero soltó la carcajada y sus ojos, negros como los de Luigi pero menos sinceros, brillaron burlonamente.

— Su Herminia es gorda... ¡así! — dijo a la señorita estirando los brazos para mostrar su corpulencia; luego empujó a Luigi, que quedó pensativo y le dijo algo en italiano.

A la señorita no le gustó su conducta: ¿por qué se estará burlando del bueno de Luigi? ¡Seguramente le tiene envidia! ¡Qué hombre más antipático!

Luigi le contestó, luego Lippo le dijo algo y siguieron la conversación tan rápida y acalorada que a la señorita, aunque no comprendía ni jota, le pareció que disputaban. Por fin Lippo dijo en alemán:

— Somos buenos amigos, signorina. A mí también me gusta el queso y el compañero me dará la mitad.

Luigi dijo que sí meneando la cabeza.

— La mitad a Lippo — y como para prestar el juramento levantó dos dedos en el aire.

Por lo visto querían tomarla a ella como testigo de esta promesa.

Desde entonces casi todas las noches, después de terminar su trabajo, Luigi iba al correo para averiguar si había llegado el queso, y se volvía triste al oir la respuesta negativa.

Poco a poco los dos se acostumbraron a estas veladas nocturnas. Luigi llegaba, sentábase a la mesa y contaba a la señorita, ocupada con sus que-

haceres domésticos, la pintoresca y afanosa vida de su familia. A veces no decía nada y seguía con su mirada bondadosa todos los movimientos de la joven. ¡Pobre Luigi! Sufría mucho a consecuencia del frío y la señorita empezó a tejerle un par de medias de lana.

El peón y la sirvienta se sintieron ofendidos por la preferencia que daba al obrero italiano, pero fueron vencidos por su carácter bondadoso. En cuanto a la señorita, estaba muy contenta de que él pasase las tardes allí en su cocina en vez de ir a la taberna y emborracharse, como lo hacían sus compañeros.

Por fin vino el día ansiado. Llegó aviso al correo anunciando que el queso estaba en la aduana. La señorita mandó la grata noticia a Luigi. El hombre llegó apresurado a la hora del almuerzo y con la cara sonriente y las manos temblorosas tomó el papelito que decía: «Formaggio, kilos 3,660. Uffizio Italiano d'uscita».

¿Con qué presentando este papelito recibiría el queso? ¡El queso llegado de la patria! ¡El queso preparado en su casa con leche de la cabra que estaría trepando por las montañas de su patria, a la orilla del mar azul, y condimentado con las hierbas aromáticas de las llanuras de su país natal!... El queso que, desde que se tiene memoria, forma la parte indispensable de la comida cotidiana en las casas de los ricos y en las fiestas de los pobres... Cada acontecimiento en la vida de la familia se festejaba con queso y vino tinto... Sus amigos y parientes comían queso en la noche de bodas, y bebiendo vino se les deseaba «felicissima notte». Cuando llegaba a ganar un poco más de lo común se apresuraba a dar gusto a su Herminia y a sus hijos trayéndoles queso; él último día, cuando Herminia le despidió sollozando, comieron queso en familia...

— ¡El queso, signorina! ¡Muy bueno! ¡Formaggio d'Italia, molto buono! — y no sabiendo cómo expresar su éxtasis, se golpeó el pecho y hasta el vientre para demostrarle lo rico que era el queso de su patria.

A Luigi le parecía que junto con el queso llegaba su patria, su Herminia y sus hijos. Hasta el aire del país extranjero le pareció más suave...

Y el pobre hombre sollozó ante tan íntimos recuerdos.

La señorita no logró dormir aquella noche molestaba por el ruido, gritos, cantos y bailes en la taberna vecina. Era el sábado por la noche cuando los obreros derrochan la ganancia de toda la semana.

Luigi vinó a la tarde para mostrarle el queso, parecido a un pan grande. Su compañero Lippo le seguía, impaciente por recibir su parte, y sacó a la fuerza a su compañero de la cocina para llevárselo a la fonda. La señorita estaba inquieta al pensar que lo emborracharían allí... El reloj de la iglesia ha dado la una. ¡Qué tarde! La señorita abrió la ventana y escuchó. ¡Dios mío, qué ruido y qué gritos! Parece que se están peleando... Se oye la voz de Luigi... y la de Lippo... Ya eran las dos cuando volvió a su cama y se durmió.

En la taberna seguía la fiesta. Luigi no se decidía a cortar el queso. Claro está que daría a Lippo la mitad prometida. Era digno de este regalo regio; le leía siempre las cartas de su familia, escribía de su parte todo lo que le dictaba su amor a Herminia y a los chicos, su nostalgia y su tristeza causada por la separación... Pero tiene ganas de contemplar nuevamente el queso.

¡Es tan lindo, tan entero y redondo! ¡Cuántas privaciones habría sufrido su Herminia con los chicos para darle ese gusto! ¡Cuánta plata le costó!... ¡Cómo lo quiere su querida y fiel Herminia!...

A Lippo le dió rabia: ¡fiel! ¡Gran cosa ser fiel si nadie atentaba contra su virtud! ¿Quién se iba a dejar seducir de una gorda? ¿Y los chicos? ¡Qué tesoro! Sucios, enfermizos...

Luigi se puso furioso, pero trató de contenerse: sería un pecado enojarse con el pobre Lippo.

¡Estaba tan solo y era tan desdichado!... Su mujer le abandonó, no tuvo hijos, llevaba una vida de vagabundo lejos de su patria... Le envidiaba su dicha; había que perdonarle...

Sin pronunciar una palabra apartó su vista de Lippo y volvió a mirar sonriendo a su queso, emblema de su dicha y de sus alegres esperanzas. Pero en este momento Lippo, agotada su paciencia, sacó de su bolsillo un cuchillo y cortó el queso en dos partes iguales.

Luigi se encolerizó, pero luego pensó: «Es malo que Lippo se apodere de su parte por sí y ante sí, pero no se le puede negar su derecho».

Lippo agarró el queso y empezó a comérselo con avidez. Los obreros lo miraban y se les hacía agua la boca. Por fin uno le pidió un pedacito para probar, nada más que por curiosidad de saber si se parecía al queso de su aldea. Al primero le siguieron otros y al cabo de poco tiempo lo terminaban. Mientras tanto Luigi conservaba su parte casi intacta: sólo se había permitido cortar una tajadita que comía a pedacitos para gustarlo más tiempo.

De repente Lippo se acaloró y palideció de rabia. De un salto se acercó a Luigi y le arrancó el queso de las manos. Luigi, estando menos borracho que él, logró salvar su tesoro y lo guardó en el bolsillo del saco. Entonces empezó la lucha cuerpo a cuerpo. Los obreros, todos borrachos, presenciaban el espectáculo muy contentos con la nueva diversión. Pero bien pronto se dieron cuenta de que el juego era peligroso porque la rabia de Lippo llegó al extremo, y en vista de ello se dicidieron a separarlos. Pero Lippo logró desprenderse de los que le sujetaban, y furioso se arrojó sobre Luigi, clavándole el cuchillo en el pecho, y antes de que los presentes pudieran darse cuenta de lo ocurrido, escapó.

La señorita, arrodillada ante Luigi moribundo, acostado en el suelo de la taberna, rezaba con la voz entrecortada por los sollozos. La mirada semiapagada del pobre italiano buscaba sus ojos, los ojos de su Madonna en la tierra extraña... En la calle desierta no quedaba siquiera un rastro del drama que pasó al amanecer. Solamente detrás de la puerta de la taberna se veía tirado en el fango y pisoteado un pedazo de queso, de ese formaggio d'Italia que mandó Herminia de la lejana patria al esposo carísimo.

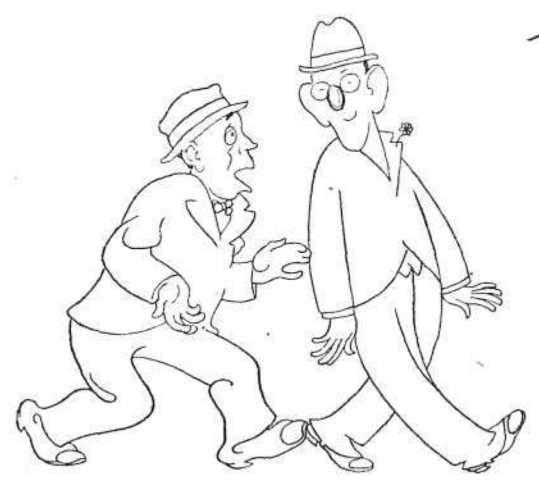
TRADUCIDO DEL ALEMÁN POR

R. L. DE DORFMAN

DIBUJO DE MACAYA

DICHO Y HECHO, POR SIRIO

PREGUNTAS DE UN CURIOSO



— ¿Por qué el vice no acompaña en su viaje al presidente?



— ¿Qué se ha hecho de la intervención a Córdoba?



— ¿Por qué pasa en el Concejo de Rosario lo que no pasa en el de Buenos Aires, cuando éste tiene la pretensión de ser el primero en todo?



— ¿Por qué aseguran en el Senado que Elpidio ha oído campanas de alarma y no sabe dónde?



— ¿Por qué Alvear manda a su secretario a que lo despida de Elpidio y no va él personalmente?



— ¿Por qué habla con desagrado Saguier de la sombra que le persigue?

Los secretos de una tumba descubierta en el cerro Lincancaur



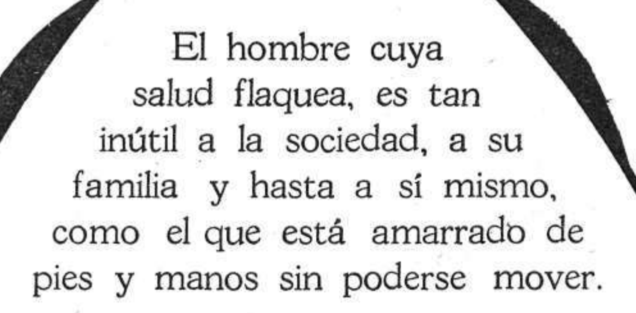
La momia descubierta por el señor Gentile Leonardis, en el preciso límite argentino-chileno, a 5.500 metros de altura, cuando exploraba la zona en busca de un "tapado" o tesoro, cosa que, según todos los indicios, ha conseguido, pues si no material, arqueológicamente considerado es un verdadero tesoro el hallazgo dado el admirable estado de conservación de los objetos y del cuerpo, que debió ser un alto jefe.

No es muy frecuente el hallazgo de momias en tan buen estado de conservación como la encontrada en el cerro Lincancaur.

Un rico ajuar acompaña al cadáver, testimoniando una vez más el culto de los muertos practicado por estas razas autóctonas americanas, y su riqueza está en razón directa de la dignidad que debe haber tenido la persona momificada, seguramente un gran jefe a juzgar por las hachas y la lanza de piedra que han sido encontradas en el mismo sepulcro.

Entre hermosas vasijas de cerámica de distintas formas y decoraciones hay también platitos, vasos de forma cilíndrica y pequeños objetos del mismo material, juguetes muy probablemente. Piedritas de colores, piedras agujereadas para collares en turquesas, piedras blanquecinas cortadas irregularmente y perforadas para ser usadas como collares.

El conjunto del ajuar da la impresión de una técnica parecida y casi idéntica a otros hallazgos que se han hecho en la Puna de Atacama.



El hombre cuya salud flaquea, es tan inútil a la sociedad, a su familia y hasta a sí mismo, como el que está amarrado de pies y manos sin poderse mover.

LA IPERBIOTINA MALESCI

le librará de la **neurastenia, fortificará sus nervios, dará nuevos elementos a su sangre** y en general le hará sentirse otro, librándole de las ligaduras terribles que lo postran.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia).

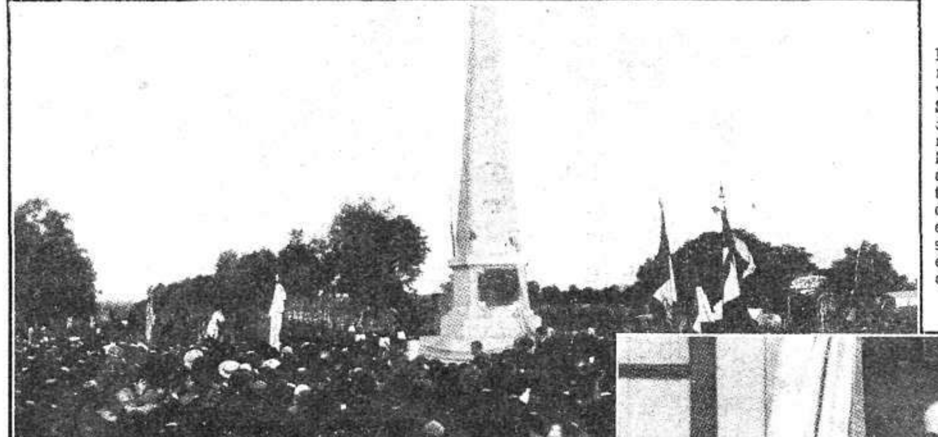
Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871
BUENOS AIRES

En el V aniversario de la muerte de José Enrique Rodó



Inauguración del monumento elevado a Rodó en el Salto. Por la sencilla belleza y majestad de sus líneas, el obelisco dedicado a perpetuar la memoria de aquel preclaro espíritu, cumple el sentimiento que en la artística obra se ha querido expresar.

El doctor Alberto Nin Frías pronunciando su elocuente discurso conmemorativo en el Liceo Departamental, que constituyó la nota más saliente de los actos realizados en el homenaje. Como en la bellísima disertación se alude a nuestro semanario, no podemos menos de ceder al deseo de reproducir aquellas frases en que establece las relaciones que a nosotros le unían. «La esperanza de redimirse a sí mismo, vale decir, destruir su nostalgia por una nueva visión de las cosas, le impulsó a viajar por tierras de belleza e intensa civilización. El realizar este anhelo fué su constante preocupación. Esta actitud de su espíritu puso amargura en su corazón y silencio en los labios. Realizó su propósito cuando el semanario literario argentino "Caras y Caretas" le ofreció el puesto de corresponsal en Europa. El abandonar por vez primera el país de su nacimiento parece haber despertado la silente admiración que sus conciudadanos tenían por su genio. Una demostración espléndida trajo a la atribulada alma del más eminente hijo artístico del Uruguay un eco de esa estimación universal en que había de admirarse su nombre en lo futuro. Fuése para no volver jamás».



Por la mañana, al levantarse,

cuando está uno con un resfrío o una bronquitis, empieza la tos cansadora y desgarradora. Aun acostado conviene ponerse en la boca una

Pastilla iodeína Montagu

Su acción suavizante es tan marcada que basta esto para cortar el ataque, pues quita el cosquilleo de garganta que incita a toser; facilita la expectoración, agotándola muy luego. En todos los casos de resfríos bronquitis, asma, ronquera, pulmonía las **Pastillas iodeína Montagu** son el remedio específico y seguro.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida — Buenos Aires



ERRE QUE ERRE

MACAYA

— ¡Guerra!
— ¿Qué le sucede?
— ¡Arda la tierra!
¡Y guerra a la rutina! ¡Guerra! ¡Guerra!
Quiero ser Eizaguirre,
Chaparro, Berro, Aguirre,
Arrigorriaga, Serra,
Remo o Rómulo Murri,
y salir de este horrible zurriburri.
— Comprendo. ¿Nuestra lengua es actualmente
un poco afeminada?
— Horrendamente.
Ridícula, sin garra,
no arriba a retorcerse rudamente.
No rompe, ni desgarra,
ni ruge de repente,
ni irradia irreverente,
ni ronca, ni desbarra.
— ¿Me está tomando usted para la farra?
— Quiero hablar reciamente.
Aunque yerre, a ese yerro
yo me agarro y me aferro.
El mirlado discurre
como un perro y me aburre.
Me da rabia lo ruin. ¡Revienta, perro,
o te agarro y te encierro!
Carneros esmirriados,
zorros atiborrados,
los rancios barbirrubios retorcidos
arrinconan los términos honrados
cual repugnantes restos corrompidos.
¡Que un terremoto entierre
al que en esa labor, terco, se emperre!
¡Que no recoja un churro
para rumiar el repelente porro!
¡Que el bárbaro cazurro
se enfurruñe, arrumbado en su cotorro!
¡Que al que rezonga cuando yo discurro,
llegue a aburrirle su rebelde rorro!
¡Que un rayo rasgue el cirro
y arranque los riñones al esbirro!
¡Que le den una zurra
el gran guerrero Pirro,
el arrogante Ezcurra
y el robusto Chakurra!
— Veo que usted no ahorra
anatemas.
— ¡Me irrita su pachorra!
¡Quiero verlos que ruedan por el barro!
¡Que nadie se horrorice y los socorra.
¡Que les desgarre un guarro
las carnes! ¡Que una zorra
muy cargada o un carro
les raje la barriga! ¡Que una burra
les muerda con rencor!
— Y, así, radiante,
podrá usted al instante,
en vez de decir ¡Arre!, decir ¡Hurra!
Bueno. Vamos. Me duele la cabeza
Tomaremos un poco de cerveza.
Creo que es lo mejor.
— ¿Cerveza? ¡Un cuerno! Birra, sí, señor.



DIBUJOS DE MACAYA.


Jamás será Vd. calvo
ni tendrá canas
si usa el eficaz y afamado
ESPECIFICO BOLIVIANO
Benguria
Este renombrado restaurador del cabello, preparado científicamente a base de vegetales extraídos de la flora boliviana, es de una eficacia única e insuperable. Además de fortalecer la raíz capilar, hace crecer cabello nuevo en poco tiempo, extermina la caspa y cura por completo la calvicie.
Usando el Específico Boliviano BENGURIA, las canas recobran su color natural sin necesidad de tinturas. No hay un solo caso en que esta maravillosa preparación no haya dado resultados satisfactorios y rápidos. Escriba hoy mismo al doctor Rafael Benguria B. pidiendo detalles. A vuelta de correo recibirá la contestación.
UNICO LUGAR para la venta del Específico en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario
Dr. Rafael Benguria B.
Avenida de Mayo, 1239 — Buenos Aires — U. T. 5753, Rivadavia
SUCURSALES:
En Rosario de Santa Fe: "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Ríos. — En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51. — En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado. — En Montevideo (R. O.): Sarandí, 429.
ATIENDO PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA.
BENGURIA



Gran Concurso Literario 1923

Buenos Aires, 12 de mayo

Caras y Caretas abre desde la fecha un concurso de novelas cortas inéditas. La extensión no podrá exceder de ocho páginas de texto de nuestra revista. (Aproximadamente 9.000 palabras.)

Los originales deben estar escritos a máquina y firmados con un lema igual al que, en sobre cerrado, acompañe a la novela.

Podrán presentarse a este concurso todos los escritores residentes en la República Argentina.

El asunto es libre, con la sola limitación de que no haya en la obra nada que ofenda a la religión ni a la moral.

Los premios serán los siguientes:

Primer Premio, **2.000** $ m/n y medalla de oro

Segundo Premio, **1.000** $ m/n y medalla de oro

Tercer Premio, **500** $ m/n y medalla de oro

Caras y Caretas podrá adquirir por la suma de 200 $ m/n cada una de las novelas recomendadas por el jurado.

El jurado estará compuesto por los señores don Enrique R. Larreta, Dr. Carlos Ibarguren y don Luis Pardo, de Caras y Caretas.

El concurso, abierto desde la fecha, quedará clausurado el día 21 de septiembre.

N. B. — El sobre debe venir escrito en la forma siguiente: Sr. Director de Caras y Caretas. Para el Concurso Literario 1923. Buenos Aires.

Festival estudiantil



Grupo de señoritas y jóvenes que asistieron al festival realizado por la Asociación Estudiantil "Mariano Moreno" en conmemoración de las bodas de plata del colegio nacional del mismo nombre y para celebrar el aniversario patrio.

A UNA MUJER

A vos, por la gracia consoladora — de vuestros grandes ojos donde ríe y llora un dulce sueño,—por vuestra alma pura y buena — a vos estos versos desde el fondo de mi miseria violenta.

Es que ¡ay! la horrible pesadilla que me embarga — no tiene tregua y va furiosa, loca, celosa, — multiplicándose como un cortejo de lobos — ensangrentando el camino de mi suerte.

¡Oh! Sufro horriblemente, tanto, — que el gemido primero del hombre — arrojado del Edén es nada junto al mío.

Y las penas que vos podéis tener son como — golondrinas en un cielo de tarde, querida — en un bello día del tibio septiembre.

PAÚL VERLAINE.

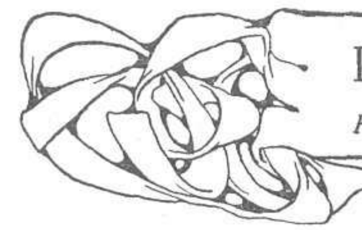
ORO FINO

He encontrado en algunos sabios el candor del niño, y todos los días se ven ignorantes que se creen el eje del mundo.

¡Ay! Todos nos consideramos centro del universo. Es la ilusión común. El barrendero de la calle no escapa de ella. Esa ilusión le llega de los ojos, cuyas miradas redondean en torno suyo la bóveda celeste, situándole en el mismo centro del cielo y de la tierra. La humanidad, rara entre los doctos, es mucho más rara entre los ignorantes.

Cuando más pienso en la vida humana más creo que hay que darle por testigos y jueces la ironía y la piedad, que son dos buenas consejeras. La una, sonriendo, nos hace amable la vida; la otra, llorando, nos la hace sagrada. La ironía que invoco no es cruel; no se burla ni del amor ni de la belleza. Es dulce y benévola. Su risa calma la cólera y ella es quien nos enseña a burlarnos de los malos y de los tontos, a quienes, sin ella, tal vez tendríamos la debilidad de odiar.

ANATOLE FRANCE.



La tragedia de Chakcheck

Por Enrique Williamson



Un bramador viento del oeste vino del Atlántico levantando cráteres de espuma en las crestas de las verdes olas y golpeando de frente los escarpados peñascos de la costa. Las gaviotas no tenían sino que dejarse llevar por el viento para alcanzar el borde de las rocas. De ordinario dominan a los vientos; pero esta vez el viento las dominaba, casi como si fueran débiles hojas arrancadas de los árboles.

Pero a Chakcheck lo dejaban indiferente el bramido del viento y sus ataques. Estaba a tres mil pies de altura sobre el promontorio de Devon, con las alas ligeramente curvadas hacia atrás, recogidas las fuertes patas amarillas rayadas de negro, la cola derecha y tensa. Hacía el efecto de un ancla bien amarrada y suspendida en el espacio. Su único ojo miraba hacia abajo: tres conejos que se aventuraban a salir fuera de la pared de piedra, un pinzón que en vano intentaba volar, las gaviotas agitadas, los pescadores de ostras colgados entre las rocas. A tres mil pies de altura estaba anclado el halcón, un fuerte halcón, menospreciador del viento, de las gaviotas, de los conejos, de todas las cosas vivas; Chakcheck, el más fiero halcón de las costas del oeste, el nunca vencido, el temerario bandolero Chakcheck.

Oigamos la tragedia de Chakcheck, el tuerto:

Estaba inmóvil en el viento, mirando a la tierra, bárbaramente hermoso su único ojo. De pronto Chakcheck debió ver algo abajo, porque se elevó a seis mil pies, apenas visible desde la tierra. Se quedó quieto un momento y luego voló en línea recta a través del cielo azul.

Había visto a las palomas haciendo la rueda por encima de la quinta llamada Speering, situada ocho millas más allá, en el punto en que dos pequeños ríos confluyen. Pasaron cien segundos y se encontró a medio camino de la quinta. Dos minutos después las palomas se dieron cuenta de que Chakcheck las observaba desde la altura. Se llenaron de terror y empezaron a volar sin rumbo, como pedacitos de papel arrojados al viento. El halcón, a una velocidad de doscientas millas por hora, se dejó caer perpendicularmente a tierra. Las palomas se habían refugiado entre los árboles, todas menos una que, muerta de espanto, se encontró de pronto entre las fuertes garras de Chakcheck.

Entonces un caballero viejo, que dormitaba en el jardín de una casa antigua, se alarmó, porque algunas gotas de sangre cayeron en el libro que tenía abierto en las rodillas.

— Mira, tío Sufford, mira — gritó una niña desde una de las ventanas de la casa.

A la voz de María, el caballero se puso de pie, pero no vió nada; el tejado de la casa escondía al halcón, que se comió la paloma en el techo mismo, no dejando, cuatro minutos después, sino el esqueleto completamente limpio. Una vez más se vió en el cielo una mancha que volaba hacia el oeste. Solamente cuando el rojo sol se ponía en el agitado océano, esa tarde de invierno, Chakcheck volvió a su hogar después de haber volado más de cuatrocientas millas. Llevaba consigo una hembra, que había encontrado en el bosque de Marlborough.

Los días de lluvia y nieve pasaron y Chakcheck se sintió feliz. El y la hembra, que era más grande que él, recorrían el cielo desde la aurora hasta la puesta del sol, y cuando la estrella de la tarde ponía su resplandor de plata en el oeste volvían a su nido, sin hacer caso de las gaviotas.

Una mañana, mientras se mecían blandamente en las alturas, un pájaro de anchas alas negras voló sobre sus cabezas dando un grito que parecía un chillido. Chakcheck alzó la cabeza y su único ojo echó chispas. La hembra no parecía preocuparse de las cosas de arriba; no era asunto suyo.

El milano pertenecía a la misma familia que el halcón; pero sus relaciones no eran amistosas. Era un compañero poco deseable, que se alimentaba de las cosas de la tierra: conejos, culebras, ratas y hasta gusanos. Cuando volaba bajo, hasta las gaviotas podían competir con él; pero en las alturas su vuelo era soberbio.

Chakcheck se preparó; descendió unos cuantos centenares de pies, y se remontó de nuevo como una flecha para dejarse caer ferozmente sobre el intruso. A cada ataque del halcón, el milano gritaba; pero cada vez descendía más, hasta que ambas aves estuvieron a unos centenares de metros de la tierra. Allí Chakcheck abandonó su presa, en tal estado que hasta las gaviotas lo atacaron. El milano estaba aterrorizado y no se defendía. A los pocos minutos hasta un pájaro, no más grande que un ratón, se creyó con derecho a perseguirlo.

Entre tanto Chakcheck voló una milla en treinta y ocho segundos y se juntó con la hembra, que no se había movido del punto en que la dejara. Cambiaron algunos gritillos de contento, y de pronto la hembra empezó a remontar el vuelo. Chakcheck la siguió y ambos atravesaron una nube en busca del azul del cielo. Se remontaron más y más, y Chakcheck sentía que los latidos de su corazón le daban un calor radiante. Los accidentes de la tierra apenas se divisaban. Desde esa altura el ojo humano no habría percibido señal alguna de vida, no habría discernido movimiento alguno; pero el ojo único de Chakcheck veía las gaviotas, con sus plumas negras y blancas, acurrucadas entre las rocas, y unos cuantos seres humanos que permanecían inmóviles al borde del precipicio.

Las alas de la hembra cesaron de batir el aire. Las apretó contra el cuerpo y se dejó descender. Chakcheck la siguió. Ambos se sentían completamente felices y de cuando en cuando se acercaban, juntaban los picos como que si se dijeran palabras de amor que sólo ellos entendían.

La muchacha y el muchacho que estaban en el patio de la quinta se dieron cuenta de que estaban cerca y empezaron a brincar y gritar. Los halcones seguían descendiendo en amplios círculos; las gaviotas se asustaron y trataron de esconderse en las hendiduras de las rocas. La muchacha se agarró, temerosa, del muchacho, porque creyó que los halcones los atacarían; más los halcones cambiaron de pronto su rumbo y se dirigieron hacia el mar. Al poco rato volvieron, girando el uno en torno del otro y siempre

arrullándose con sus gritillos de amor.

— Dentro de poco tiempo habrá huevos en el nido, María — dijo el muchacho. — ¿Te acuerdas de que el año pasado nos subimos a un olmo para sacar un nido?

La muchacha asintió con la cabeza. Tenía largo cabello negro y ojos obscuros y suaves.

— Pero no tendremos tiempo, Howard, porque cuando el nido tenga huevos, estaré ya en Bélgica, en el convento, con Elisa y Diana. El colegio me parece sencillamente estúpido.

— Yo no dejaré que se los lleven los coleccionistas. Después, cuando regreses, veremos.

— Será muy lindo — replicó la muchacha, cuyos ojos relucían anticipadamente de gusto. Y en seguida gritó:

— ¡Mira, mira!

Un pájaro de pico colorado y alas manchadas, de esos que se dedican a pescar ostras, volaba descuidadamente en dirección al mar. Los halcones, media milla más arriba, pareció que se fastidiaban, porque empezaron a descender. Chakchek llegó primero y del pájaro no quedó sino un montón de plumas flotando en el aire cuando ya ambos halcones se alejaban, llevándose Chakcheck su presa entre las garras.

Pasó el tiempo y Chakcheck se sentía deliciosamente feliz, mientras daba calor a los huevos, una mañana de mayo. Cuando la hembra volvió de su excursión matinal trayendo una paloma en las garras, no pudo ocultar su asombro ante la curiosa actitud de Chakcheck, que estaba muy serio, abrigando los tres huevos, de color rojo oscuro. La hembra se acercó y se puso a oír atentamente. En uno de los huevos percibió un débil rumor de picotacitos. Chakcheck miraba de soslayo con su único ojo.

Chakcheck había nacido en las cercanías el año anterior y ese era su primer amor. Cuando comprendió que iba a ser padre no cupo en sí de felicidad. No se cansaba de besar a la hembra, como besan los halcones, y su ternura subió de punto en la tarde cuando de uno de los huevos salió un halconcito.

Para celebrar el milagro Chakcheck se puso a perseguir a las gaviotas por entre las rocas, obligándolas a echarse al mar. La hembra emprendió después el vuelo y trajo pescaditos y pajaritos. Ya había sido madre varias veces y sabía por experiencia lo que Chakcheck ignoraba: que a sus polluelos sería necesario darles el alimento en pequeños trozos; pero pronto lo aprendió y cuando los tres huevos quedaron vacíos, no tenía mayor dicha que llevar a sus hijos, cuya pelazón le divertía mucho, pescaditos y pajarillos, como lo hacía la hembra.



HASTA UN PÁJARO, NO MÁS GRANDE QUE UN RATÓN, SE CREYÓ CON DERECHO A PERSEGUIRLO.

¡Oh! Se amaban mucho Chakcheck y su compañera, y más que nunca se amaron después que sus tres polluelos hubieron salido del cascarón. Todas las tardes la feliz pareja emprendía el vuelo, muy alto y muy lejos, a cazar, y después de un par de horas de ausencia volvían con abundancia de víveres para ellos y sus polluelos, que a medida que crecían y empezaban a salirle las plumas se ponían más golosos.

Todas las palomas de la quinta pasaron por las garras de los halcones; pero la cosa no tuvo mayores consecuencias porque eran palomas ordinarias. Hasta que una tarde Chakchekc cazó una de las palomas finas de sir Godofredo.

Este no era un caballero amable, ni aun cuando se proponía ser agradable a alguien, y se decía que lo único que le preocupaba en el mundo eran sus palomas finas, todas las cuales llevaban en una pata un anillo dorado con su nombre. Después que Chakcheck le robó la primera de éstas, se pasaba las tardes en el patio de la quinta con el fusil listo para hacer fuego sobre el ladrón, y todos los días Chakcheck se lanzaba, desde grandes alturas, en las cuales era invisible a la simple vista, y a una velocidad increíble, sobre el techo de la quinta, en donde las palomas finas, que tenían las alas cortadas, se paseaban tranquilas, arrullándose amorosamente, y se llevaba una.

Sir Godofredo habló con Lucas, su jardinero, y le preguntó si no tenía alguna idea respecto a la mejor manera de acabar con el audaz pirata. Lucas habló primero de trampas y luego aconsejó descubrir el nido del halcón y matar a los ladrones, porque Chakcheck iba siempre acompañado de la hembra, cuando regresasen a él.

— ¿Y en dónde está el nido? — preguntó algo enojado el patrón.

— Habrá que buscarlo. Esas aves de rapiña son muy cautelosas.

En eso sir Godofredo y Lucas advirtieron alguna inquitud en las palomas y prepararon sus fusiles. Era Chakcheck que se acercaba. Aterrorizadas, las palomas querían buscar refugio en los árboles; pero Chakcheck seguía todos

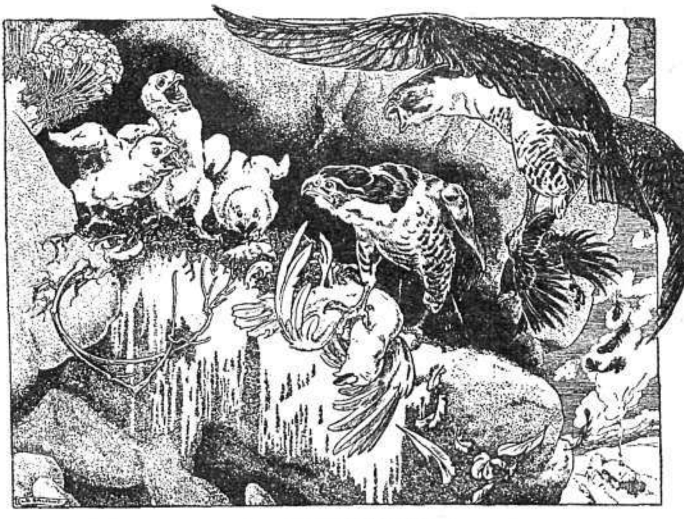
sus movimientos con su único ojo, y desde una altura de tres mil pies se dejó caer como una flecha. Pero antes de llegar a la paloma que había escogido como presa, sintió un ruido como de truenos y el silbar de las balas muy cerca de él. Asustado, tuvo un sobresalto; pero en el acto se repuso y vió a los dos hombres que hacían fuego otra vez. No tuvo miedo sino rabia, cuando vió que la paloma se metía en la casa.

Algunos días después, cuando Chakcheck y la hembra volvieron con la intención de llevarse una paloma de sir Godofredo, se encontraron con que la quinta parecía vacía. Nada se movía en ella. Algunos segundos después una paloma apareció, andando descuidadamente sobre el césped del jardín. Chakcheck observó atentamente todos sus movimientos. Agitó las alas y la hembra se re aró al ataque; Chakcheck quedó listo para el caso de que fracasara. La hembra se dejó caer y agarró la paloma, que se agitaba desesperadamente.

En el interior de la casa sir Godofredo se restregaba jubiloso las manos.

— Ya están perdidos — decía. — Que cada uno coma un par de bocados de la carne de la paloma envenenada y no vivirán mucho tiempo más.

A los pocos minutos Chakcheck y la hembra descendieron en la cumbre de una colina, y la hembra empezó a despedazar la paloma. El sol quemaba un poco y el cielo estaba espléndidamente azul.



CHAKCHECK Y SU FAMILIA.

La hembra empezó a comer; pero de pronto suspendió la operación y miró a Chakcheck, al mismo tiempo que de su pico salió uno como quejido, muy leve. Chakcheck se acercó, asustado. La hembra abrió el pico y su respiración se hizo jadeante. Las blanquizcas membranas de los ojos cubrieron, a pesar de sus esfuerzos, las pupilas. Luego dió unas cuantas vueltas en torno del mismo punto y comenzó a lanzar leves gritillos: quizás se acordaba de sus polluelos. Chakcheck la observaba y la seguía. Una vez que cayó moribunda sobre las hierbas de la colina, Chakcheck, lleno de angustia, emprendió el vuelo invitándola a seguirlo. La hembra hizo un esfuerzo supremo y voló algunos metros, en zigzag. Al pie de la colina aparecieron dos hombres. Chakcheck imploró a la hembra que lo siguiese; pero ella no pudo más y cayó, desde poca altura, batiendo desesperadamente las alas en los estertores de la agonía.

Cuando los dos hombres se acercaron a ella, mientras Chakcheck, ya a buena altura, seguía llamándola desesperadamente, quiso defenderse con el pico y con las garras; pero sus últimos esfuerzos la agotaron y murió. Chakcheck se había perdido en el cielo azul.

— El macho también morirá — dijo uno de los hombres, — y como los polluelos no tendrán quien los alimente, morirán también como los padres.

Sir Godofredo recogió el cadáver; tenía el propósito de hacerlo embalsamar y conservarlo.

Regresaron a la casa, y poco después Lucas salió con su fusil pensando que podría matar al macho. Apenas había salido, dejando a su patrón en el comedor, cuando Chakcheck, recobrando su viejo arrojo, entró silenciosamente en busca de la hembra. Al verlo, sir Godofredo gritó, tiró el cadáver de la hembra y se cubrió la cara con las manos para defenderse. Lucas, que oyó los gritos, volvió, entró y cerró la puerta. Chakcheck estaba prisionero.

— Cuidado con los ojos, señor — le previno Lucas a su patrón. — Salgamos dejándolo encerrado.

Chakcheck intentó volar; pero como no tenía espacio suficiente desistió, hasta que lo atrajo la luz de un espejo, contra el cual fué a estrellarse violentamente. El cadáver de la hembra yacía en el suelo. Chakcheck se acercó, la llamó, pero no tuvo respuesta. Le hablaba en voz baja, la acariciaba, y, en un intento patético, quiso arrancarle las plumas largas de las alas, como lo había hecho en el verano en el nido.

Los hombres regresaron. Sir Godofredo con una máscara y guantes de esgrima; Lucas con un saco metido en la cabeza y otro en las manos. Sir Godofredo tenía además una raqueta de tennis, con la cual empezó a golpear a Chakcheck para aturdirlo. Al fin logró apoderarse de él.

— Es tuerto — dijo cuando lo tuvo, aturdido, en las manos. — Sin duda el ojo se lo sacarían porque lo pillaron robando en otra parte.

En el aparador había un clavo grande y sir Godofredo lo tomó.

Lucas agarró a Chakcheck y lo metió en el saco, como quien mete un montón de huesos y plumas.

Sir Godofredo se echó a reir. Era un viejo de setenta años, viudo, y algunos decían que sus crueldades habían llevado a la tumba a su mujer. Se citaban de él casos de inaudita crueldad con los animales, aun con los perros que más manifestaba querer. Y ahora se reía y decía:

— Vamos a darle una débil muestra de lo que ha hecho con mis palomas.

Lucas metió la mano en el saco y después de mucho revolver sacó fuera la cabeza de Chakcheck, cuyo pescuezo oprimía fuertemente.

El clavo de sir Godofredo dejó ciego a Chakcheck...

Con el dolor, Chakcheck volvió completamente en sí, y obedeciendo a un instinto maravilloso voló, sin ver, hacia la puerta del comedor, que Lucas había dejado abierta.

Chakcheck voló alto, cada vez más alto, en el espléndido cielo azul... Poco a poco fué dejando de oir el canto de las alondras allá en la tierra, los ruidos de la vida afanosa de los

hombres, y hasta el rumor del mar, que amaba tanto. Quizás seguía remontándose porque algún oscuro instinto le decía, en su pena, que tal vez encontraría a su compañera en las soledades del cielo, cerca del sol que da la vida, o aun más allá, en donde todo es tranquilidad y paz.

El aire se hacía frío y Chakcheck seguía remontándose: más alto que las misteriosas vías aéreas de las emigraciones de las aves, en el invierno y en el verano; se remontó millas más arriba de esas líneas. En la atmosfera rarificada sus alas batían con mayor frecuencia, y pareció como si hubiera perdido el rumbo, pues volaba hacia el este y hacia el oeste, alternativamente. Después


Y ALLÍ MURIÓ CHAKCHECK, EL CIEGO.

empezó a girar en torno de sí mismo, lleno de sobresaltos, como si estuviera con él alguna fantasmática compañera y empezara con ella el encanto del vuelo nupcial.

Pero pasó algo, porque Chakcheck empezó a gritar angustiosamente, implorando ayuda. O quizás estaba llamando a sus polluelos, que amaba tanto como a su compañera.

De pronto dió un grito desesperado y cayó; mas no con su acostumbrado orgulloso gesto de combate: Chakcheck, sencillamente, cayó. A ratos su cabeza apuntaba a la tierra, a veces se dirigía al cielo, ¡pobre halcón altivo, convertido en un espantajo! Nada le protegió cuando la tierra estaba ya cerca. Al chocar con la tierra Chakcheck aleteó débilmente y, en los estertores de la agonía, rodó algunos pasos.

Y allí murió la más orgullosa de todas las criaturas de *Dios*, *el más veloz de los señores del aire*, el más enamorado amante y el más cariñoso de los padres: Chakcheck, el ciego.

FIN



El futuro de su cutis

SI usted pudiera, mirando a través de un globo de cristal, ver reflejada su propia cara, tal como será de aquí a cinco..., diez..., veinte años..., ¿qué vería usted?...

¿No sería un rostro casi desconocido, arrugado y áspero; o una cara pintada — pálida caricatura de la juventud...—la que, a consecuencia de su negligencia, vería reflejada en el espejo del futuro?...

¿O vería usted una cara de tez más clara y aterciopelada tal vez que la que posee hoy mismo; una mujer con un cutis exquisitamente lozano, cuyo encanto es mucho mayor que la belleza de las facciones?...

Para ver este último reflejo, comience hoy a asegurar la belleza y salud de su tez. El futuro de su cutis está en sus propias manos y en las de la naturaleza.

El cuidado del cutis de la cara presupone el empleo de dos substancias naturales: agua y cera pura mercolizada. Extienda cada noche sobre su rostro un poco de cera mercolizada y retírela a la mañana siguiente con un poco de agua tibia. Haga de esto una obligación diaria y el globo de cristal del futuro no tendrá para usted sino reflejos agradables.

Para quitar el vello, que tanto molesta y afea el el rostro de muchas damas, nada tan radicalmente eficaz como el porlac común, aplicado directamente.

Los feos barrillos grasientos y porosos desaparecen de inmediato si se lava la cara con un poco de agua estimolizada. Una sola tableta de stymol, disuelta en un vaso de agua, basta para extirparlos totalmente.

En toda buena farmacia o perfumería se encuentran todas estas simples substancias.



Sala del cine-teatro «San Martín» durante el gran festival artístico realizado por el subcomité «General Arenales» en honor del doctor Marcelo T. de Alvear

Familias que asistieron a la reunión social ofrecida por el señor Severo Cópola con motivo de su viaje a Europa.

LA SINFONÍA *DE LAS* HORAS GRISES

¡Qué fúnebre hipnotismo nos aduer-
[me!...
¡Qué espectral lividez inunda a
[todo!...
¡La tarde reza su responso inerme
bajo su templo de neblina y lodo!...

La virgen de los negros desconsuelos
solloza en las alcobas del ocaso;
¡qué gran cansancio baja de los cielos!...
¡cuánta hojarasca en el sendero escaso!...

La mirada vidriosa
de esta tarde amarilla,
se la presiente en mi ciudad radiosa
como una hipnotizante pesadilla.

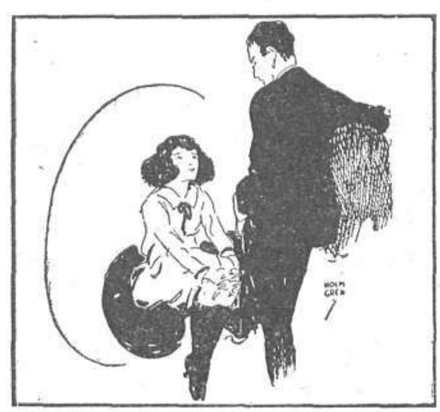
Parece que en las bóvedas obscuras
del crepúsculo aciago;
cruzaran, descrenchadas, las locuras
de algún cerebro fabuloso y mago;
parece que cruzara por el fondo
de las callejas que el silencio fragua,
algún negruzco féretro sin fondo
como un cadáver de neblina y agua.
Parece que los dedos
de unos blanquizcos y glaciales miedos
se empecinaran en sellar las fauces
negruzcas y angustiadas
de las urbes que surgen de la tierra
brumosas y abismadas;
de las urbes que emergen
como si fueran gigantescas urnas
como grandes montañas de holocaustos
en medio de las horas taciturnas.

¡Hoy es la tarde gris, la moribunda
la estrangulada tarde en que se siente
un torvo escalofrío de ultratumba
barrer los callejones del Poniente;
hoy es la tarde lívida,
la tarde exangüe cuya frente mustia
se desespera en la fatiga enferma
de una friolenta y agrisada angustia;
hoy es la tarde de los tiempos idos,
la tarde lacrimosa en que se sufre
la agresiva invasión de los olvidos,
los tedios cadavéricos del alma,
el ansia horrible de estallar en llanto,
una fúnebre calma,
las pobres rosas que quisimos tanto,
la sombra enjuta del recuerdo antiguo,
las tristezas ya grises
que saben a sepulcros
y a remotos y a pálidos países;
hoy es la tarde en que siente, lejos,
silbar el viento en su rondalla hueca,
mientras se escucha en los senderos viejos
el susurrar de la hojarasca seca;
hoy es la tarde compasiva y alba
en que van unas pálidas Ofelias
junto a los lagos del ensueño malva
a desflorar sus últimas camelias.

¡Cuán grises estas horas se deslizan...
cuán grises y cuán largas...
parecen que de paso, corporizan
sus algodones en inmensas cargas,
pero unas cargas que mis urbes lloran
como tristezas demasiado amargas!

¡Oh!... silencio... silencio...
que la tarde enfermiza
sinfoniza
en sus raros y exóticos países,
a toda orquesta y en doliente misa
la sinfonía de sus horas grises!...





ELLA. — Tu hermano dice que le has contado mis intimidades.
EL. — ¡No es cierto! Tú siempre estás dispuesta a creer antes las mentiras ajenas que las mías.

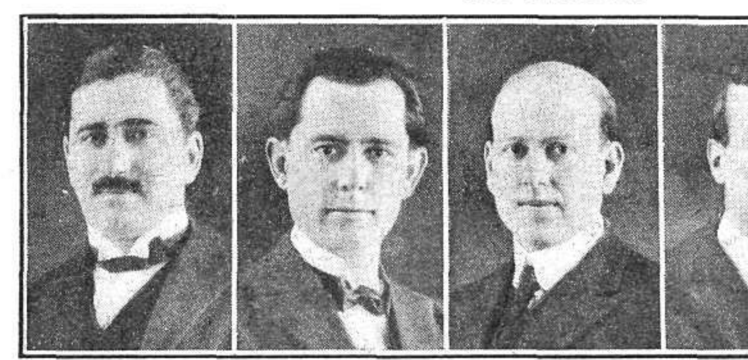


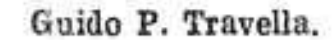
— Sus zapatos me aprietan un poco...
— Señora; tiene usted un pie tan pequeño que temo hacerlos demasiado grandes.



— María; ¿por qué no ha puesto usted un diario sobre el asiento?
— ¡Oh! No es necesario, señora... Yo alcanzo bien así.

Primeros doctores en Bioquímica egresados de la Universidad del Litoral



Guido P. Travella. — Emilio Bizet. — Rafael J. Velasco. — Manuel Sánchez. — Fermín G. de la Fuente.







Francisco Salvatore. — Vicente A. Breve. — Emilio P. Navarino. — Nicolás Marzotta. — Antonio Rezoagli.

De San Martín

Destacados miembros de la Iglesia y demás asistentes a la fiesta organizada por la Sociedad Vicentina "Santa Juana de Arco" celebrando el tercer aniversario de su fundación.



QUERIDO José: .... se ha borrado de mi cerebro totalmente. Sí. Pese a todos mis entusiasmos. Quizás sea como tú dices; porque la he idealizado con demasiada precipitación. ¡Pero, qué quieres!... hay en mí ansias tan intensas de amar que no resisto las gradaciones. Tú analizas, sumas y sacas un común denominador. Yo no puedo. Me basta un asidero para soñar en lo azul.

En este caso fué también una desilusión, una de las tantas desilusiones que tanto te divierten y a las que sin embargo tan propenso soy. Te ruego que no insistas con tus consejos. Esas consideraciones que tú me propones no las sé hacer. Tú las apoyas en lo humano; para mí lo humano no tiene punto de apoyo. Tú aprecias la mujer bajo el punto de vista terreno; para mí es diabólica o divina. Cuestión de concepción y de sensibilidad; ya ves.

¡La mujer!

¿Te acuerdas de aquellas confesiones de Strindberg? Yo las leo y releo. ¡Cómo las siento y comprendo! ¡Cómo me consuelan!

Porque yo sufro con estas desilusiones; por mí y por estas mujeres. Por mí, porque fracaso en mi afán de encontrar en una de ellas el parador definitivo de mi vagancia sentimental; y por ellas, porque las daño con mi disconformidad.

Y ni ellas me pueden culpar a mí, ni yo a ellas por eso. ¿Merezco ser castigado acaso porque mi sensibilidad se disgusta ante una palabra chocante o ante un detalle físico desagradable? ¿O cometen algún delito esas mujeres no acondicionándose a mi modo de concebir o sentir? De ninguna manera.

Como a Strindberg, a mí me decepciona una mujer que no tiene su media muy asegurada en el pie...

Ya te hablé de Ana Lemaitre. ¿Te acuerdas? De la impresión que me causó su presencia, por primera vez, en un palco del Cervantes. Lo hice con un entusiasmo que te hizo reír, ¿no? Cuando la vi descender por la escalinata ancha severamente embaldosada y majestuosamente alfombrada, a la platea, te dije que había pensado en intermediarios entre dioses y hombres. ¿Verdad? Y cuando me habló se me había ocurrido hacer parangones con las anunciaciones divinamente trascendentales. ¿Eh? Y cuando logré que me invitara a su casa, llegué a suponer que en la tierra cabían las felicidades totales. Y bien. Recordarás que hice mi primera visita y no la segunda. ¿Por qué? Por no verme obligado a dar la mano a aquella mujer. La mano de Ana estaba unida a un brazo que hería mi vista cada vez que lo miraba. Me resultaba un brazo impropio de una anatomía de mujer, antinatural. Hacía asociaciones y veía en Ana una sensibilidad machona. El brazo estaba cubierto de un vello negro y tupido.

¿Y Martha Alarcón? Hablando de ella, te hablaba de cuadros de Van Dyck y de versos de Moreas. ¿No es cierto? A la una no podía desligar de los otros. La figura altiva y señorial y el espíritu complejo y aristocráticamente exquisito de Martha obligaba a pensar en la obra del uno y del otro. Y dejé de frecuentar su trato. ¿Por qué? Porque en un momento de aislamiento y de intimidad; en un momento en que enlazábamos palabras de arte y de amor, ella estornudó.

A Julia Suárez yo adoré. Tu lo sabes. Fué una pasión de muchos meses. Su retraimiento, su resignación, su ternura discreta, sus trajes de luto, sus lágrimas, me ataban a ella con lazos que creí permanentes. La conocí poco después de la muerte de su madre y la amé. ¿Y qué ocurrió? Que pasó la época del dolor y de los rceuerdos insistentes, que Julia volvió a su vida de risas y de expansiones, que empezó a vestir trajes claros; me resultó distinta. Y me disgustó.

¿Para qué seguir? Tú posees mi agenda amorosa y no tienes más que abrirla para leer en ella todo lo que te interese al respecto.

¡Pero si no tengo porque particularizarme! Si estoy seguro que tú, con todos tus razonamientos, no distas de mí sino por grados. Yo tengo los centros nerviosos exacerbados. Tú, no. Yo amo y dejo de amar con las primeras impresiones. Tú necesitas muchas. Mira. Tengo la certeza; que cuando te digo que me basta imaginarme a la mujer en sus funciones obligadamente humanas para apartarme de ella sentimentalmente; tú me comprendes...

En este caso, en el de Emilia Hansen, me desilusioné así:

La había conocido en una fiesta familiar y me había gustado mucho. No la pude olvidar desde entonces y pensé en ella constantemente. Recordaba los pormenores de su conversación, la blancura de su cuello, su modo de reír, la gracia de sus gestos de asombro, la travesura y candor de sus miradas, el encanto de sus labios sobre todo cuando sus dientes blanquísimos mordían al menor. Y sobre todo esa debilidad de carácter, ese espíritu de docilidad, esa comunión de ternura, aban-

dono y temor que había exteriorizado en el poco tiempo que había estado en comunicación conmigo. Y llegó un momento en que la elevé a la categoría de mujer insustituíble. La busqué ansiosamente. No reparé en medios para encontrarla. Pregunté por ella a personas de mi amistad y enemistad. Por fin ayer pude estrechar su mano.

Y cuando me sentía pletórico de felicidad. Cuando tenía miradas de condescendencia para con todo el mundo. Cuando llegué a un estado de exaltación, de fervor, de arrobamiento que enturbió mi vista. Cuando creí haberla enamorado hasta tenerla absolutamente a mi merced. Cuando no supe que admirar más, la perfección de sus formas o esa exquisita abulia de su carácter. Cuando llegó un momento en que todo me resultó desdibujado, inexistente, escurridizo. En que las frases se sucedían sin eslabón. Cuando muy junto a ella, pegados mis labios a sus oídos, creí vivir momentos de encantamiento. Cuando estaba absolutamente convencido de que ella vibraba conmigo con vibraciones iguales en cantidad e intensidad. Cuando la voz más que voz fué un jadeo confuso y cuando de todo lo que quería decirla no pude decir más que: «Te adoro»; ella se volvió hacia mí y me preguntó con claridad: «¿Qué dijo?».

Y yo, mi querido José, tuve que dar un paso atrás...




DIBUJO DE GIGLI.

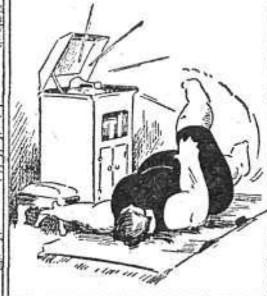
....

Tuyo, VALERIO.


—¡Dios mío, debo rebajar de peso!



—Necesito un disco con el método para adelgazar.


?


—¡Cielos! ¡Que oigo! Es la voz de un hombre.

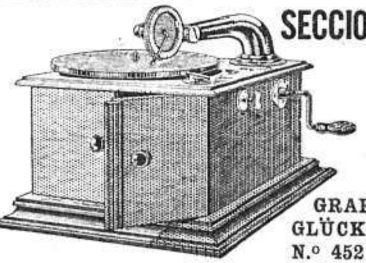


ROSARIO — CORDOBA 1048



MONTEVIDEO — 18 de JULIO 966





SECCION FONOGRAFOS

LAS MEJORES Y MAS ACREDITADAS MARCAS EN MAQUINAS PARLANTES

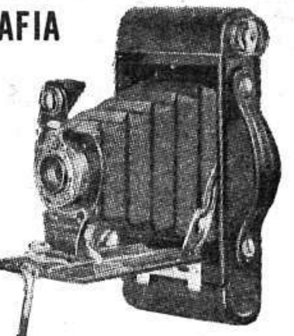
GRAFOFONO GLÜCKSMANN N.º 452..... $ **35.00**

SECCION FOTOGRAFIA

APARATOS-PLACAS
PELICULAS
PAPELES
DROGAS
Y ACCESORIOS

TRABAJOS
DE REVELACION
E IMPRESION





ULTIMAS NOVEDADES DE LOS DISCOS DOBLES NACIONAL

DUO GARDEL-RAZZANO

(Con 4 guitarras) **Ricardo y Barbieri**
Disco Doble «NACIONAL» de 25 ctms. a $ **3.25**

18072 — **La Cuyanita.** Zamba. Dúo. Cristino-Tapia. / **El Rey del Cabaret.** Tango. Solo Gardel. Romero-Delfino

ORQUESTA ROBERTO FIRPO

Discos Dobles «NACIONAL» de 25 ctms. a $ **3.00**

6178 — **El Estandarte.** Tango. M. Pizarro. / **Dans la vie faut pas s'en faire.** Shimmy. (De la opereta «Dédé»). H. Christiné.

6181 — **La cita fatal.** Tango. J. Codoñer. / **Say it while Dancing.** Fox-Trot. A. Silver.

6182 — **Desengaño.** Tango. F. y J. Canaro. / **El Cacha.** Tango. M. Pizarro.

ORQUESTA FRANCISCO CANARO

6906 — **Una pena.** Tango. A. Rosquellas. / **Apaches.** Fox-Trot. D. Rulli.

6909 — **El Rey del Cabaret.** Tango. E. Delfino. / **Déjeme que l'acompañe.** Tango. A. Gentile.

ORQUESTA "MARION" (New York)

9412 — **Ty...tee.** Shimmy. Irving Bobo. / **Oh Sing-a-loo.** Shimmy. Pollack.

9413 — **Blue Danube Blues.** Shimmy. J. Kern. / **Isle of Zorda.** Shimmy. M. Hagen.

EL REY DEL CABARET

TANGO de DELFINO-ROMERO

Nº 18072



De Avellaneda

CELEBRACION DEL 113.° ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DEL REGIMIENTO 4.° DE INFANTERIA.

Altos jefes del ejército que concurrieron al lunch servido en el club atlético «Racing» después del festival deportivo realizado en el field de esta institución.



Soldados del 4.° de Infantería que sostuvieron un movido match de box.

Reñida cinchada entre conscriptos, que con otros números integró el interesante programa de festejos con que se conmemoró el 113.° aniversario de la fundación del 4.° de Infantería.



Modas y Confecciones selectas
Nuestros modelos, genuina representación de arte, elegancia y perfección, consultan en todo momento las frecuentes alternativas de la moda.
TEJIDOS SEDAS LANAS
En este renglón encontrará fácil y permanentemente en nuestros Almacenes las más discretas y acertadas novedades.
204
204.—Elegante SOMBRERO (cloche) de fino terciopelo de seda, adornado con magníficas fantasías de pluma, pesos 18.-; el mismo modelo de fino satín, a $ 12.90
3
3. — Precioso ABRIGO para niñas, en riquísimo VELOUR de lana, en vistosos y elegantes colores, con adorno fantasía del mismo género. Años: 8, $ 37.—; 6, $ 35.—; 4...... $ 32.00
50
50. — Elegante TRAJE, tejido de pura lana, punto tricot, gustos jaspeados, de gran actuación, adornado con trencillas, según dibujo, o con guarda griega, a
$ 95.00
5
5.—Original SOMBRERITO de fino terciopelo, la copa aboinada, adornado con cocardas y caídas de cintas, a
$ 15.90
22
22.—SAQUITO "Thays" de imperante moda, en rico "Kloky" de seda, con adornos de piel de mono totalmente forrado en seda fantasía $ 150; en rico "Breitschwanz", forro de seda lisa, $ 95.-
GRANDES ALMACENES
TIENDA
SAN JUAN
CIBRIÁN Hnos (S.A.)
BUENOS AIRES



El ciudadano Morris padece de egoísmo. Lacera el dolor de decirlo, pero es la verdad y yo, hombre sincero, me debo por entero a la verdad.

¡Dios mío ... Pero si toda la vida del ciudadano Morris implica una consagración al egoísmo!

Sin embargo, sus amigos continúan ciegos con él. A cada momento hablan del altruísmo, de la munificencia del ciudadano Morris, especie de Timón de Atenas. Y no lo hacen con intención irónica. No. Lo hacen, a mi juicio, por obcecación, víctimas de un contagio, de una sugestión.

Por otra parte, en materia de amistad regístranse curiosísimos casos patológicos. La amistad de Calígula y su caballo no es, por cierto, una forma juiciosa de sociabilidad, y nadie piensa sino con horror en la fraternidad del «hermano lobo» y el místico doctor de Asís.

Con esto no he querido decir — ni sugerir — que los amigos de Peterson Morris tengan enfermo el contenido de sus afectos, tengan alterado morbosamente el sentimiento de la amistad. No he querido decir tal cosa. Empero, sorprende sobremanera qu personas cultas, serias y reflexivas, carezcan de un sentido crítico elemental, y se detengan con la luminosa ignorancia de los niños, frente al aspecto formal de las cosas, sin penetrar su íntima substancia. Y usted no discuta con ellos: es inútil. Si no comparte la temeridad de sus juicios deslícese cautelosamente, con el cuello congestionado de la persona que se avergüenza. De lo contrario, lo toman por «un entendimiento rancio», por un «apestado ideológico» y lo excluyen en nombre de la «policía sanitaria de las ideas». Esto para el caso de que usted mismo no empiece a dudar de su sensatez, del uso apropiado del lenguaje, de su conciencia positiva de hombre normal y no concluya, como el pobre Crainqueville, rechazando su inocencia rutilante.

El otro día escuché este defectuoso silogismo:

— La Biblia es el libro del altruísmo perfecto;

— Peterson Morris se ha consagrado a la lectura de la Biblia;

— Luego, Peterson Morris se ha consagrado al altruísmo perfecto.

Y tuve un serio disgusto por haberme atrevido a insinuar:

—...a la lectura del altruísmo perfecto.

Yo no tengo de la Biblia un conocimiento vasto y profundo. Lo lamento, pero no lo tengo. No obstante, pienso que no sólo es el libro del altruísmo perfecto, sino también de muchas otras cosas bellas y nobles que hacen la vida más serena, más suave y más honda. Sin embargo, con toda mi admiración por aquel libro formidable de la sabiduría virginal, no creo que baste la lectura de la Biblia para la perfección moral de nuestros sentimientos. Me parece algo más siniestra la naturaleza humana.

Peterson Morris, con toda su lectura de la Biblia, abandonó a su madre en la sala de un hospicio, y eso no es el altruísmo perfecto.

Cuando en el núcleo de sus amigos otro «no deseable» como yo puso de relieve la brutalidad del hecho, surgieron con el inusitado florecimiento de los hongos los heroicos defensores del ciudadano Morris. Y replicaron:

— No hay tanta gravedad. La madre de Peterson era una vieja loca. Excéntrica y extravagante, muchas veces estuvo a punto de malograr el porvenir de su hijo. Negocios brillantes fracasaron porque la vieja se presentaba inopinadamente en el escritorio de Peterson, e insultando a los presentes, los obligaba a un desalojo poco menos que compulsivo; después cerraba la puerta y se llevaba las llaves. Su presencia ha sido siempre para Peterson motivo de angustia y de vergüenza. Fué al hospicio, es cierto, pero en una ausencia del hijo. Al regresar, los médicos aconsejaron a Peterson que no retirase a su madre. La vieja estaba bien en el hospicio.

Sí, estaba bien. Sobre todo porque entregando su cuerpo y su alma a la muerte no sería ya para Peterson motivo de angustia y de vergüenza. ¡Estos hijos que se avergüenzan de los padres sin comprender que lo hacen de sí mismos! Con su angustia y su vergüenza, Peterson presentaba el espectáculo de un hombre sin ningún fondo moral.

No creo que la señora Morris significara un peligro para el porvenir de Peterson. En tesis general, me parece que una madre no puede malograr el porvenir de su hijo. La madre, por el hecho de serlo, alcanza en la existencia la gloria del sufrimiento y del amor; revive... cómo he de decirlo... transfiere su personalidad íntima, la reconstruye en la personalidad del hijo. De esta manera la madre no puede malograr el porvenir del hijo sin asistir a la destrucción monstruosa de su esencia vital.

¡Pobre señora Morris! La recuerdo vivamente: con su belleza pálida de azucena o de nácar; con sus maneras armoniosas y lentas; con el tenue verde-mar de sus ojos y el oro crepuscular de su cabello; con sus ideas religiosas sombrías y firmes; con su recalcitrante catolicismo de irlandesa; con la castidad heroica de su alma.

Cuando después he sabido quién era lady Mordaunt, la protagonista de Sonyese que Jean Lorrain creara con la voluptuosidad de un artista ena-



morado, me acordé inmediatamente de la señora Morris, y las evocaciones, compenetradas mutuamente, connaturalizadas casi, viven en mi espíritu torturándome por virtud de un parecido inverosímil. ¡Oh! A veces el recuerdo tiene crueles condiciones de mujer: se adhiere con la pertinacia de una hiedra y al alejarse deja un vacío absurdo, una tristeza lóbrega.

La señora Morris era dueña de una de esas presencias que sugieren la tragedia: en estas cosas de misterio y de dolor el instinto nunca se equivoca; posee, como la muerte, ciencia fatal y certidumbre fúnebre.

Hay personas que han nacido para un destino trágico; llevan en sí esa fatalidad original y la cumplen, la cumplen indefectiblemente.

Siempre creí que la señora Morris no moriría, como el común de las gentes, luchando denodadamente con una enfermedad al hígado, a los pulmones o al corazón; con una parálisis invasora, o simplemente por obra del tiempo, en la inanición de la vejez.

No. La señora Morris moriría de algo personalísimo y en forma también personalísima. Y así ha muerto: de una de esas locuras que tienen la lujuria del movimiento, el frenesí del desorden, la concepción anacreóntica del gozo; de una de esas locuras que se ríen sonoramente en la cara de los médicos alienistas. Pero, con todo, ha rendido a su destino trágico un tributo supremo: lo mejor de su espíritu — la razón, la conciencia, la salud intelectual — y lo más bello de su cuerpo — la expresión inteligente de su rostro, la pensativa hermosura de sus ojos, la armonía que brotaba del equilibrio mismo de su persona.

El caso de la señora Morris, con su realismo impresionante, pasó incomprendido para el más próximo de los suyos, para el propio Peterson. Y esa incapacidad de acercarse a una situación de hecho que propiamente la afectaba, deriva de su egoísmo ciego y malsano, de ese egoísmo que al obrar obscurece las facultades más altas y hasta clausura el fondo medroso del individuo, su pavor instintivo hacia la naturaleza en acción, que siempre se reserva poderes malignos, furias invisibles, como la Némesis antigua persiguiendo la descendencia de los Atridas.

El día que murió la señora Morris, Peterson vino a mis brazos inerme, pesado y frío. Faltaba en aquel cuerpo la amargura conmovedora, el aflojamiento general que nos produce la fatalidad al sacudir la raíz de nuestro ser, el noble desorden, la crisis dolorosa de un sentimiento herido por la muerte.

El hombre que sufre generosamente descubre en la lentitud de sus movimientos o en la angustia de su reposo el tesoro de su sensibilidad; en toda su persona florece un martirio callado.

Al sentir en mis brazos la aridez enorme de Peterson no pude menos de colocarlo en un sillón y, acercándome a los restos de la señora Morris, dije con esa sinceridad que caracteriza los estados subconscientes del alma:

— Ahora comprendo su soledad. Por eso me hago un deber no abandonarla.

Aquel chicuelo que tomado a los hierros de su verja contemplaba sus horas de lectura bajo los viejos árboles del parque, que le hubiese gritado su predilección inocente y que no imaginaba lejos de usted ninguna perfección, hoy le ofrece la flor de su piedad en nombre del recuerdo santificado por la muerte. La donación humilde de una flor concreta a veces un sentimiento elevado, intenso, inexpresable, de esos que desfallecen al traducirse en acción. Y es por eso que el acto simple, con su sinceridad mecánica, refleja totalmente el contenido de nuestra intimidad; nos proyecta sobre el mundo exterior como somos, en metal de verdad: o excesivamente egoístas al extremo que el dolor huye horrorizado de nosotros, o excesivamente sentimentales al extremo de prodigarnos sin cesar, de aniquilarnos poco a poco, de quebrantarnos a la manera de las plantas, muriéndonos por partes, desprendiéndonos suavemente de la existencia.

Artemio Moreno

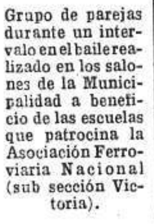


— Me parece que tu marido "flirtea" con la vendedora.
— ¡Mejor! Así escogeré el sombrero más caro.



DESHOJANDO LA MARGARITA.
— Me ama... un poco... mucho...

De San Fernando



Grupo de parejas durante un intervalo en el baile realizado en los salones de la Municipalidad a beneficio de las escuelas que patrocina la Asociación Ferroviaria Nacional (sub sección Victoria).



Público escuchando la interesante disertación del presidente de la A. F. N. sobre los proyectos presentados al P. E. nacional.

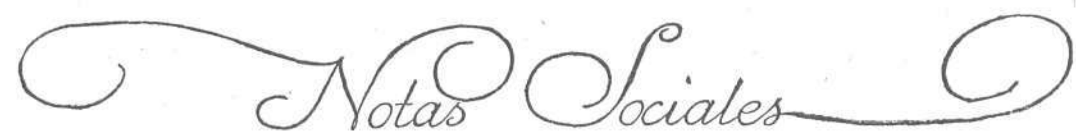
El señor Miguel Leguía, presidente de la Asociación Ferroviaria Nacional, que explicó los fines que guían a esta prestigiosa institución

De San Isidro



Nueva comisión directiva de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, cuya elección ha sido unánimemente aplaudida.


FERNET-BRANCA
DEI
FRATELLI BRANCA E COMP.
Via Broletto N. 35, vicino alla Chiesa di
Si prende in ogni ora.
Fᴸᴸ Branca, Milano.
CARLOS F. HOFER & Cª
GENOVA
CONCESIONARIOS para la
AMERICA del SUD
FERNET-BRANCA
HOFER & Cia
FERNET-BRANCA
se destaca por sus propiedades higiénicas como la bebida aperitiva-digestiva clásica, la que tiene mayor aceptación. Estimula el apetito y ayuda la asimilación de los alimentos.
IMPORTADORES:
HOFER & Cía.
Buenos Aires



«La sed de no perder el tiempo...» Confío en que más de una de ustedes, lectoras amigas, ha de haber sentido el anhelo de apaciguar esa sed a la que se refería, pocos días ha, la escritora eminente que, al indicarnos la manera de vivir una vida plena en medio de los grandes problemas humanos, cumple serenamente su misión de luz y de belleza espiritual...

«La conciencia de *estar perdiendo su tiempo* suele ser angustiosa en los años juveniles; y, sin embargo, ¡oh ironía! — expresa la profunda psicóloga,— toda aquella voluntad juvenil, todo aquel anhelo fervoroso de *grandes cosas* ha de resignarse a no hacer nada, o a derrocharse en pequeñeces, en futilidades de todo género...»

Debo confesar a ustedes, lectoras amigas, que escuchando el comentario que ha suscitado en ciertos círculos mundanos la elevada disertación de tan interesante figura femenina me fué dado conocer una opinión que me apresuro a revelar; y era que ese tema de rigurosa actualidad pudo ampliarse mencionando no sólo nuestra desdichada inclinación de *perder el tiempo* por negligencia, por pereza o por una actividad excesiva, sino señalando también el empleo lamentable que hacen de su tiempo, de esas horas prodigiosas de la primera etapa de su vida, muchas figuras juveniles de destacada actuación social, colmadas de todas las ventajas de la vida... Y fueron desfilando, evocadas por aquel comentario severo, cruel a veces, esas atrayentes siluetas que despilfarran tan inconscientemente los dones que podrían atesorar sus finas manecitas... Unas, tratando de identificarse con las intrépidas *girls* heroínas de ese *Oeste* fascinador, que diría alguna leyenda de *film* de aventuras inverosímiles; de esas *girls* que manejan el lazo o el revólver con imponderable destreza y que son en realidad las menos peligrosas, a pesar de los riesgos a que puedan exponerlas la excesiva confianza en sí mismas o su atolondramiento. Otras decididas a vivir su vida — bien insubstancial por cierto, — frecuentando, sin ninguna categoría de *chaperon*, las reuniones ofrecidas por los jóvenes *snobs* en esas bonitas residencias alhajadas de acuerdo con los gustos exóticos del día... Se baila, se charla, se flirtea, en un ambiente perfumado por las *cigarettes d'Oriente*, con la más absoluta independencia; el comentario asegura — y confieso que me resisto a prestarle fe — que esas mismas figuras juveniles, elementos muy representativos de nuestra sociedad, suelen aceptar también, como la cosa más natural del mundo, la invitación de alguna de las estrellas de teatro de paso en nuestra ciudad del ruido...

Así se analizan modalidades un tanto extravagantes; pero se trata de la evolución moderna, y ante esa idea hay que seguir la corriente, aunque puede llevarnos a algún peligroso despeñadero... Curioso ha sido también el escuchar el comentario suscitado como preámbulo de un brillante festival organizado en curioso consorcio entre una empresa artística y otra editorial, festival auspiciado por prestigiosas personalidades dentro del periodismo y de nuestra sociedad. En visitas no se hablaba de otra cosa, puesto que la expectativa se hacía cada vez más interesante, a causa sin duda de una controversia incesante.

— Debo ir porque me he comprometido ya con X o con Z... Además me han asegurado que asistirán Fulanita y Zutanita (aquí el nombre de ciertas personalidades mundanas, de esas *qui font la pluie et le beau temps*...).

— No creo que debemos aceptar esta innovación; me parece que peca de... excesiva... No puede limitarse una fiesta de este género a determinado círculo social, ni puede pretenderse eliminar a las brillantes figuras que constituyen su programa. Sobre todo considero que hay *fusiones* imposibles de realizar, ni en el más poderoso crisol del mundo...

— Y entonces, ¿por qué no observamos la misma línea de conducta cuando realizamos alguna jira por el extranjero? ¿Acaso nos privamos de conocer el ambiente de ciertos *Dancings*, ni de bailar en ellos sin preocuparnos del peligro de arriesgar nuestra respetabilidad? Si eso no está mal en otra parte, ¿no podemos hacerlo entre nosotras?

— Además — añadía con cierta malignidad una atrayente figura juvenil — *no debemos invadirlo todo* con el socorrido argumento de «voy bien porque voy con mi marido...»

Estos fueron los preliminares; después... se asegura que la fiesta fué brillantísima y que a cierta hora se retiraba discretamente el selectísimo grupo de mundanas que quiso disfrutar de ella; pero no tan a tiempo que no tuvieran ocasión de censurar la incorrecta actitud de uno de nuestros jóvenes *snobs*, que constituyó la nota discordante, olvidando, como en otras ocasiones, el nombre histórico que lleva...

Al lado de las expansiones de bullicio y alegría, la crónica de los últimos días señala notas de punzante amargura. ¡Qué curiosas anomalías las de la sociedad en que vivimos, esta sociedad que tolera errores y extravagancias, y hasta las más tristes fallas del sentido moral, cuando están de por medio los *intereses creados*, el pedestal de la opulencia o vinculaciones muy poderosas!... En cambio tiene reacciones de una crueldad inexorable cuando asiste al derrumbe completo de una vida... Y me ha sugerido estas consideraciones, que pueden hallar ustedes demasiado amargas, lectoras amigas, un hecho profundamente doloroso: se ha extinguido una noble vida de mujer, una vida que era toda la luz y el encanto de su hogar... Se ha apagado lentamente, porque no pudo resistir a la rigurosa sanción que impusiera la ley — con o sin razón, no es el caso de fallar nosotras — al compañero de su vida...

La que se había visto agasajada y rodeada cuando su situación social contaba con los prestigios de una alta investidura, se vió sola, sin otra compañía que la de los seres más allegados, en los momentos de la prueba; prueba tan dolorosa que no pudo sobrellevarla...

Sin embargo, esta sociedad en que vivimos hace gala a veces de una indulgencia verdaderamente maternal; y bien hace en prestar apoyo a los que sufren las consecuencias de la ajena falta...

Pero esta vez la nota dolorosa de los últimos días nos hace recordar la amargura del poeta: «¡Dios mío, qué solos, pero qué solos se quedan los muertos!»

LA DAMA DUENDE.

Buenos, Aires, junio de 1923.

ORACIÓN DE LAS ALMAS SERENAS

Oremos por la conversión de las almas sombrías.
Oremos por que se trueque en luminoso ropaje la niebla de aquellos sus tenebrosos espíritus.
Oremos por que no desaten sobre nuestras frentes visionarias sus implacables furias de Medusa.
Oremos por que tengan el consuelo de cubrir de bondades y esperanzas su despreciable desnudez.
Oremos por que el veneno que volcaron en el jardín de nuestros ensueños les sea devuelto en nuevas y fragantes flores.
Oremos por que en vez de ser ciclón que siega la espiga, Dios les conceda la gloria del labrador que hace fructificar la tierra.
Oremos por que no sean el presagio de injustas amarguras y sí las anunciadoras de paz y venturanza.
Acordaos, Padre Nuestro, que en la fatigosa marcha hacia la cumbre ellas son acicate del preciado triunfo, y que al conjuro de su maleficio fuimos por ti ungidos de Ideal y de Belleza...
¡Oremos!

CÁNDIDA SANTA MARÍA


.....Allá en el corazón de la Pampa
igual que en la ciudad.....
se podrán bailar los
tangos, los shimmys, los valses del
día, se podrán escuchar los grandes artistas que hoy cantan en el Colón.
La "CONCERTOLA" anula las distancias y tanto el que vive en la ciudad como el que vive en el campo pueden oir la mejor música del mundo, igual que si estuvieran en un teatro.
NUESTRAS OFERTAS
N.º 451. — Elegante CONCERTOLA con persianita delantera. Con 6 piezas y 200 púas .... $ 45
N.º 327. — Rica CONCERTOLA en nogal o caoba, con puertitas modificadoras del sonido. Con 6 piezas y 200 púas .... $ 75
N.º 4. — Magnífica CONCERTOLA para mesa, rica madera roble o terminación caoba, motor suizo de dos cuerdas reforzadas. Con 6 piezas y 200 púas .... $ 125
N.º 4 bis. — Espléndida CONCERTOLA. Regio mueble en roble o terminación caoba, motor suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas y 200 púas .... $ 150
O bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 14 cada una.
N.º 5. — Regia CONCERTOLA, mueble serio y elegante, igual al dibujo. Rica madera de roble o terminación caoba, gran motor de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas .... $ 250
O bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 25 cada una.
PIDAN CATALOGOS. N.º 21: Grafófonos, Concertolas y Victrolas. N.º 22: Todos los mejores discos de las buenas marcas. Enviando $ 0.20 en estampillas.
DISCOS - Siempre Novedades de gran éxito.
Algunos de los que acabamos de recibir.
Discos Victor, de 25 ctms. $ 3 c/u.
Orquesta Típica Fresedo
73772 Chelín. Tango. / Queja campera. Tango.
73786 Que Racha. Tango. / La Caprichosa. Tango.
Orquesta Típica Flores
73787 Hospital Durand. Tango. / Tu Mirada. Tango.
73773 Gaucho Malo. Tango. / Que Maravilla. Tango.
Por la célebre Orq. Marek Weber
Discos dobles, de 30 ctms. $ 4 c/u.
P 1386 Ta Bouche. «Machinalemente». Shimmy. / O Madonna. Shimmy.
P 1372 Ruth. Fox Trot. / Mimili. Shimmy.
P 1310 La Bayadera. «Señorita, quiere bailar el shimmy?» Shimmy. / La Bayadera. «¡Oh, Bayádera!». Shimmy.
P 1373 Electric Girl. Shimmy. / El Cacique. Fox Trot.
P 1391 Babette, Babette. Shimmy. / Ta Bouche. «Ça c'est une chose». Shimmy.
P 1389 Veni a bailar el Shimmy. Fox Trot. / La Mujer, vuela tras del hombre. Shimmy.
Por la Orquesta Roberto Firpo
Discos dobles, de 25 ctms. $ 3 c/u
6178 Dedé. «Dans la vie faut pas s'en faire». Shimmy. / El Estudiante. Tango.
En música WAGNERIANA, CLASICA, OPERAS, etc., etc., ofrecemos el más selecto y grandioso surtido. — Solicite catálogo de discos N.º 22 enviando $ 0.20 en estampillas.
NO TENEMOS SUCURSALES.
NO CERRAMOS LOS SABADOS.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
Av. DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES
AMERICA
Concertola

De Martínez



Parte de los concurrentes al gran baile familiar realizado bajo los auspicios del Centro Recreativo San Isidro en el salón de la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos local.

EL TABACO EN EUROPA

La importación del tabaco en Europa no remonta a época anterior al año 1518. Parece que es debida a un misionero español compañero de viaje de Cristóbal Colón, el cual tuvo la idea de enviar a España granos de tabaco después de haber observado que los sacerdotes del dios Kiwosa usaban para fumar las hojas de esta planta.

El gobierno español no tardó en cultivarlo en grande escala en la isla de Cuba y los portugueses imitaron este ejemplo en el Brasil. El cardenal Santa Cruz, nuncio del Papa en Portugal, importó el tabaco a Italia, lo cual dió motivo para que se llamara esta planta con el nombre de «hierba de Santa Cruz». En fin, en 1560, Juan Nicot, embajador de Francia en Lisboa, que había experimentado en sí mismo los efectos del polvo del tabaco contra la jaqueca, lo ofreció a la reina Catalina de Médicis, y lo hizo conocer en Francia bajo la forma de tabaco en polvo para aspirarlo por las narices.

PENSAMIENTOS

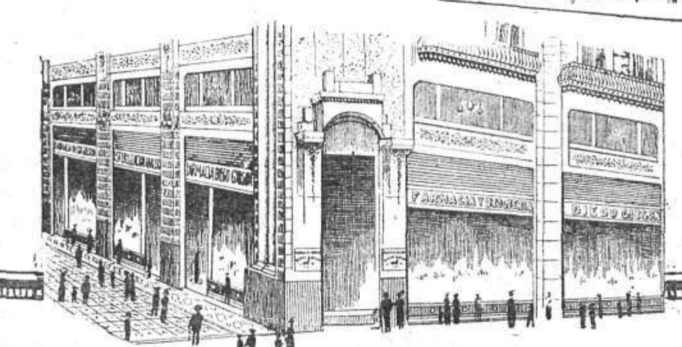
No hay desigualdad que separe tanto como la del corazón.

—La verdadera independencia estriba en estas tres palabras: vivir con poco.

En cualquiera de nuestras dos casas

podrá usted requerir nuestros servicios profesionales o adquirir cualquier artículo de farmacia en condiciones idénticas, es decir, en cualquiera de ellas encontrará los mejores servicios de recetas, análisis y esterilizaciones, las drogas más puras, el más amplio surtido en especialidades de legitimidad indiscutible y los precios más ventajosos; y encontrará tambien, en las dos, nuestro firme propósito de mantener la tradición de lealtad y seriedad con que siempre dirigimos nuestra profesión y nuestros negocios.



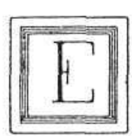


FARMACIAS GIBSON

Defensa, 192
Florida, 159

Unión Telefónica, 5921, Avda.

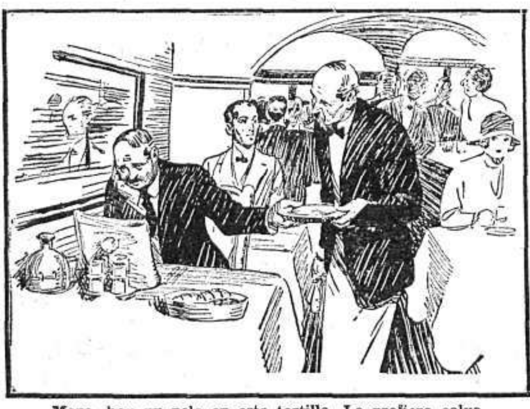
A R C A N O



El mar no sabe que su voz potente
llega sonora al seno de la playa,
e ignora por qué impulso
en su abismo profundo se agiganta;
el débil trovador, el pajarillo
que en el monte de acacias
da calor a su nido
con el ropaje egregio de sus alas,
¡con qué inconsciencia brinda sus canciones,
—música excelsa que en el bosque se alza—
para llenar de acentos el espacio
en las bellas mañanas!
El viento, el padre viento que predice
la tempestad cercana,
ignora que al pasar sobre la fronda
y juguetear en las temblantes ramas
de los altivos sauces, su cordaje
impalpable desata;
y tú, eximio artista
que las ideas en el bronce plasmas,
cuando la Diosa inspiración te arroja
su mantón y el amor deja su llama
dentro tu corazón todo armonía,
en el lino invisible de tu alma,
intérprete y señor de la Belleza,
no sabes porque sueñas ni porque amas
la grandeza de todo lo que pone
una hebra de luz sobre tus alas!

¡Algo excelso se oculta
en todo donde el sol deja su santa
claridad...! ¡Nadie sabe qué misterio
vibra en el fondo obscuro de las almas
de los hombres y cosas...! ¡Oh! divino
Arcano. ¿Por qué robas esas ansias
de mi ser que ambiciona
conocer el secreto de una lágrima,
la melodía suave de una risa,
la grandeza del Cosmos o la pálida
luz de la estrella que en las noches miro
titilar en la bóveda enlutada...?
¿Por qué matas mi impulso
y nublas mi esperanza,
cuando bajar mi espíritu ambiciona
al fondo de las almas?

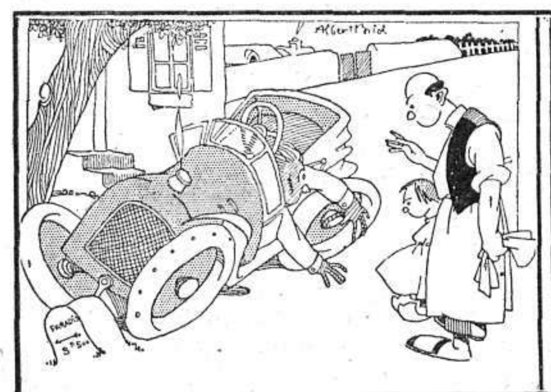
F E L I X B. V I S I L L A C



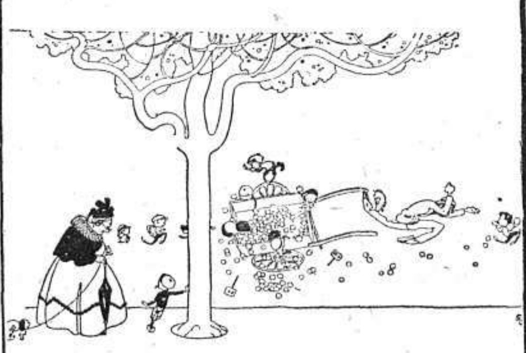
—Mozo, hay un pelo en esta tortilla. La prefiero calva.



—Usted tiene una bella factura.
—¡Ah, ya comprendo! ¿Viene usted de parte de mi sastre?



—El señor viene sin duda a almorzar... Tenemos hoy: «Tortillas a la crema».



LA ABUELA. —¡Cómo me agrada ver que tú no tomas parte en las diabluras de tus amiguitos! ¿Puedes decirme la razón de tu buena conducta?
EL CHICO. —¡Oh! Yo dejo siempre el trabajo a los otros, pero la idea es mía.

EN 80 MENSUALIDADES SIN INTERES NI COMISION

Por $1.20. UN LOTE DE TERRENO EN

VillaVirginia

En la futura capital de la Provincia, a 25 minutos de la estación Bahía Blanca

6600 LOTES EN VENTA PARTICULAR

Rodeados de cinco estaciones: Calderón, Bajo Hondo (F. C. S.), Grümbein Norte, Bajo Hondo y General Arias (F. C. R. al P. B.). Desde $ 1.20 por mes el lote, en 80 mensualidades, sin interés ni comisión.

Con pocos centavos diarios, usted asegura el porvenir de su familia. Son terrenos altos y los mejores situados de Bahía Blanca, rodeados de futuros pueblos, y cuya subdivisión en lotes, al alcance de todos, hará que VILLA VIRGINIA sea dentro de poco un emporio de comercio e industria.

Donde el Gobierno Nacional está levantando los edificios para cuarteles de la región.

¡NO SON MEDANOS NI CANGREJALES! — Garantizamos tierra vegetal.

Administración: Bartolomé Mitre, 383 - Buenos Aires.

Condiciones de Venta

Lotes hasta	300 varas . . .	$ 1.20	por mes
„ de	399 „	„ 1.50	„
„ de	500 „	„ 2.00	„
Las esquinas	. . . .	„ 1.80	„

Sobre la bondad de los títulos de propiedad puede informar el Escribano señor Pascual S. Gargiulo, calle Bolívar, 171.

TITULOS PERFECTOS

En 80 mensualidades, que se pagarán del 1 al 8 de cada mes, en nuestra Administración. — Todo comprador entregará como seña 6 mensualidades adelantadas por cada lote. — Escrituras una vez abonadas y transcurridas 40 mensualidades.

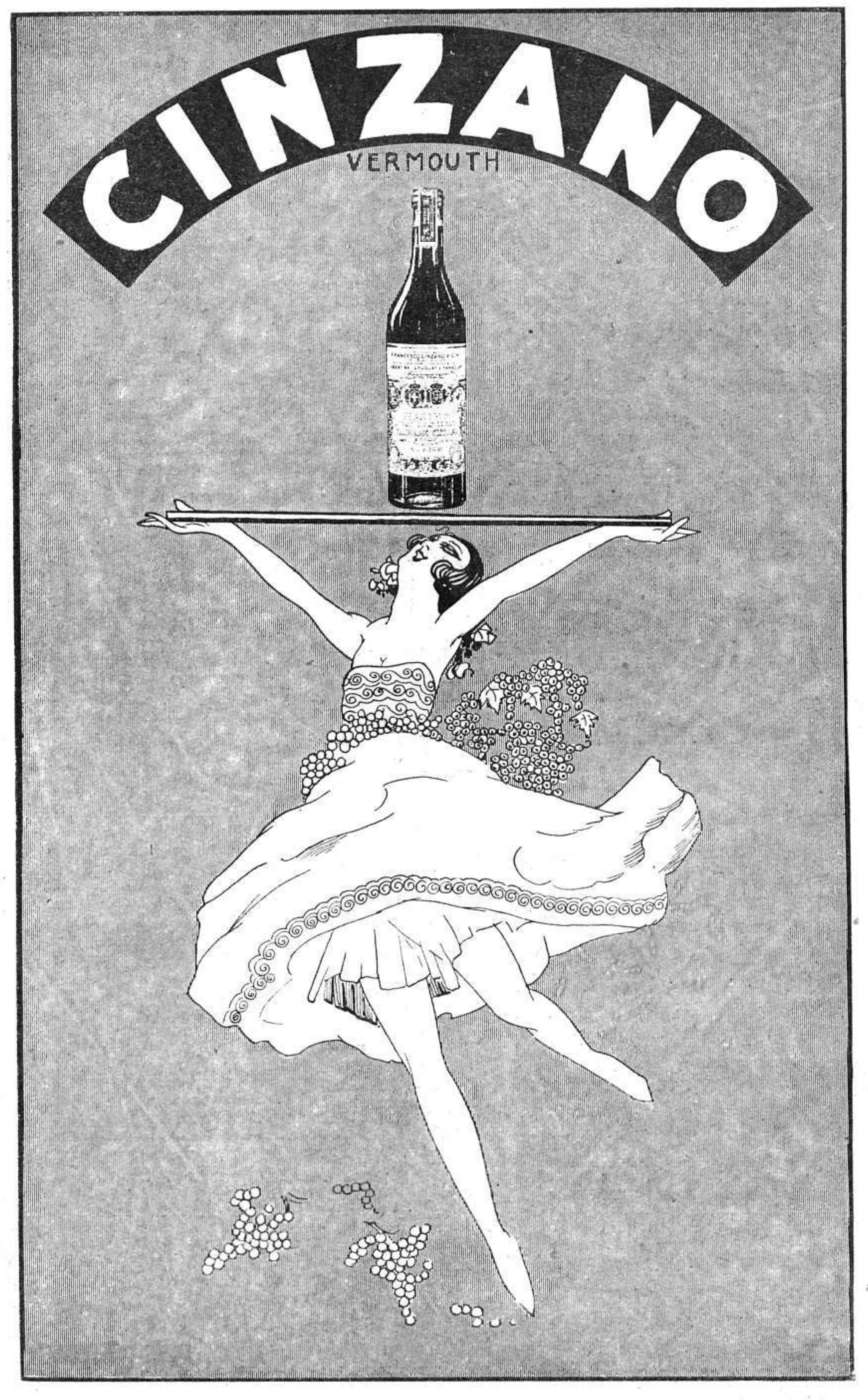
¡APROVECHEN los obreros que quieran construir su hogar!
¡APROVECHEN los especuladores!

SE NECESITAN AGENTES PARA LA VENTA DE ESTOS TERRENOS CON BUENA COMISION



MANDE ESTE CUPON

Señor Administrador de Villa Virginia: 12.
Bartolomé Mitre, 383, Buenos Aires.
Sírvase remitirme planos y datos de Villa Virginia.
Nombre...................................
Dirección..................................
¿Desea ser agente? ....


CINZANO
VERMOUTH

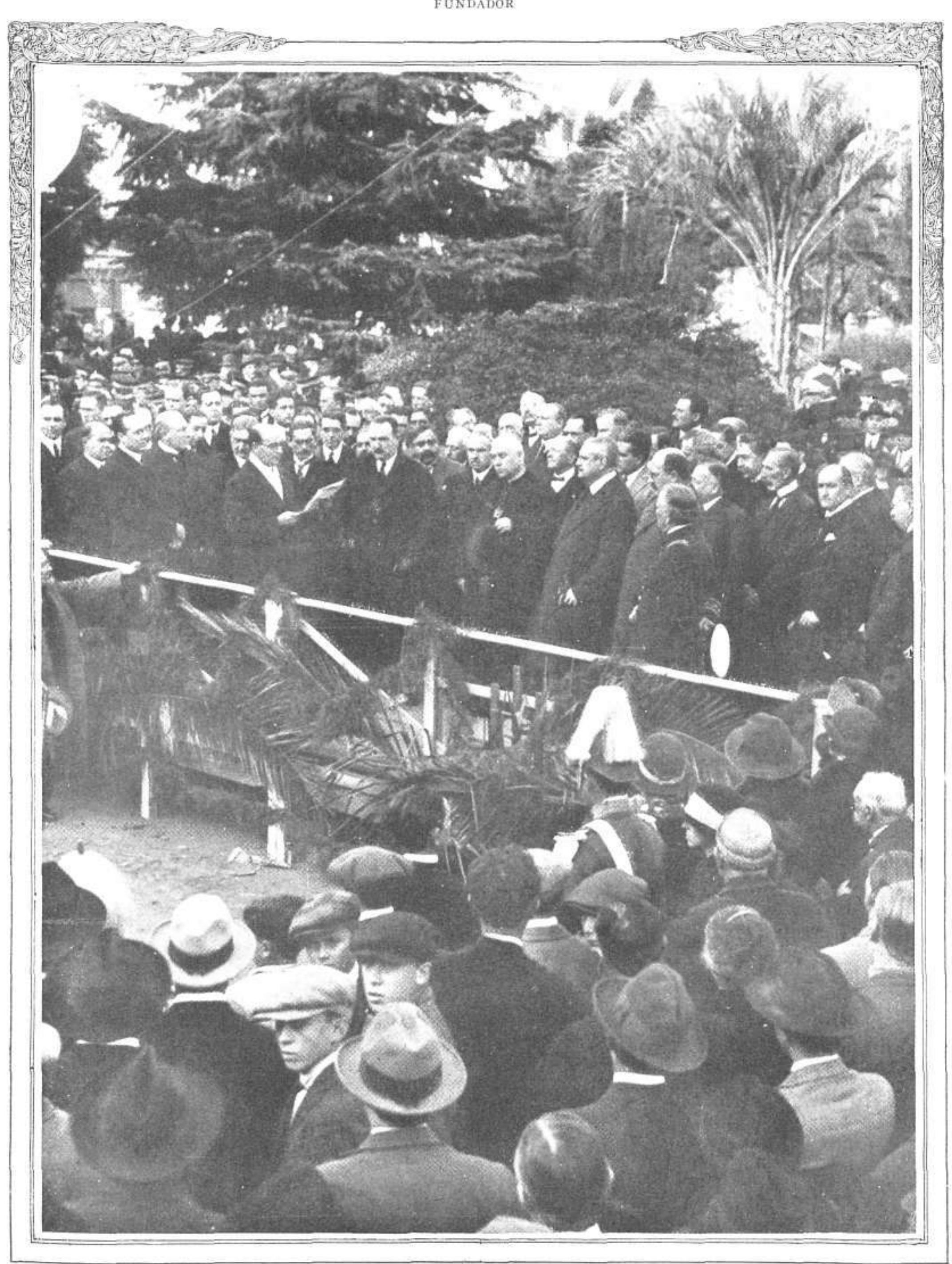
BUENOS AIRES, 16 DE JUNIO DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1289

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



EXPOSICION INTERNACIONAL DE MUESTRAS

SU APERTURA OFICIAL EN LA PLATA

El ministro de Gobierno, doctor Rodríguez Jáuregui, leyendo su discurso ante el gobernador de la provincia, los miembros de su gabinete, el obispo monseñor Alberti, el vicepresidente del Senado, don Joaquín Martínez Sosa, delegados de la Sociedad Rural Argentina y altos personajes de la Administración. El acto inaugural, al que asistió una numerosa concurrencia puso de relieve la creciente potencialidad industrial y productiva del país, siendo la primera exposición de esta índole que tiene lugar en Sud América.

FOTO DE ARROYO.

Filólogo Español



D. Américo Castro, de la Universidad C. de Madrid, que ha inaugurado un curso en el Instituto Filológico que acaba de crearse.

En la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres



Distinguidas personas que concurrieron al acto público de la apertura del ciclo de conferencias del año actual iniciadas por el doctor David Peña, que habló acerca de la "Crónica de un debate parlamentario de cuarenta años atrás".

Exposición Internacional de Muestras



El señor José Luis Cantilo, el obispo de La Plata y personalidades de la comitiva oficial saliendo de la Casa de Gobierno para dirigirse al pabellón de la Feria Internacional de Muestras.

Federación Socialista de la Capital



Señores Jacinto Oddone, presidente; José E. Pileger y Eduardo Beretta, secretarios, que componen la mesa directiva, acompañados del diputado socialista italiano José Parpagnoli.



Delegados al primer congreso ordinario en una de las últimas sesiones celebradas en esta capital, durante las que resolvieron asuntos de vital importancia para el partido.

Señora Mercedes L. de López de Gomara



Virtuosa y conocida dama, esposa de don Justo S. López de Gomara, director de nuestro prestigioso colega "El Diario Español", cuyo deceso ha causado penosa impresión por las nobles prendas de carácter y altruismo que la adornaban.

En el Club Argentino de Ajedrez



El maestro doctor Max Bluemenfeld en el momento de comenzar su match con el aficionado argentino Julio A. Lynch, partida que dió lugar a gratísimas incidencias.

Sr. Federico Méndez



El fallecimiento de este activo e inteligente funcionario, ex comisario de la policía de esta capital y secretario de la Asociación Gráfica, constituyó una dolorosa sorpresa en los diversos círculos sociales a que estaba vinculado.

Conferencia del profesor francés Jéze



El distinguido economista francés, M. Gastón Jéze, del Instituto de París, pronunciando su conferencia sobre la "Estabilización de la moneda argentina y la Caja de Conversión", acto que se verificó en la Facultad de Ciencias Económicas ante caracterizadas personalidades y numeroso público.

Dr. Gonzalo Rodríguez Lafora



Ilustre médico y catedrático de la Universidad de Madrid, que está dando interesantes conferencias profesionales en nuestra Facultad de Ciencias Médicas.

Sociedad italiana pro Asili D'Infanzia



Damas y señores que asistieron, en uno de los salones del Hotel Majestic, al Te Danzante organizado por dicha institución para allegar fondos a la caja social de la misma

En el Club Español



Conocidas familias que fueron invitadas al brillante festival celebrado por dicho club como primero de la temporada de invierno y en honor de sus asociados.

Primera exhibición pública del "as de los ases" alemanes



La señora Von Reiswitz y el ing. Florencio Martínez de Hoz.



El teniente Udet explicando al ministro alemán y a un grupo de concurrentes el funcionamiento del aparato en que realizó notables vuelos.



El "as de los ases", al regreso de una de sus pruebas.



El experto piloto, tripulando su pequeño aeroplano, pasa a pocos metros de altura sobre la concurrencia que entusiasmada presenció sus admirables vuelos en el aeródromo del Aero Club Argentino, en San Isidro.

FOTOS DE VARGAS, ARROYO, BELL Y PALERMO.



Th. Ferguson, goal-keeper. William Frame, back. Harry Rae, half-back. H. Mc. Kenna, half-back. J. Walker, half-back.

PARTIDO INTERNACIO

ESCOCESES VER

LOS ARGENTINOS TRIUN





Pintoresco desfile de los jugadores escoceses, a cuya cabeza va el tradicional gaitero vistiendo el típico traje nacional.



Robert Orr, back, capitán del equipo escocés.



Bonita jugada cerca del arco argentino, en que los hombres de la defensa están empeñados en contrarrestar un avance contrario



Van Kamenade, el excelente back argentino, luciéndose en un golpe de cabeza.

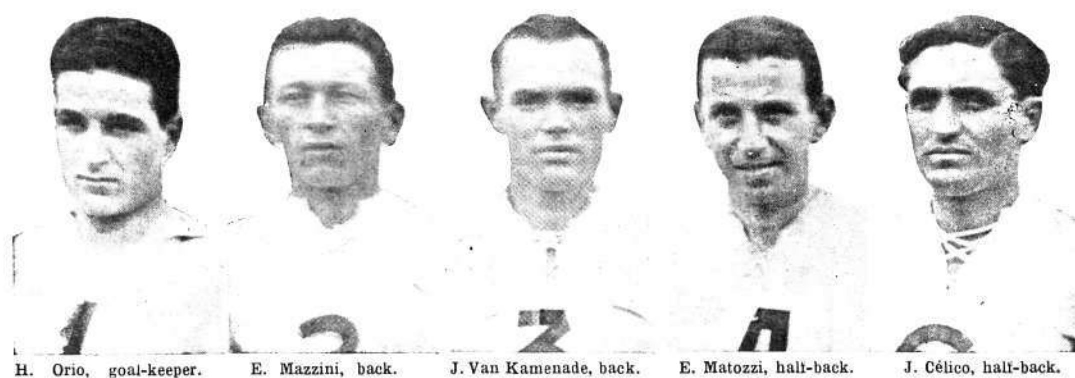






A. Reid. T. Graney. H. Ferguson. T. Mc. Inally. R. Arcnibala.

Jugadores que componían el quinteto delantero del cuadro escocés.



H. Orio, goal-keeper. E. Mazzini, back. J. Van Kamenade, back. E. Matozzi, half-back. J. Célico, half-back.

NAL DE FOOTBALL
SUS ZONA NORTE
FAN POR UN GOAL A CERO



García y Célico desbaratando una jugada de los delanteros escoceses durante el match que, ante un público de más de treinta mil personas, se jugó en el estadio del club River Plate.



Cándido García, half-back, capitán del team argentino.



Interesante instantánea obtenida mientras se efectuaba un avance argentino.



La valla argentina pasando por un momento de peligro, salvado magistralmente por Orio.



P. Heissinger.



P. Duarte.



G. Caldas.



J. Anunziata.



M. Pardal.

Jugadores que formaban la línea delantera argentina.

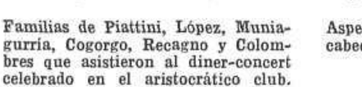
FOTOS DE ARROYO.







Inauguración de la temporada en el Club Social



Familias de Piattini, López, Muniagurría, Cogorgo, Recagno y Colombres que asistieron al diner-concert celebrado en el aristocrático club.

Aspecto de la cabecera de la mesa que fué presidida por el doctor Gervasio Colombres.

Otros distinguidos comensales ocupando diversas mesas en el amplio salón - comedor donde se celebró el festival.



Concurrentes al banquete ofrecido en honor del presidente de la Federación Agraria Argentina, señor Esteban Piacenza, con motivo de su eficiente actuación en el XI Congreso Agrario, acto en el que estuvieron representados todos los colonos del país.



El cuerpo consular acreditado y las autoridades locales después del banquete servido en el Jockey Club en honor de los primeros.



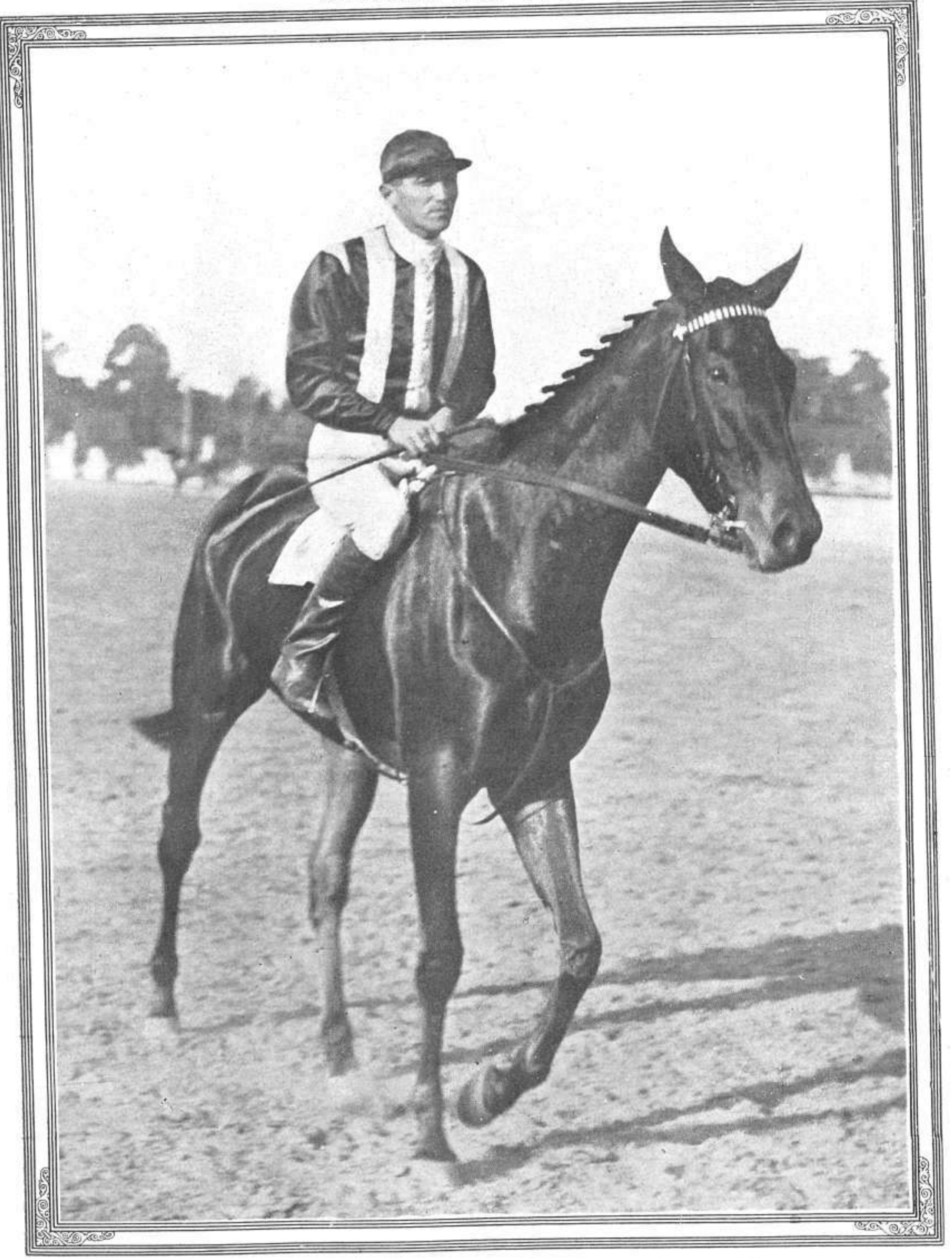
La comisión de damas de la Sociedad de Beneficencia que organizó la ceremonia de la comunión a los presos de la Penitenciaría.



Damas y caballeros que dieron lucimiento al baile celebrado por la junta directiva del Círculo Italiano festejando el Día del Estatuto.



Grupo de amigos del señor Joaquín Lagos, director del diario "La Capital", que le obsequiaron con un banquete con ocasión de su próximo viaje a Europa.



JUVENTAS

POR BOTAFOGO Y JALOUSE

GANADORA DEL CLASICO ELISEO RAMIREZ

Distancia: 1.500 metros. Premio: $ 15.000 y un objeto de arte ofrecido por el Haras Chacabuco. Tiempo: 1'32'' 2/5. Sport: $ 2.95.

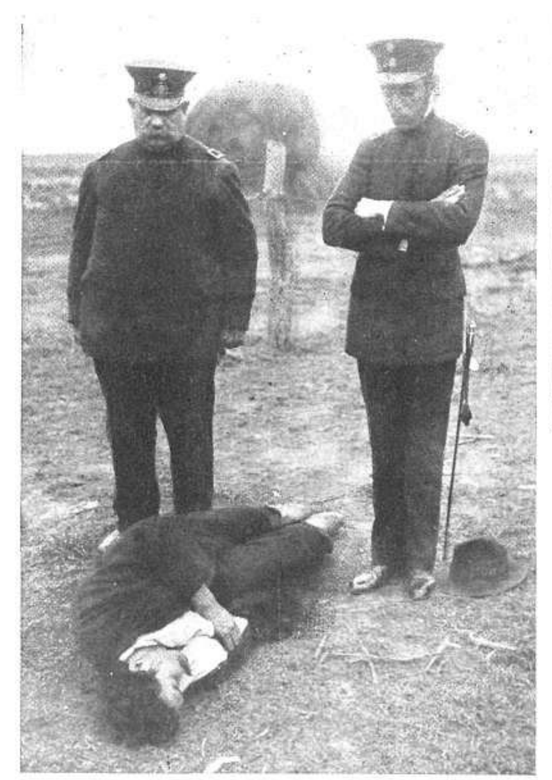
La excelente pensionista del Stud El Potrillo, que afirma en cada nueva carrera disputada su real origen, tiene una excelente performance desde su debut el 4 de marzo, en el premio Sable, donde fué 2.ª de Mangazul. A la siguiente reunión entró 1.ª en el premio Melancolía; luego fué 3.ª de Paquetona en el premio Moloch. Después de un breve descanso ganó el premio Fanfarrona, teniendo la misma figuración en el premio Moloch, corrido el jueves 10 de mayo. En la reunión del día 27 del mismo mes se adjudicó el clásico 25 de Mayo, y en la reunión del día 31 el clásico Raúl Chevalier.

PRONOSTICOS PARA LA REUNION DEL DOMINGO 17 DE JUNIO:

1.ª carrera: DRAGADOR — CHASCARRILLO
2.ª » PITILESS — OPCION
3.ª » DESTINO — MURMULLO
4.ª » ONEROSA — GRUE

5.ª carrera: DIOGENES
6.ª » LOBEZNO — DECAMPS
7.ª » COLASTINE — GRAN PILLETE
8.ª » MUSULMAN — MIL MAS

ALEVOSO CRIMEN POR UN MOTIVO INSIGNIFICANTE



El comisario Souza y el inspector Escobar ante el cadáver de Manuel Quinteros, muerto de un martillazo y de un balazo por los sicilianos Pace y Bachina.



Agentes que capturaron a Miguel Bachina, uno de los dos criminales que con el martillo que empuña en la fotografía golpeó el cráneo del asesinado.

En la jurisdicción de Barrio Arroyito, en Rosario, dos sicilianos asesinaron al estibador argentino Manuel Quinteros por el fútil pretexto de que éste, con el fin de ganar terreno, había cruzado una quinta de verduras que cultivaban aquéllos, pisando algunas de las hortalizas, lo que irritó de tal modo a sus agresores que bruscamente le atacaron con un martillo y un revólver, mientras que, sin sospechar sus malévolas intenciones, el agredido se agachaba para atar una de sus zapatillas recibiendo entonces las dos mortales heridas.



Manuel Quinteros, argentino, la víctima del bárbaro hecho.

CAMPAÑA CONTRA LOS EXPENDEDORES DE ALCALOIDES



Valija secuestrada por la policía en la que fueron hallados diversos frascos y tarros conteniendo alcaloides pertenecientes al chino Ricardo Tang.



El chino Ricardo Tang, expendedor de drogas prohibidas, a quien se le encontraron quince ampollas de cocaína al ser registrado por los agentes de investigaciones cuando fué detenido al dirigirse al domicilio de uno de sus clientes.

DRAMA PASIONAL



Amelia Zamboni, que mató de tres balazos a su marido Jaime Isai.

A consecuencia de una violentísima escena de celos desarrollada en la habitación de ambos, la mujer Amelia Zamboni dió muerte a su marido, disparándole tres tiros con el revólver con que él la amenazaba durante la terrible lucha que sostuvieron, y dejándole tendido y agonizante a los pies del lecho.



Jaime Isai, fallecido a consecuencia de los disparos que le hizo su esposa después de una violenta lucha.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

SRES. ERNESTO UDET, "AS DE LOS ASES", Y OTTO HEINECKE, CÉLEBRE PARACAIDISTA, POR SIRIO.

Ambos celebrados
por sus entusiasmos y por sus afanes,
ambos arriesgados
y ambos alemanes.

La Página de la Moda
Últimas Modas

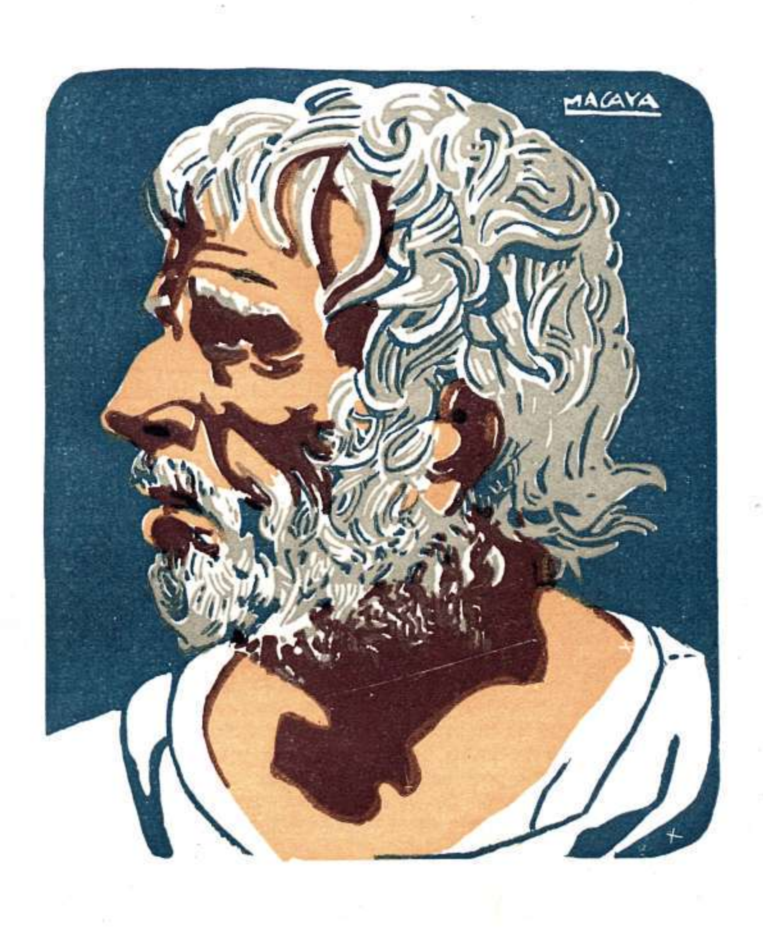
MODELO DE MODERNÍSIMA CONFECCIÓN, AMPLIAMENTE RECAMADO Y MUY ELEGANTE EN SU SENCILLEZ.

«TOILETTE» CON ARTÍSTICOS DIBUJOS QUE ATRAJO LA ATENCIÓN EN LAS CARRERAS DE LONGCHAMP.

OTRO ESTILO DE TRAJE A BASE DE FIGURAS DE IMITACIÓN EGIPCIA, MUY EN BOGA.

ORIGINAL CAPA-VESTIDO CON UNA NOVEDOSA COMBINACIÓN DE SEDA Y MALLA.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL EN PARÍS.



HOMBRES CÉLEBRES

SÉNECA

Lucio Anneo Séneca nació en Córdoba, célebre ciudad andaluza, madrina de tu Córdoba, lectorcito argentino. Este gran escritor y filósofo vino al mundo el año 3 de nuestra era. Su padre, Marco Anneo Séneca, también cordobés, distinguióse entre los romanos como escritor y maestro de retórica. La mamá de Lucio se llamaba Helvia y era también andaluza y muy entendida en cuestiones literarias. El matrimonio Séneca tuvo tres hijos: Anneo Novato, Lucio Anneo y Anneo Mela. Eran todavía muy pequeñitos cuando la familia se trasladó a Roma. Querían los padres que sus tres queridos Senequitas recibieran una vasta educación. Si hubiesen seguido viviendo en Córdoba habrían tomado la tonada andaluza. Yo no sé como hablaban el latín mis paisanos de aquella época; pero indudablemente su pronunciación no sería muy buena. Así lo dicen muchos escritores romanos.

Lucio Anneo, que era el más inteligente de los

tres hermanos, se distinguió en seguida en el colegio. Muy endeblucho y enfermizo, Séneca estudiaba tanto que estuvo a punto de morir. A fuerza de cuidados consiguieron sacarlo adelante.

Aprendió elocuencia, gramática y retórica (preceptiva literaria) con gran facilidad. Sus condiscípulos, niños bien de las más altas familias romanas, se burlaban de Séneca y le tenían mucha envidia. Cuando, muy joven todavía, se presentó en el foro para pronunciar discursos admirables, sus enemigos le pusieron obstáculos, que él venció.

Su rival más poderoso fué Calígula, el emperador famoso por sus crueldades. Este tipo creía ser el más eminente de los oradores. Sus adulones cortesanos así se lo hicieron creer aplaudiéndole en cuanto abría la boca. Calígula, envidioso de Séneca, quiso matarle. Así lo dice un escritor: «Lucio Anneo Séneca, que superaba en ciencia a todos los romanos de su tiempo y a otros muchos, estuvo a punto de perecer, no por crimen alguno, ni aun por sospecha de crimen, sino porque había defendido en el Senado, a presencia de Calígula, brillantemente cierta causa». Condenado a muerte lo salvó una amiga de Calígula que aseguraba no valía la pena de matar a un hombre enfermo que se iba a morir dentro pocos meses.



Este terrible peligro influyó grandemente en el espíritu del joven Séneca. Después de indultado dedicóse a la filosofía buscando consuelo a sus temores. Para esto asistió a las clases dictados por célebres filósofos.

Dicen los críticos que Séneca fué un filósofo vacilante, sin creencias firmes, lleno de dudas. Aseguran que amaba las riquezas, cariño poco común en los filósofos, llegando a ser millonario. Yo creo que la calumnia exageró enormemente esto de la riqueza de Séneca. También me figuro que la sentencia de muerte le trastornó un poco las facultades mentales, y que si reunía plata era con el propósito de librarse de la muerte a cambio de dinero. No hay hombre completo en este mundo. Séneca dormía en un colchón duro como la piedra, absteníase de comer carne, y diariamente hizo examen de conciencia.

Estuvo en Alejandría, donde se perfeccionó en los estudios filosóficos, y al volver a Roma ocupó un alto cargo en la magistratura.

El año 41 el Senado lo sentenció a muerte por creerle complicado en un sucio lío de la corte imperial. El emperador Claudio lo indultó, desterrándole a Córcega. Dícese que Séneca era inocente del crimen que se le imputaba.

Estuvo en Córcega ocho años y allí escribió una de sus mejores obras. Fué perdonado por influencia de Polibio, gran amigote del emperador. Los enemigos de Séneca dijeron que éste se había rebajado ante Polibio al dedicarle un libro; otra nueva calumnia.

Ya en Roma Séneca encargóse de educar a Nerón, futuro sucesor de Claudio. Fué nombrado para altos empleos y reunió grandes riquezas.

Tú, niño, habrás oído hablar de Nerón. Su nombre maldito ha llegado hasta nosotros y se le tiene por un terrible criminal. Decir Nerón es decir monstruo. Resulta que la historia de Nerón la escribieron sus enemigos. No sería una persona muy buena, pero no tan malísima como la pintan. Ya ves el caso de Rosas: unos lo ponen por los suelos, otros lo defienden. ¡Vaya usted a saber dónde está la verdad!

Pues bien; se culpa a Séneca de haber tomado parte como consejero en varios crímenes neronianos. Tanto y tan bien trabajaron los enemigos de Séneca que su imperial discípulo llegó a tomarle estrilo. Al ver que la cosa se ponía fea, Séneca envió a Nerón un escrito por el que le donaba todos sus riquezas (¡no te lo decía yo que el dinero que juntaba era para rescatar su vida!) y pidiéndole una rentita y una quinta donde pasar su vejez. Nerón le hizo públicas muestras de cariño, asegurándole su amistad.

Poco después, al descubrirse que Pisón quería matar al emperador, un conjurado dijo que Séneca andaba metido en el asunto. Entonces Nerón, sin detenerse en averiguar lo cierto o lo mentido de la noticia, decidió que su maestro muriera. En vano aseguraba el filósofo cordobés que sus achaques le tenían recluído sin energía ni tiempo para meterse en conspiraciones.



Nerón le dió a elegir la clase de muerte que Séneca prefiriera. Este se cortó las venas de las piernas y de las rodillas en presencia de amigos y discípulos. Su esposa Paulina quiso también suicidarse, pero sobrevivió.

La muerte de Séneca fué digna de un valiente. Con su sangre roció las cabezas de sus amigos, y como tardaba en morir tomó un veneno.

Además de sus obras filosóficas escribió el ilustre cordobés diez tragedias. Como orador y retórico fué el mejor de su época.

Séneca se vió empujado al suicidio el año 65 de J. C. Sus rivales envidiosos habían vencido.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA



DESIGNIOS INESCRUTABLES

Por

E. F. BENSON

ESA mañana no había encontrado nada importante en las más augustas páginas de *The Times*, de modo que volví a la primera página y empecé a leer los anuncios de carácter personal. Había avanzado bastante en la sección «Defunciones», cuando de pronto sufrí un verdadero choque nervioso: Sibila Rorke, viuda del difunto sir Ernesto Rorke, había muerto en Torquay, repentinamente, a la edad de treinta y dos años.

Me pareció extraño que no hubiese sino ese vulgar anuncio cuando se trataba de una mujer que un tiempo había sido una brillante y muy conocida figura de la sociedad; pero en otra página del diario encontré un párrafo en que se lamentaba la muerte de Sibila y se rendía tributo a sus cualidades.

Se había quedado muerta mientras dormía y se anunciaba que se haría una averiguación.

De todos modos, había hecho bien en leer los anuncios personales del diario, porque esa tarde debía venir a pasar unos días conmigo, en mi casa de campo, Archibaldo Rorke, primo lejano de sir Ernesto, que había heredado sus títulos y sus propiedades. Pensando en ello no se me ocurrió la menor idea de cómo Archibaldo habría recibido la noticia de la muerte de Sibila.

Había habido algo de misterioso en sus relaciones, y ahora que Sibila estaba muerta, nadie sino él podía saberlo. A mí, su más antiguo amigo, nunca me había dicho una palabra, de modo que no sabía más que lo que sabía todo el mundo, esto es, que un año después de la muerte de sir Ernesto, la viuda se comprometió con sir Archibaldo Rorke, y que, quince días antes de la fecha fijada para el casamiento, el compromiso quedó roto. Cuando lo supe, llamé por teléfono a Archibaldo; pero de su casa me contestaron que ya había salido de Londres, y pocos días después me escribió de Lincote, la hermosa propiedad que había heredado de su primo, diciéndome que nada tenía que comunicarme respecto al rompimiento de su compromiso sino que el hecho era cierto. Todo el episodio no era ya para él sino una hoja borrada en el libro de su vida. Permanecería en Lincote cosa de un mes, y después daría vuelta a la página.

También supe que Sibila había salido de Londres inmediatamente y se había ido a Italia, en donde permaneció todo el verano. Después alquiló una casa en Torquay y allí vivió todo el resto del año transcurrido entre la ruptura de su compromiso con Archibaldo y su muerte.

Durante todo ese tiempo vivió alejada de sus amigos, no vió a nadie y sólo rara vez salía de sus habitaciones para pasearse en el jardín de su casa. Guardó, sobre lo ocurrido, un silencio tan tenaz como el de Archibaldo.

Y ahora, con toda su juventud, sus encantos y su belleza, estaba ya en el reino del Gran Silencio...

II

No es de extrañar que, con la expectativa de ver a Archibaldo esa tarde, el recuerdo de Sibila Rorke no me abandonase en todo el día. Mis encuentros con ella, nuestras conversaciones, las recordaba con todos sus detalles, y a medida que iba reconstruyendo ese mundo de recuerdos, como que se diseñaba en mi mente la idea de que, a pesar de todos sus encantos y gracias, había habido siempre en Sibila algo de macabro y misterioso.

El recuerdo de ciertos incidentes dió fuerza a esa impresión, bastante vaga al principio. Uno de esos incidentes ocurrió la primera vez que la vi, en el verano anterior a la muerte de su marido. Cuando entró al salón en donde esperábamos la hora de la comida, el ambiente pesado y espeso se tornó fresco y liviano; jamás había estado yo en presencia de una vitalidad tan radiante y contagiosa. Era alta y bien formada, con todo el esplendor de una Juno, y aunque por entonces se acercaba ya a los treinta, conservaba aún el mágico brillo de la juventud. Sin esfuerzo alguno, fué amable con todos y a todos nos puso contentos y risueños. A los pocos momentos ocurrió el incidente.

Me hallaba con ella en un balcón que daba sobre el parque. La luna empezaba a salir por encima de los árboles. La miró un momento, le hizo un ceremonioso saludo y dijo:

— Yo no puedo creer que la luna nos traiga buena ni mala ventura; pero en todo caso no hace daño tenerla propicia, y si fuera verdad que influye en nuestro destino, no tenemos para qué convertirla en enemiga nuestra.

Un mirlo, atraído por las luces de la casa, pasó volando por entre nuestras cabezas, fué a estrellarse contra el marco de la puerta, y cayó a nuestros pies. En el suelo agitaba desesperadamente las alitas, pero no podía volar.

Sibila tomó el pájaro, lo examinó y encontró que tenía una alita rota.

— ¡Pobrecito! — exclamó. — Tiene el huesito del ala roto. ¡Y qué asustado está! ¿Qué haremos con él?

Lo mejor que podía hacerse era librar al mirlo de sus dolores, matándolo; pero cuando le sugerí esa idea hizo un gesto como para protejer al pájaro y me miró, brillantes los ojos, una débil sonrisa en los labios, por entre los cuales asomó la afilada punta de la lengua.

— No — dijo, — eso sería terrible. Voy a cuidarlo yo misma. Temo que esté muy mal herido; pero puede vivir.

Repentinamente — quizás fué su sonrisa la que me hizo pensar así — comprendí que no era tan compasiva, y que más que apenada estaba contenta. Entretanto Sibila, inmóvil, contemplaba al mirlo que se agitaba en sus manos. Y después su faz se nubló; cayó sobre ella una nube de disgusto, de fastidio.

— Me parece que se está muriendo — dijo. — Los ojitos se le cierran.

El pájaro se agitó una vez más, después estiró las patitas y quedó inmóvil. Sibila lo echó al jardín por el balcón, con un pequeño encogimiento de hombros.

— Habíamos hecho mucha alaraca por un pájaro — dijo. — Fué muy tonto al estrellarse contra la puerta; pero yo tengo el corazón muy tierno y no me puedo resignar a que muera ningún ser, por pequeño que sea.

En seguida me invitó a que pasásemos al salón.

Ese fué mi primer encuentro con Sibila y esas fueron también las primeras espinas de la venenosa planta que crecía entre sus rosas. Y, sin embargo, lo pienso ahora como entonces, yo fuí quizás completamente malo con ella, al atribuirle un contento secreto de que era absolutamente incapaz. Así, con algún esfuerzo, borré de mi mente el mal pensamiento, y resolví tener por seguro que me había equivocado al suponer que Sibila se había manifestado contenta al sentir morir el mirlo en sus manos; pero, involuntariamente, volvía a pensar del mismo modo...

Poco después de ese primer encuentro recibí de Sibila una encantadora invitación a comer para un día cercano. Acepté muy satisfecho la invitación, con la esperanza de convencerme decisivamente de que me había equivocado, en nuestro primer encuentro, en lo referente a la muerte del mirlo.

Pero antes de ir a casa de Sibila me vi en el caso de visitar a mi dentista, porque me estaba fastidiando un diente. En la sala de espera había una muchacha que parecía sufrir mucho, pues no dejaba de suspirar y sollozar mientras con una mano se oprimía fuertemente un lado de la cara. Estaba yo pensando si sería propio que me acercase a la muchacha para darle algún consuelo, siquiera de palabra, cuando se abrió la puerta y entró Sibila, que sonrió deliciosamente al verme.



UN MIRLO FUÉ A ESTRELLARSE CONTRA EL MARCO DE LA PUERTA Y CAYÓ A NUESTROS PIES.

— ¿También va usted a ocupar el infernal sillón? — me preguntó. — Seremos entonces dos los que iremos al cadalso. Y usted no se imagina lo cobarde que soy para estas cosas. ¿Por qué no tendremos pico como los pájaros?

Se fijó después en la muchacha, que seguía sollozando, y exclamó:

— ¡Otra víctima más! ¿Y la han mandado sola a lo del dentista, pobre niña?

— Sí, señora.

— ¡Qué mal hecho! Pero yo la acompañaré cuando entre y le tiraré las orejas al dentista si la hace sufrir mucho.

Por entre los labios de Sibila empezó a delinearse la misma sonrisa que me había hecho tan mala impresión en el caso del mirlo. Y mientras seguía hablando cariñosamente a la muchacha, los ojos le brillaban lo mismo que en aquella ocasión... No me parecía que sus miradas revelasen lástima...

La puerta de la sala de curaciones se abrió y la ayudante del dentista hizo seña a la muchacha para que entrara.

Sibila seguía sonriendo, los ojos siempre brillantes...

En todo el día no pude evitar el recuerdo de su sonrisa y de su mirada.

III

El verano siguiente pasé una semana con Sibila y su marido en Lincote. Su marido estaba ya enfermo, y pasaba casi todo el tiempo silencioso y como abstraído. Una tarde estábamos sentados en el jardín cuando de pronto rompió su sombrío silencio para preguntar:

— ¿Todavía no se ha sabido nada de la muchacha?

Sibila le contestó que no se había sabido nada y él volvió a sumirse en su silencio. Me pareció que por el rostro de Sibila pasaba como una nube de intranquilidad, de ansiedad; pero su voz estaba perfectamente serena cuando me preguntó si quería dar una vuelta con ella por el parque.

Bajo los viejos árboles, semejante a una soberbia Diana Cazadora, después de cantar, con su voz musical y dulce, un himno a la primavera, me contó la causa de la pregunta de su marido.

— La desgracia ocurrió hace dos días — me dijo. — Una muchacha... ¿cómo se llamaba?... ¡Ah! Sí, Elena Davenport, vino de la aldea a casa a cobrar una cuenta. Le pagamos, se fué; pero no llegó a su casa y desde entonces nadie la ha visto más. Se ha avisado a todas las aldeas de los alrededores, se ha informado a todas las autoridades, se ha revisado cuidadosamente el parque y el camino que tenía que recorrer para llegar a su casa; pero no se ha dado con rastro alguno de Elena... Ayer me encontré con su madre; tiene mucha pena; pero está resignada... Cree en la voluntad de Dios...

Sibila calló un momento y en seguida agregó:

— Pero yo no lo he traído a usted aquí para entristecerlo contándole cosas trágicas.

Cambió, pues, de tema, y conversando alegre, bien que algo inconexamente, continuó guiándome por el parque para que admirase todas sus bellezas.

Volvimos por otro camino y al acercarnos a la casa llegamos a la orilla de una gran laguna, situada al otro lado de los jardines que rodeaban los pies de la casa. La laguna era artificial: cien años antes había sido formada mediante la construcción de un gran dique a poca distancia. El dique tenía unos veinticinco pies de alto y estaba cruzado por un camino bordeado de hermosos rosales.

Nos detuvimos un momento en la parte del camino que cruzaba el dique y, después de contemplar un instante la laguna, Sibila exclamó:

— Y ahora, a casa otra vez. ¿Será malo que diga que desearía que no encontrásemos ninguna otra visita sino el simpático Archibaldo? Cuando vienen muchas visitas es como traer Londres al campo, y no se habla sino de los mismos escándalos y zonceras que en Londres.

En la noche de ese mismo día ocurrió lo siguiente. En París había sido guillotinado un asesino famoso, y un diario londinense de la tarde había publicado un grabado horrendo en que se veía al asesino en el momento en que la cuchilla le cortaba la cabeza. Tuve que mandar un telegrama y me senté para escribirlo en el escritorio de Sibila. Concluído el telegrama levanté la carpeta, una verdadera obra de arte, de cuero repujado, para buscar un sobre, y lo primero que vi fué el horrendo grabado...

Un mes después murió el marido de Sibila, después de varios días de sufrimientos horribles. El doctor había insistido en que se llevasen a la casa dos enfermeras profesionales; pero Sibila no lo permitió, y estuvo presente a la operación que se le hizo a su marido únicamente para prolongar por unos días su mísera existencia. Las últimas noches Sibila durmió en un sofá, en la pieza en que su marido agonizaba.

IV

Archibaldo Rorke llegó esa tarde como me lo había anunciado.

En el acto me hizo saber que había visto el anuncio de la muerte de Sibila; pero no habló nada más al respecto hasta la noche, cuando nos quedamos solos en el salón de fumar. Una vez convencido de que nadie podría oirnos se volvió hacia mí y me dijo:

— Quiero contarle la historia de la ruptura de mi compromiso con Sibila. Muchas veces he querido hacerlo antes; pero mientras vivía no podía yo decir nada a nadie. Cuando sepa usted todo, me dirá usted si podía proceder de otro modo. Y le ruego no me interrumpa hasta que concluya, a menos que me oiga algo que no entienda; pero creo que no llegará ese caso.

Quedó silencioso un instante y agregó:

— Tengo que decírselo a alguien y lo he escogido a usted... si no le parece mal...

— Absolutamente — contesté. — Usted sabe que me complace que me haya escogido a mí... Y no le interrumpiré.

Archibaldo empezó su relato.

— Una o dos semanas antes del día fijado para nuestro matrimonio fuí a Lincote por un par de días, pues quería que en la casa se hiciesen ciertas reparaciones y arreglos. Nada me parecía digno de Sibila, como usted, que conoce mis sentimientos de entonces por ella, podrá imaginárselo.

«La semana anterior había llovido mucho y la laguna — usted la ha visto — estaba extraordinariamente llena: el agua rebalsaba y se derramaba por el camino en dirección a la aldea. Había, pues, peligro de que el dique, que no se hallaba en muy buen estado, cediese y se produjese una catástrofe, y era urgente secar la laguna para reparar el dique. La operación se efectuó mediante un sistema de sifones. Se trabajó mucho durante dos días, y estaba yo en la casa preparándome para regresar a Londres cuando se me presentó el director de la operación a decirme que se había encontrado algo en el fondo de la laguna, al pie del dique. Hundido en el fango del fondo de la laguna, a más de veinte pies de profundidad, se había encontrado el cadáver de una muchacha.»

Archibaldo oprimió los brazos de su sillón con las manos crispadas. No parecía, sin embargo, darse cuenta del interés que en mí estaba despertando su relato.

— Un mes antes, más o menos, de la muerte de mi primo, el esposo de Sibila — siguió diciendo — había ocurrido algo misterioso; había desaparecido una niña llamada Elena Davenport, que una tarde había ido a la casa a cobrar una cuenta, sin que después nadie la volviese a ver ni viva ni muerta. El hallazgo del cadáver en la laguna explicaba su



— USTED PUDO HABERME SALVADO — DIJO, — PERO ME VIÓ IMPASIBLE LUCHAR HASTA QUE LAS FUERZAS SE ME ACABARON.

desaparición. Telegrafié a Sibila diciéndole que un asunto me retenía en Lincote; pero no le dije de qué se trataba. Usted sabe que era muy supersticiosa y creí que la verdad podría hacerle daño, que tomase como mal augurio el encuentro del cadáver de la muchacha. No le dije nada, pues.

«Sibila tenía extraordinarios poderes mediumnímicos; pero no los ejercitaba sino rara vez y siempre ante personas que conocía muy bien, porque creía que los incrédulos llevan a las sesiones espiritistas las influencias superficiales del exterior, haciendo posibles errores o malas interpretaciones. Conmigo había tenido varias sesiones, y yo le había visto algunas manifestaciones extraordinarias. Ella misma, mediante la abstracción del pensamiento, se ponía en estado de trance y se comunicaba con los espíritus de los muertos que tenían alguna relación con los asistentes. En una ocasión mi madre, a quien ella nunca había visto y que había muerto hacía muchos años, me dijo ciertas cosas que Sibila no podía saber, y que yo no sabía; pero un viejo amigo de mi madre me aseguró que todo eso era verdad. Sibila me dijo también que podía producir materializaciones; pero nunca las presencié. Una circunstancia notable de sus poderes mediumnímicos era que a veces salía del trance mientras estaba en comunicación con algún espíritu, y sabía lo que estaba haciendo. Podía oirse a sí misma y saber mentalmente lo que estaba diciendo. Cuando mi madre me habló estaba en ese estado. Lo mismo ocurrió en el caso que voy a referirle.

«La noche de mi regreso de Lincote a Londres comimos solos. Yo tenía muchos deseos de que se pusiera en trance, no sabía por qué, y consintió. Nos instalamos en su salita íntima, sin más luz que la de una lámpara velada por una pantalla espesa; pero había luz suficiente para que yo le viese bien la cara, vuelta hacia la luz.

«Entre nosotros había una mesita cubierta con una carpeta negra. Sibila se sentó en una silla alta, se preparó y casi inmediatamente cayó en trance. Inclinó la cabeza hacia adelante, y por su respiración y por su completa inmovilidad comprendí que estaba inconsciente. Permanecimos en silencio largo rato, y ya empezaba yo a creer que no se produciría manifestación alguna y que la sesión, como había ocurrido otras veces, sería un fracaso, cuando de pronto vi que pasaba algo.»

Las manos de Archibaldo temblaban. Dos veces intentó continuar; pero sólo al tercer intento lo logró.

— Empezó a formarse una especie de neblina muy tenue encima de la mesa. Era ligeramente luminosa y se extendía hacia arriba, en forma de pilar, hasta dos o tres pies de altura. Después vi que en la parte baja algo se materializaba, se moldeaba en forma humana... A poco, distinguí perfectamente unos hombros, un cuello, una cabeza, cuyas facciones se acentuaban lentamente. Por algún tiempo todo eso fué vago y flúido, y se desplazaba hacia atrás y hacia adelante, alternativamente. Los ojos, que habían estado cerrados, se abrieron... Entonces la hablé, le pregunté quién era.

«Su contestación no fué sino un murmullo, pero bien distinto: — Elena Davenport...

«Me sentí presa de un terror infinito; pero me serené lo suficiente para pensar que se trataba quizás de alguna alucinación debida a que todo el día había estado pensando en el cadáver de la pobre muchacha, encontrado en la laguna... Sin embargo, algo me decía que no era así... ¿Y cuál podía ser la causa de esa manifestación?... Había pedido a Sibila que se pusiese en trance y Dios sabe cuánto habría dado por no habérselo pedido... Me tranquilizaba pensando que estaba inconsciente, y seguramente el fantasma se desvanecería antes de que volviese a su estado normal...

«De pronto oí un ruido leve: era la silla de Sibila que se movía. Me volví para mirarla y encontré que había levantado la cabeza. ¡Tenía abiertos los ojos y había en su cara tal expresión de terror que no creo que nunca la haya tenido un rostro humano... Comprendí que Sibila reconocía al fantasma...

«La figura que pálidamente flotaba en el aire se volvió hacia Sibila y sus blancos labios se abrieron otra vez.

«— Sí — dijo, — yo soy Elena Davenport.

«El leve murmullo adquirió fuerza.

«— Usted pudo haberme salvado — continuó — o pudo haber intentado salvarme; pero me vió imposible luchar hasta que las fuerzas se me acabaron.

«Y la aparición se desvaneció...

«Sibila y yo quedamos solos en la salita, a la luz de la lámpara, y oí el canto del silencio en mis oídos.

«Al fin me levanté y dí más luz... Algo en mí tenía ya la frialdad de la muerte y ese algo estaba destrozado también. Sibila no se movió; miraba fijamente frente a ella como si yo no existiese. No dijo una palabra de negativa de la terrible acusación que se le había hecho; y yo me sentí contento, porque hay casos en que negar no sólo es futileza sino blasfemia. Por mi parte no podía ni mirarla ni hablarle. Recuerdo que extendió las manos sobre la chimenea como si hubiese habido fuego... Después la oí levantarse; percibí el rumor de sus pasos en la alfombra... No dijo una palabra, sin duda porque comprendió que era inútil. Sonó después la puerta, y cuando me volví, me encontré solo. Salí y me fuí a mi casa.»

V

Cuando Archibaldo se calló hubo un largo silencio, que yo no quise romper porque, no sé por qué, se me ocurrió que no había dicho su última palabra todavía.

— Yo la había amado con todo mi corazón — dijo—y ella lo sabía. Tal vez por eso nunca después intenté verla ni ella intentó verme a mí. La pequeña figura blanca habría estado siempre entre nosotros, porque Sibila no podía negar su realidad ni la verdad de lo que había dicho. Esto es lo que quería contarle. No necesita usted decirme que piensa que pude proceder de otro modo, porque sé que no habría podido. Ni ella tampoco.

Archibaldo se puso de pie.

— Veo que va a hacerse una investigación sobre la muerte de Sibila — dijo. — Espero que encontrarán que se ha suicidado, lo que quiere decir que no pudo vencer sus remordimientos. Y eso es expiación.

Avanzó hacia la puerta y, volviéndose hacia mí, agregó antes de salir:

— ¡Designios inescrutables!

FIN

EL DEMONIO ME DIJO

En toda mi vida he hablado con el Demonio solamente cinco veces. Entre todos los que viven hoy, me jacto de ser aquel que lo trata con más familiaridad y que lo conoce más íntimamente. Me trata — lo afirmo con cierto orgullo que no quiero ocultar — con una benigna condescendencia, que alguna vez ha llegado a conmoverme. Cuando estoy con él, no me canso de oírle. Mejor aún: lo escucho y lo miro con fijeza. El Demonio, tal como se ha presentado ante mí, al menos, es una figura enormemente sugestiva y que sale fuera de lo vulgar y plebeyo. Es muy alto y muy pálido; es todavía bastante joven, pero su juventud es de aquellas que han vivido mucho y que son más tristes que la vejez. Su rostro, blanquísimo y alargado, no ofrece otras particularidades que la boca sutil, cerrada y estrecha y una arruga, única y muy profunda, que se levanta perpendicularmente entre las cejas y se pierde casi en el nacimiento de los cabellos. No he sabido nunca de qué color son sus ojos, porque no le he podido nunca contemplar más de un instante; y no sé tampoco de qué color son sus cabellos, porque un gran gorro de seda, que no se quita jamás, los esconde cuidadosamente. Viste decentemente de negro, y sus manos están siempre, invariablemente, enguantadas.

Es un poco difícil que en estos tiempos se decida a venir entre nosotros. Un día me confesaba, con aire de tristeza:

— Ahora los hombres no me interesan realmente. Se compran con poco, pero valen siempre menos. No tienen ni medula, ni alma, ni vida; tal vez carecen de sangre suficientemente roja para escribir el contrato de pragmática.

A pesar de estos pesares, cuando se aburre ciertos días en su reino tan concurrido, viene a visitarnos. Nadie, en verdad, se da cuenta de su presencia, porque los hombres ya no le reconocen, y pasan a su vera, creyéndole un prójimo cualquiera, sonriendo y quitándose el sombrero con un gesto de serenidad y de aplomo que mete miedo. Pero yo siento siempre la huella de su paso, y me apresuro a gozar de su querida compañía. La conversación del Demonio es la más útil y agradable que conozco: es una de esas charlas la suya que hace comprender el mundo — especialmente el que habita en nosotros — mucho mejor que todos esos manualetes que pueden leerse en la biblioteca universitaria de Heidelberg.

No he encontrado nunca ser más indulgente que el Diablo. Conoce tan maravillosamente las iniquidades, las bribonadas, las porquerías y las bestialidades humanas, que nada le maravilla ni le repugna. Es pacífico y sonriente como un filósofo antiguo, y me parece más cristiano que todos los cristianos que hay en el mundo. Ha perdonado hasta a aquel que le condenó y le arrojó de su lado. Cuando habla de él, reconoce, en efecto, que el Omnipotente obró justamente arrojándole del cielo, puesto que un rey no puede permitir que haya en torno a él seres demasiado soberbios e indisciplinados.

— Si hubiera sido yo en su lugar — me confesó una vez, — habría condenado al rebelde a una pena harto más terrible. Le habría obligado a la inacción, a la inmovilidad. Por el contrario, Dios estuvo generosamente misericordioso conmigo y me proporcionó medios para seguir la carrera; me aburro de vez en cuando; no tengo muchas quejas; me hubiera aburrido cien mil veces más en el seno de la beatitud celestial.

Está animado, aun hacia los hombres, de una cierta bondad tenuemente irónica, secundada, digámoslo, de un profundo desprecio que a ratos no sabe disimular. El Demonio es, profesionalmente, el atormentador de los hombres; pero el hábito le ha hecho menos feroz y menos terrible. No es, en la actualidad, el hirsuto y monstruoso demonio de la Edad Media, rabudo y con cuernos, que acariciaba vírgenes en los monasterios y ocasionaba fiebres solitarias a los padres en el desierto.

Se ha convencido ahora que la tentación es perfectamente inútil. Los hombres pecan porque sí, naturalmente y espontáneamente, sin necesidad de excitaciones ni de súplicas. Les deja en paz, y los hombres corren hacia él como el agua se precipita por la pendiente. Por ende, no les considera como enemigos dignos de conquistarse, mas como buenos y fieles súbditos dispuestos a pagar su tributo sin hacerse rogar cosa mayor. Y no de otro modo, no por otra suerte de razonamientos, le ha brotado, en estos últimos tiempos, por nosotros los hombres, una piedad que no apaga el desdén, sino que lo atenúa y lo vela. Me sostiene en este parecer la última entrevista que he celebrado con él, en la cual me

ha revelado algo que no carece de interés para todos los que buscamos el más arriba y el más allá.



II

Lo encontré la última vez en una de esas calzadas solitarias de los alrededores de Florencia, empotradas entre muros grises, de los cuales asoman ramos de olivo. Caminaba leyendo un librito, encuadernado de negro, y reía para sus adentros como él solo sabe reír. Me acerqué a él, y apenas me vió, cerró el libro, me cogió por un brazo y comenzó a decirme:

— Conozco, muchos siglos ha, este libro. Se trata de la Biblia, y yo la releo de vez en cuando, cuando quiero ponerme de buen humor. Este volumen está escrito en inglés... A propósito. El inglés encaja perfectamente en el Antiguo Testamento, mientras el italiano se presta admirablemente para el Nuevo. Estaba leyendo ahora mismo, por milésima vez, los primeros capítulos del Génesis; tú comprenderás seguramente la razón. En ellos tengo yo reservado un papel importante, y me permito el lujo de ser alguna vez, además de soberbio, un poco vanidoso. Me complace, pues, verme bajo las primorosas escamas de la serpiente, arrollado en el árbol como en las viejas estampas, sacudiendo mi cabeza negruzca hacia el dulce cuerpo de la graciosa Eva. Sin embargo, es un verdadero pecado que la historia de la tentación haya sido alterada por los historiadores, siervos de Dios. Un día u otro, si me sobra tiempo, haré seguramente una edición corregida de la Biblia, pero no solamente corregida, sino aumentada, porque los santos y piadosos Padres han tenido a menos escribir con la debida frecuencia mi nombre y han dejado en la obscuridad algunas de mis empresas más insignes.

» Volviendo a lo de la tentación, repito, mi querido amigo, que la narración bíblica es descaradamente falsa. Jamás he hablado así a ningún hombre, pero creo que eres tú aquel a quien puede decirse lo que ningún hombre podría imaginarse de su cuenta y riesgo. Te confesaré, por ende, que no fuí, en el verdadero sentido de la palabra, un tentador y un engañador. Cuando me dirigí a Eva para obligarla a gustar del fruto prohibido, no tenía ninguna tentación de precipitar los hombres en la desgracia. Era mi único propósito vengarme de Jehová, que, según se me antojaba por entonces, se había portado conmigo indignamente. Quería precisamente crearle enemigos en potencia y no me pasó por las mentes engañar cuando dije a Eva: Comed de esto y seréis semejantes a Dios.

»No decía — créeme — más que la pura y verdadera verdad. En efecto: el árbol prohibido era el de la sabiduría, el árbol de la ciencia, no solamente del bien y del mal, como afirma el Hebreo, sino de lo verdadero y de lo falso, de lo visible y de lo invisible, del cielo y de la tierrra, de los animales y de los espíritus. Y tú sabes, querido amigo, que sabiduría es potencia y que ser Dios significa precisamente ser sabio y poderoso. Yo no quería engañar a los hombres apuntándoles la manera de hacerse semejantes a Jehová. Mi interés estaba en que triunfasen porque contaba con sus ayudas para tornar a conquistar el Cielo.

» Presiento en tu mira que quieres preguntarme algo más y sé lo que quieres preguntarme. ¿Cómo se explica entonces que Adán y Eva, a pesar de haber gustado el fruto prohibido, no fueron dioses, sino que, por el contrario, fueron arrojados por su Dios del paraíso terrenal?

« Te explicaré brevemente, si te agrada, este aparente misterio. Eva, en la confusión del momento, no se dió cuenta de que los frutos del árbol eran muchos y muy diversos entre sí; tan atropellada y confusa estaba, que no oyó lo que yo le gritaba entonces. Porque ya le decía al oído que no era cosa de tocarlos, de comer poco de ellos, sino que era absolutamente preciso despojar enteramente el árbol, o, lo que es igual, conquistar toda la sabiduría. Por el contrario, apenas hubo probado parcamente del fruto prohibido, le faltó la presencia de espíritu suficiente para coger y comer rápidamente todos los demás frutos. Y así acaeció que Jehová pudo darse cuenta del peligro y castigarlos con el destierro eterno. Si Adán y Eva hubieran comido todos los frutos del árbol maravilloso, el Gran Viejo no hubiera podido, seguramente, arrojarlos del Paraíso. Hubiéranse convertido en dioses contra Dios, y ningún ángel armado de espadas flamígeras hubiera podido obligarles a la vergonzosa fuga. Dios pudo castigarlos porque no habían pecado absolutamente. El pecado original fué castigado porque no fué suficientemente grande. Así pasa siempre en la tierra, y no quiero recordarte una vez más la fábula de Alejandro y del pirata, para demostrarte que se castiga un delito cuando es pequeño, y se ensalza y premia cuando es grande.

» El hombre, en aquel día lejano, perdió, pues, una de las probabilidades de convertirse en Dios, y yo una de las ocasiones más felices para volver al Cielo. Pero yo creo, excelente amigo mío, y así te lo digo, aunque los hombres no concedáis demasiado crédito a los consejos del Demonio, yo creo que estáis aún en sazón de acabar con los frutos del árbol; que aun es tiempo de que lleguéis a ser dioses. No recordáis, ciertamente, el camino del Paraíso terrenal; pero yo sé que la semilla del árbol se ha diseminado en los alrededores del Paraíso y que ya ha adquirido vigor y lozanía. Se trata de buscarlo en vuestros bosques y de cultivarlo con amor hasta que vuelva una vez más a mostrar sus frutos. Y entonces — creed en vuestro viejo amigo el Demonio, que lacayos envidiosos quieren presentarme como vuestro mortal enemigo, — entonces podréis comer a vuestro antojo, hasta saciaros, y mi promesa se cumplirá.

» ¿Quieres preguntarme alguna particularidad, algún signo de reconocimiento fácil para dar con el árbol y sus frutos? No puedo decirte nada; de veras. Ordenes superiores me lo prohiben. Es preciso que lo encuentres por ti mismo, pacientemente, constantemente. Y avísame así que lo encuentres, porque tal vez mi misión concluya y el buen Dios me llamará a su lado.»

La voz del Demonio, al llegar aquí, se hizo un poco más melancólica que de ordinario. La arruga recta y profunda que se insinúa en mitad de su frente, se me antojó más honda. Y después de haberse detenido algún minuto, como preocupado por alguna cavilación nueva, continuó su camino en silencio, mirando las estrellas que comenzaban a temblar en el lánguido cielo del crepúsculo.

JUAN PAPINI

DIBUJO DE MACAYA

Página Infantil

Luis Alberto Horacio Carreras



Ricardito Izquierdo



Ricardo Pinero Ramirez



ARTE ARGENTINO

BAJO LA HIGUERA

ÓLEO DE FERNANDO FADER



CARAS y CARETAS en los MINISTERIOS

CON el MINISTRO de HACIENDA

Dr. Rafael Herrera Vegas

He sorprendido al doctor Herrera Vegas en plena tortura: mientras la Cámara, con lentitud digna de un senado de longevos, prolongaba la discusión del presupuesto.

Como tratábase en ese instante de leyes impositivas que administran los recursos de la nación, quise conocer de nuestro arconte los proyectos que patrocinaba, y el doctor Herrera Vegas me dijo con desenvoltura que confirmará el autógrafo que publicamos:



Ministro de Hacienda de la Nación

La protección razonable a nuestras industrias, verdaderamente nacionales, es uno de los problemas de más urgente solución en estos momentos.

Hasta ahora hemos sido ampliamente liberales en materia aduanera, no sólo por ser un país casi exclusivamente agrícola-ganadero, sino también porque las otras naciones, en general, seguían esas mismas corrientes económicas.

Hoy ha variado la situación, necesitamos bastarnos, en lo posible, con nuestra propia producción y defendernos del egoísmo económico que impera en el mundo.

La tarifa de avalúos modificada con ese criterio será la salvación de nuestra industria que hoy languidece y que mañana puede morir si no se le presta el justo apoyo que merece.

Junio 4/23.

R. Herrera Vegas

— Yo soy proteccionista. Es la actitud que me he impuesto frente a la corriente de egoísmo universal. Debemos defendernos, favoreciendo los brazos industriales de la nación, ya que cinco años de guerra nos han enseñado a vivir de lo poco que teníamos. Hoy, aún esa reconcentración en sí mismo de todos los países subsiste, aunque nosotros, como productores de materia prima, seamos los menos susceptibles de sentirlo.

— ¿Acaso estamos frente a una nueva tarifa de avalúos?

— Efectivamente — me dice el doctor Herrera Vegas. — Hay que modificar la actual, pensando en salvar nuestra industria que hoy languidece y que puede morir si no se le presta el justo apoyo que se merece.

— ¿No ha terminado el señor ministro su proyecto de impuesto a la renta?

— He prometido tenerlo muy en cuenta y presentar en el curso de este año un estudio a la Cámara.

— ¿No cree el señor ministro que en nuestro país exageramos al querer imponer la renta?

— ¿A causa?

— De que es una ficción en un noventa por ciento. Todos nuestros capitales sufren servidumbres, hipotecas. No son rentas, son restos dejados al pie de operaciones múltiples y complicadas. Y esa cifra obtenida carece de seguridad para el período siguiente.

— No deja usted de tener razón, pero hay ideas que están en el ambiente y un ministro de hacienda se ve obligado a darles la consideración respetuosa que los economistas les dan aunque no crea mucho en ellas. Impuesto a la renta, o a los beneficios — llámesele como quiera — lo cierto es que habrá que extremarse su discusión.

— ¿No ha cavilado el señor ministro en un impuesto que se concilie más con nuestra psicología y el carácter de especulación que ha dado un sello característico a estos últimos veinte años? Me refiero a un «impuesto al mayor valor».

— Sí. Pero no es de mi devoción.

El doctor Herrera Vegas se expresa en un estilo seco y nervioso. Sus respuestas son breves y precisas. Una cosa le agrada o no. No hay términos medios, con la salvedad en las maneras que le imprime su natural excesivamente cortés y caballeresco.

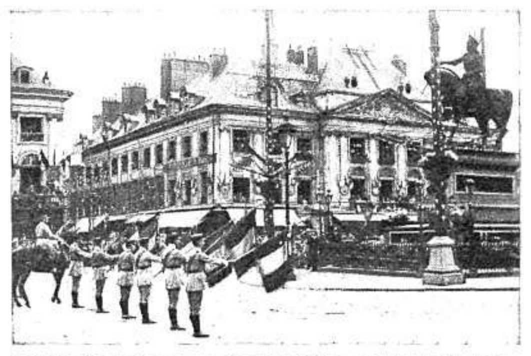
ARGUS



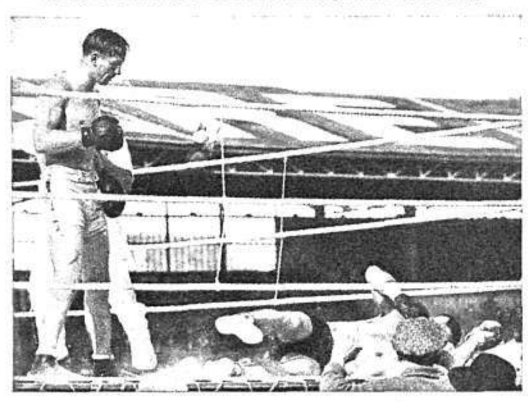
El cardenal Touchet, monseñor Baudrillard, el general Gouraud y otros personajes que asistieron al festival religioso celebrado en honor de Juana de Arco en la municipalidad de Orleans.



M. Laville, alcalde de Orleans, y altas autoridades saliendo de la catedral después de la ceremonia.



Abanderados de los cuerpos de guarnición presentando las gloriosas insignias ante la estatua de Juana de Arco levantada en la plaza de Martrois.



Interesante instantánea en que aparece "knocked-out" el pugilista Nilles por su contrincante Carpentier en el velódromo "Búffalo".



El campeón norteamericano Paddock en los instantes de ganar el record mundial de sesenta metros en el mitin Internacional Universitario verificado en el estadio de la Porte Doria.

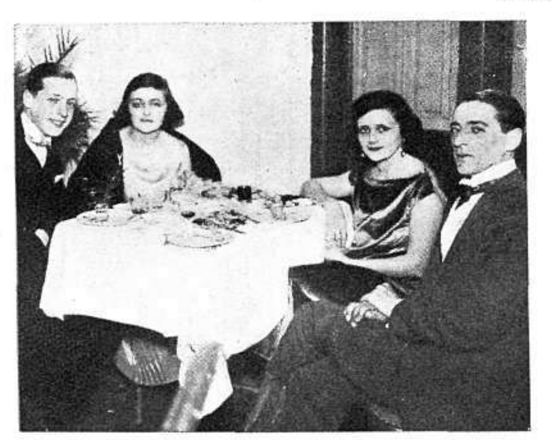


Uno de los momentos del match Carpentier-Nilles en el que se advierte a éste último seriamente comprometido ante los bruscos y rápidos ataques de su rival.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL.



Conocidas familias de esta sociedad que dieron realce al te celebrado por el prestigioso Club del Orden para conmemorar el patrio aniversario.



Señoritas y caballeros ocupando una de las mesas durante el lunch con que se obsequió a la concurrencia.



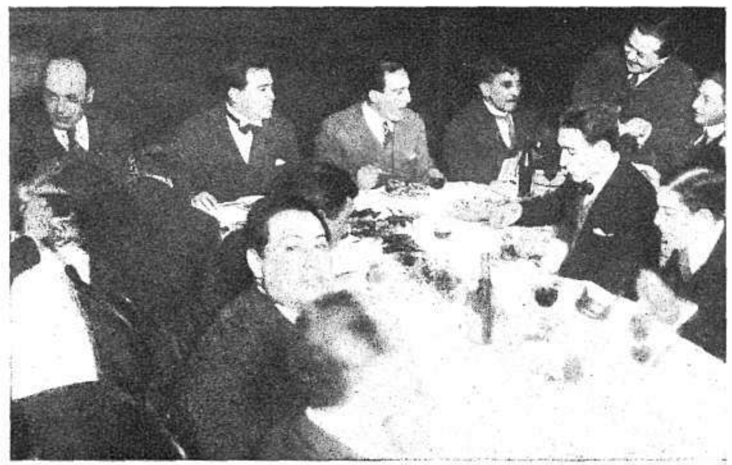
Descansando en un intermedio del baile que cerró brillantemente la interesante fiesta.



Núcleo de amigas de la señorita María Ofelia Puig reunidas en el Salón Blanco del Hotel España, donde le ofrecieron una amable demostración de simpatía con motivo de su próximo enlace.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL.

DEMOSTRACION EN HONOR DEL VIZCONDE DE LASCANO TEGUI



Cabecera del banquete ocupada por el obsequiado y por los doctores Viñas, Podestá Costa y de Miero y los señores Fernández Moreno, Rogelio Irurtia, C. Muzzio Sáenz Peña, Enrique Méndez Calzada, Nicolás Coronado y Alberto Blancas, los cuales, con un numeroso grupo de amigos y admiradores, demostraron su simpatía y compañerismo al inteligente y activo periodista y literato con motivo de su partida para Francia.



El vizconde de Lascano Tegui, nuestro asiduo y estimado colaborador, que representará a "Caras y Caretas" en Francia, enviando desde París artículos gráficos que, a no dudarlo, alcanzarán el mismo éxito que sus ingeniosas crónicas porteñas.

FESTIVAL DEL CIRCULO DE LA PRENSA

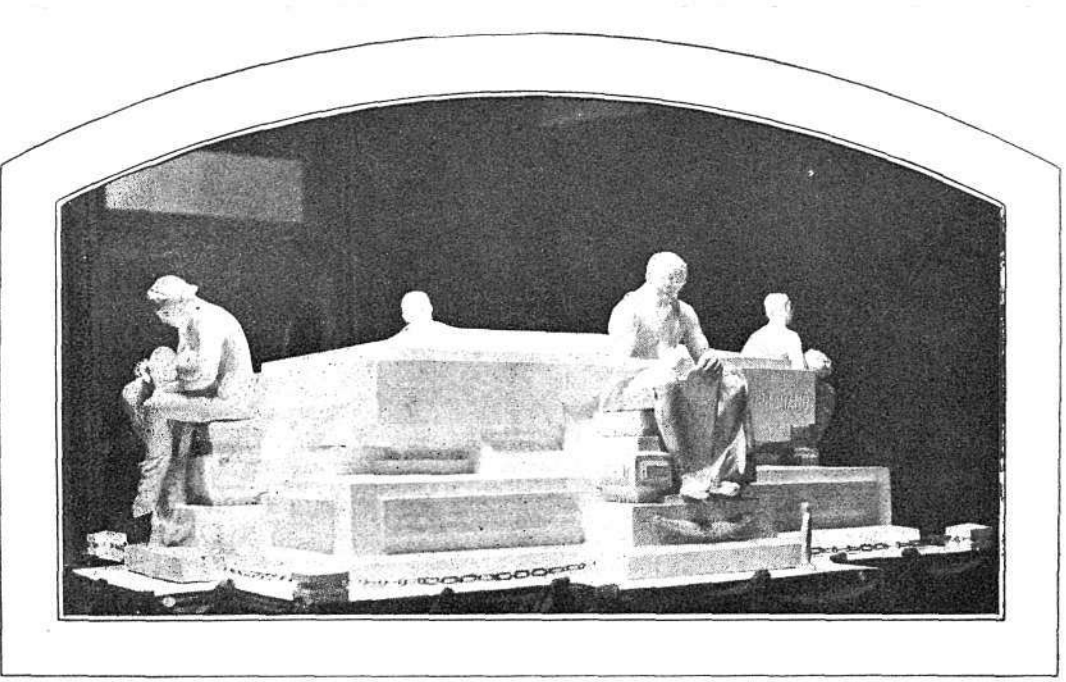


El Presidente de la República y su señora doña Regina Pacini de Alvear llegando al vestíbulo del teatro Coliseo acompañados de la comisión directiva de la institución para asistir a la velada artística extraordinaria, que resultó lucidísima por su programa escénico, por los elementos que lo desempeñaron y por la brillante concurrencia que llenaba el recinto.

CACERIA DEL ZORRO



El general Carlos J. Martínez, presidente del Club Hípico Argentino, y las distinguidas amazonas y jinetes que tomaron parte en la animada cacería por él dirigida, a la que asistió el presidente del Club Alemán de Equitación, señor Alfredo Pass, actuando de "zorro" el subteniente San Marco, quien fué cazado por el señor Víctor Fernández Bazán.



EL "RIVADAVIA" DE ROGELIO IRURTIA

RESULTA por sabido casi un lugar común el afirmar una vez más la preminencia de la obra de Irurtia, el gran artista nuestro que salvando fronteras llegó a significar por encima del interés local, un valor propio en el arte contemporáneo. Corresponde en efecto al estatuario argentino, el honor inconmovible de haber cooperado, por la substancia viva de su obra, al renacimiento de la escultura moderna, que el formulismo canoviano y la industrialización creciente mantenían en el desconocimiento de su verdadera *significación humana*.

Como Mennier, Rodin o Mestrovic, sus compañeros en el noble propósito de una jornada, por otra parte individualista, Rogelio Irurtia reanuda lejos del industrialismo provechoso de la hora, la tradición y el ejemplo de aquellos varones insignes del Renacimiento, que atendiendo a la sola preocupación de su arte, llegaron a fijar en su obra más que el espíritu la conciencia trascendente de una época. Así como ellos, ha mantenido Irurtia la plena fuerza de su convicción, ajeno no sólo a las frecuentadas corrientes utilitaristas, sino también a las más apremiantes acechanzas de la vida cotidiana, guardando como tesoro inagotable su profunda fe en la obra, sustentada con el más puro y consecuente idealismo.

Tres son los monumentos que concretan en forma definitiva el mensaje espiritualista que Irurtia deseaba comunicar al arte de su patria: el de «El Canto al trabajo», el del «Coronel Dorrego» y el de «Bernardino Rivadavia». El Amor y la Fe; el Heroísmo y la Victoria; el Pensamiento y la Serenidad.

Tal la grandeza de los símbolos que encarnan respectivamente las tres creaciones épicas de Irurtia, creaciones épicas diremos, porque han de transmitir con elocuencia no superada de himno, un verbo de amor y de esperanza, cuyo sacudimiento nobilísimo está llamado a despertar fuerzas latentes en el futuro glorioso de la raza. De estas tres obras, las dos primeras llenarán bien pronto su *misión de cultura en el seno* del pueblo, a las que fueron destinadas, no así la tercera, el monumento a Bernardino Rivadavia, cuya «maquette» se halla *expuesta en la galería* Chandler.

Conocida es la incidencia que priva al país de una obra, que aparte de su valor artístico insubstituible, hubiera representado una idea patriótica que sólo un hombre de las condiciones de Irurtia — éticas y estéticas — podía desarrollar. No es del caso repetir aquí el comento público al respecto, máxime cuando la sanción definitiva corre las calles, estableciendo para quien corresponde, una responsabilidad histórica no por cierto muy llevadera.

Hemos dicho que este monumento de Irurtia entrañaba una expresión trascendente del Pensamiento y la Serenidad. No creemos en efecto que se halle dentro de la estatuaria moderna algo tan básico para decir aquel supremo verbo de la dignidad humana. Aparécesenos esta *obra maestra*, donde la solemnidad de la línea acompaña con grave recogimiento la excelsitud de los conceptos internos que iluminan el sueño del Moisés — conductor de pueblos — como una catedral solitaria que se agiganta. En ella cobra conciencia de sí misma, el alma fervorosa de la patria.

SOBERBIO BUSTO DE MOISÉS, UNO DE LOS NOTABLES DETALLES DEL MONUMENTO.

FERNÁN FÉLIX DE AMADOR

LOS MONARCAS DE ESPAÑA Y DE BÉLGICA SALUDANDO AL PUEBLO DE BRUSELAS DESDE EL BALCÓN PRINCIPAL DEL AYUNTAMIENTO.

CARAS Y CARETAS EN BELGICA

La visita de los reyes de España

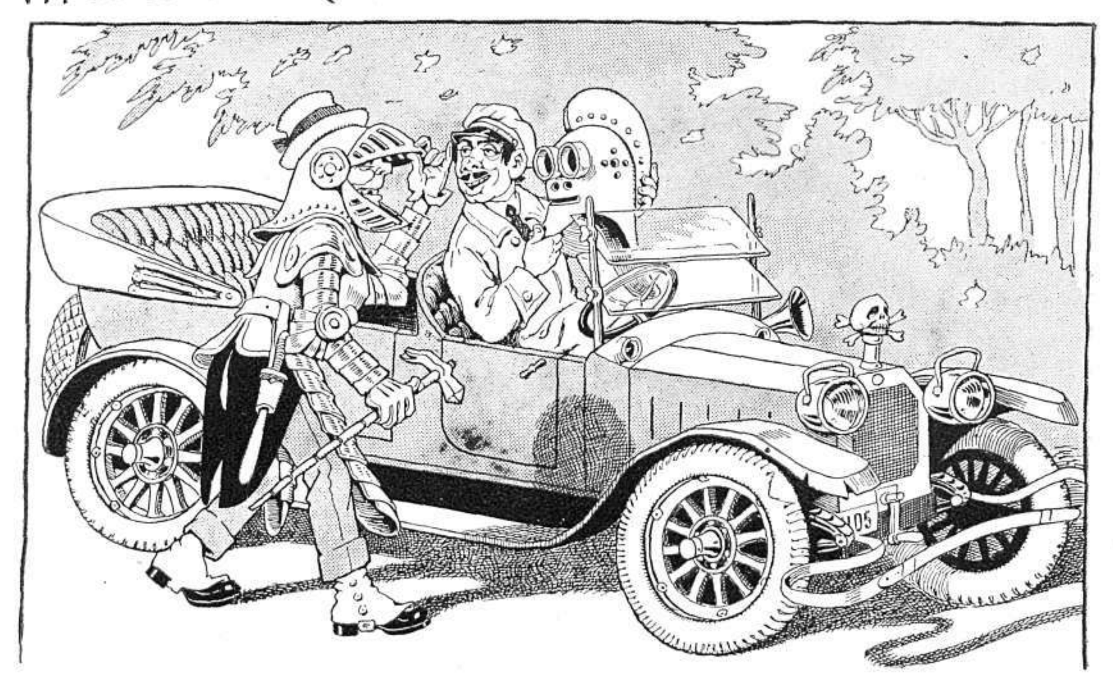
ALFONSO XIII Y ALBERTO I DIRIGIÉNDOSE AL PALACIO REAL POCOS MOMENTOS DESPUÉS DE LA LLEGADA DE LOS SOBERANOS PENINSULARES A LA ESTACIÓN.



FOTOGRAFÍA OBTENIDA DURANTE LA VISITA DE LOS REYES AL AYUNTAMIENTO, EN UNO DE CUYOS SALONES RECIBIERON DON ALFONSO Y DOÑA VICTORIA LA BIENVENIDA DEL BURGOMAESTRE.

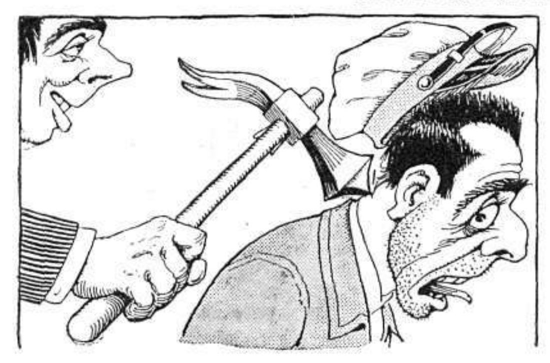
EL MONARCA ESPAÑOL EN SEGUIDA DE HABER DEPOSITADO UNA CORONA DE FLORES EN EL MONUMENTO AL HEROICO SOLDADO BELGA DESCONOCIDO, RINDIÉNDOLE UN PATRIÓTICO HOMENAJE.

¡¡¡HAY QUE PRECAVERSE!!!

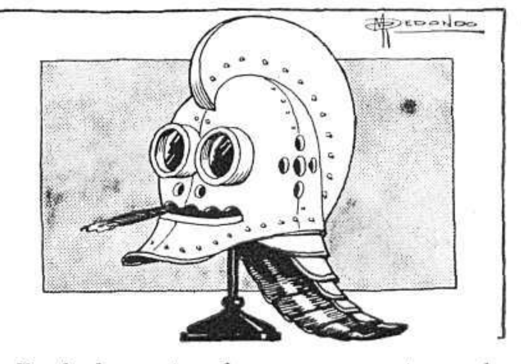


Sarrasqueta. — ¡Rápido; lléveme a los nuevos mataderos!
Chauffeur.—¡Espere que me coloque la cogotera!

NUEVOS INVENTOS AUTOMOVILISTAS



Martillo para acogotar «chauffeurs», garantizada su eficacia con los buenos resultados que ha dado en la práctica.



Escafandra-cogotera de acero para proteger a los «chauffeurs» de los ataques con el anterior martillo. Invulnerabilidad completa.



EXAMEN MUTUO DE CARNETS

Pasajero. — Mi ascendencia es muy noble e ilustre. Desciendo en línea recta de Moisés.

Chauffeur. — Pues yo vengo de mucho más atrás. Mi abuelo fué Adán.



Sarrasqueta aconseja, como medida previsora, se aseguren la vida en esta compañía que ha fundado y que ya amenaza batir el record de los éxitos comerciales.

DIBUJOS DE REDONDO.

Discúlpeme — yo se lo que quiero y yo quiero lo que yo pido. — ACEITE BAU, — mándeme 6 latas.





Un pintor argentino en Madrid

POR

JOSE MARIA SALAVERRIA

En el espacio de pocos días he tenido la buena fortuna de saludar a dos pintores argentinos: Soto Acebal y Quinquela Martín. El primero me trae una interesante noticia. —Tal vez— me dice —de aquí a unos meses podremos organizar en Madrid una exposición en la que figuren los principales artistas argentinos. Y agrega el simpático y consumado pintor:

—¿No es verdad que esa exposición será necesaria, justa y de favorable éxito?

—El éxito —insisto yo— será completo, porque la Argentina puede enviar a Madrid unas cuantas docenas de obras que produzcan sensación por los asuntos y por la maestría de la factura. En España se ignora bastante a los pueblos americanos; pero sobre todo los españoles no han tenido ocasión de comprender hasta qué punto la pintura argentina ha dado en los últimos años verdaderos saltos excepcionales...



La infanta doña Isabel visitando la interesante exposición del notable artista argentino señor Quinquela Martín.

En cuanto a Quinquela Martín, la otra tarde se me presentó en casa con una presentación de Alonso, y prontamente me dijo:

—He llegado recién de Buenos Aires. Tengo un puesto en Madrid de vicecónsul. Pero, claro está, yo soy antes que nada pintor; le invito desde ahora a la próxima exhibición de mis cuadros.

—¿Pero así, en seguida?...

—Dentro de dos semanas...

Y el bizarro pintor de la Boca, el poeta colorista y emocional del Riachuelo, el cantor de los diques y de los muelles, ayer mismo, en efecto, abrió al público su exposición en los salones del Círculo de Bellas Artes.

Ha sido como un gran soplo del estuario platense que viniera a mostrarse en la atmósfera mediterránea de esta Castilla central. Madrid se encuentra muy lejos del mar. Por lo mismo, los cuadros de Quinquela Martín han producido doble impresión. Era una embriaguez de luces marineras, de efectos de dársena, de amontonamiento de buques panzudos que vierten su carga sobre los malecones. El público miraba con atención. Le preocupaba la pintura por la energía entre ruda y emocionada con que está hecha, y luego le atraía ese vigoroso y a la vez nostálgico «leit motiv» de los barcos y de las dársenas que dan, mucho mejor que veinte concienzudas disertaciones estadísticas, una idea veraz de la grandeza económica del país.

Yo no necesito descubrir a Quinquela Martín; el público de Buenos Aires le conoce ya en todas sus manifestaciones. Lo que no debo ocultar es la impresión que sus lienzos han despertado en mi espíritu.

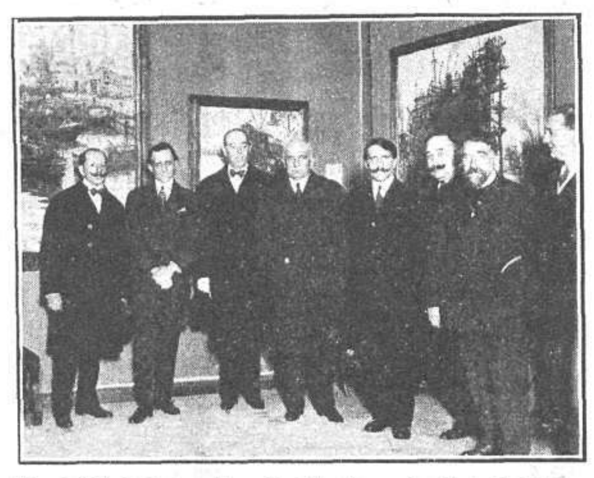
Visitador incansable del puerto cuando mi destino me hacía vivir en Buenos Aires, esos lienzos han renovado en mí las memorias queridas de unos años un poco remotos, pero siempre palpitantes. Los asuntos de Quinquela Martín me han retraído a los tiempos en que me gustaba tanto vagar a la ventura por la orilla de las dársenas, buscando esas notas de color y esas escenas humanas que sólo se descubren en la proximidad de los trasatlánticos, las hermosas fragatas veleras y los hirsutos patachos de cabotaje.

Los grandes puertos son sugestivos y dramáticos como una novela. (¿Cuándo, amigo Manuel Gálvez, se decidirá usted a escribir la novela del puerto de Buenos Aires?). En un barco anclado hay siempre un mundo de sugericiones, de posibilidades y de heroicas inminencias. Pero el puerto de Buenos Aires es una novela mucho más complicada y entretenida que las otras. Le otorgan interés dramático y pintoresco no sólo los barcos y las mercaderías exóticas sino además sus muchedumbres inmigrantes; todas las quimeras, todas las ambiciones, todas las vidas rotas que bullen en esas multitudes renovadas. Todo tiene allí una fuerza excepcional. Las cosas son enormes, poderosas y como fatales. Lobos de mar, gavieros greñudos, pilotos de andar zambo y ojos grises, encalmados como un mediodía oceánico, pero que al mandar la maniobra se enardecen, chispean con acentos metálicos. Y la diversidad de lenguas, la multiplicación de los tipos y las razas. Todos confundidos en el puerto como en una resurrección del mito de Babel.

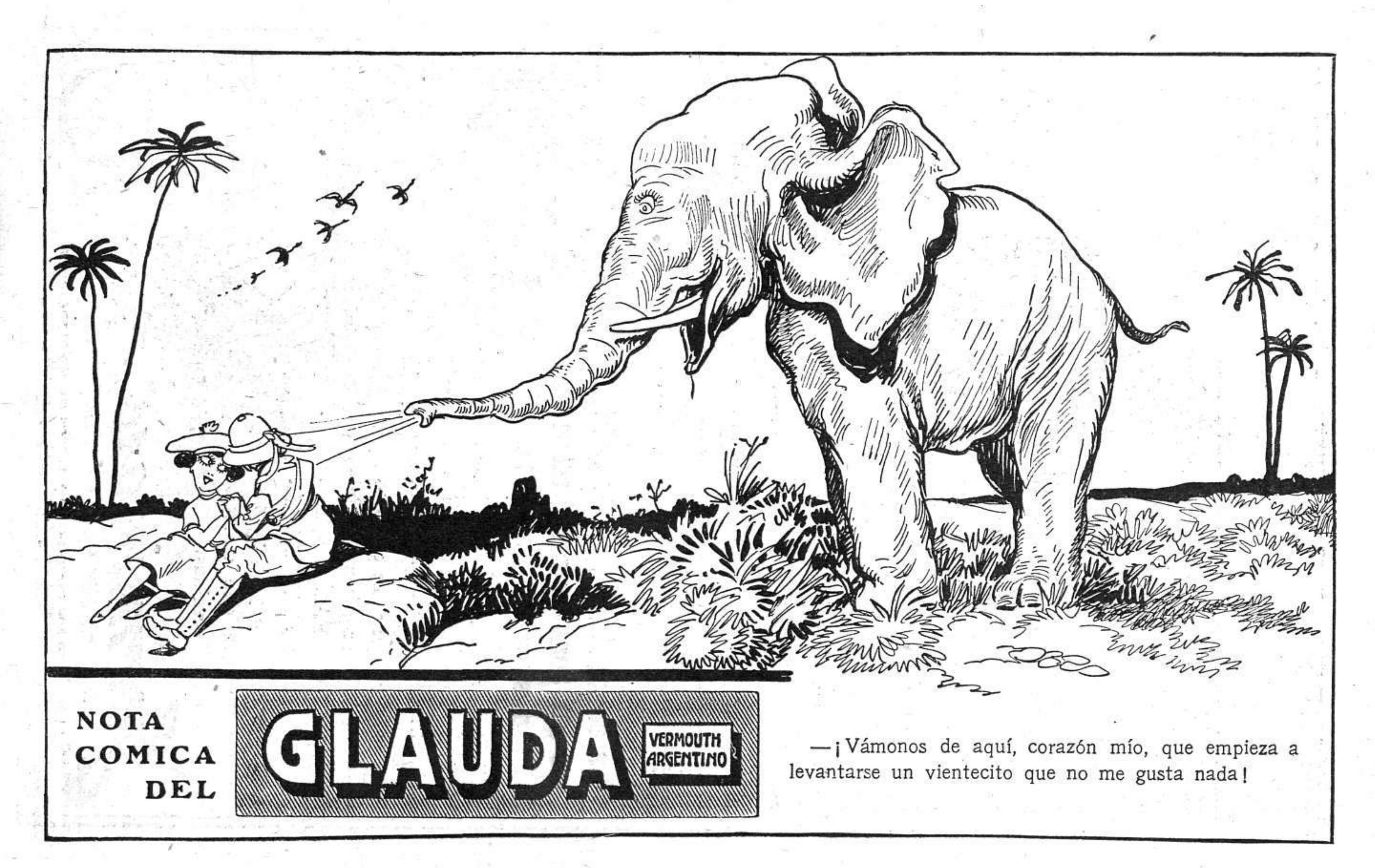
La ventruda nave se mueve torpemente dentro de las dársenas, conducida por los rechonchos remolcadores. La menor negligencia puede hacerla chocar contra los malecones y que se abra en dos pedazos. Por eso el capitán grita con gritos de ira y alarma. Los marineros, injuriados por la voz del capitán, corren sobre cubierta, escalan veloces los mástiles, hacen vibrar las maquinillas auxiliares. Y el buque va lentamente salvando los obstáculos, pasa de una dársena a otra, gana por fin la boca del puerto, se lanza a prisa en busca de la alta mar. Entonces la sirena vomita un alarido de triunfo, de libertad.

Sin embargo, a mí me gustaba alejarme de las grandes dársenas y perderme en los recodos pintorescos del Riachuelo, donde yacían las esbeltas corbetas, las lindas y graciosas goletas de aire femenino. Y ver a los cargadores en su vaivén continuo, con el cuerpo inclinado bajo la carga. Y sentir la trepidación de las grúas en los muelles. O asistir al sueño de los viejos barcos desfondados, en un rincón fangoso y desierto...

Tales son los motivos de los cuadros de Quinquela Martín. Al contemplarlos, las escenas y emociones de mis correrías portuarias, y sobre todo un pedazo inolvidable de mi vida, ha llenado mi mente durante una hora. Y le he agradecido al pintor el rico regalo de recuerdo que con su arte evocador me ha brindado.



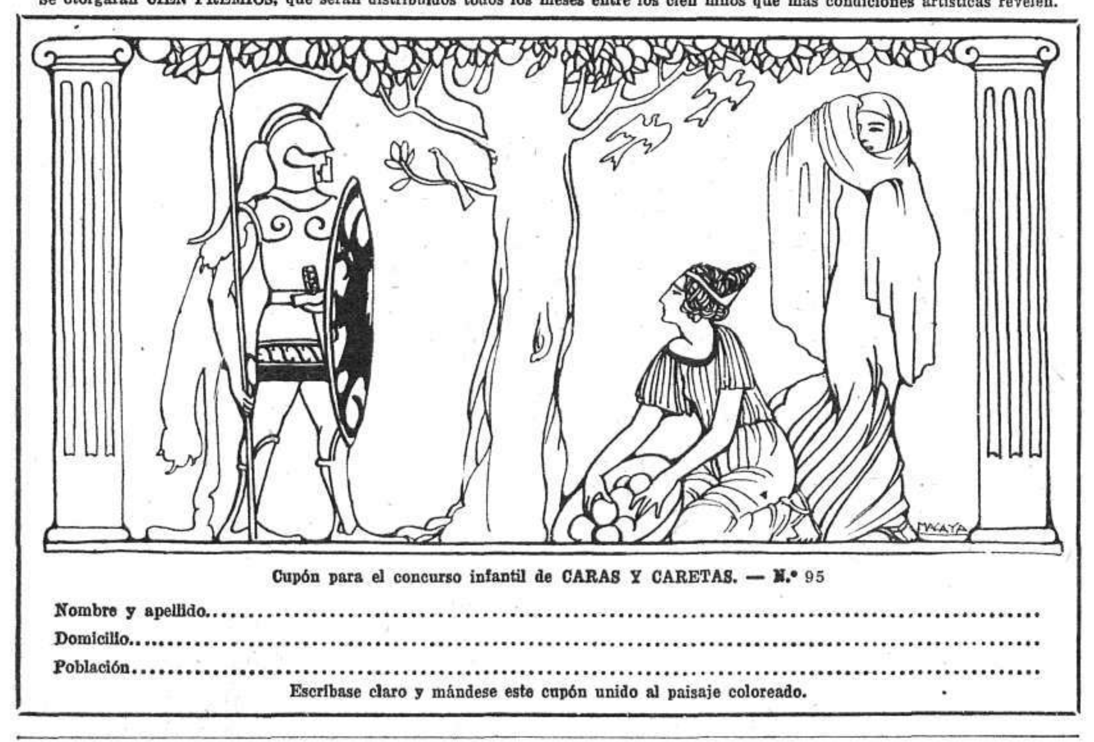
El embajador de la Argentina, señor Estrada, con el ministro de Instrucción Pública, señor Salvatella, otras personalidades y el celebrado pintor señor Quinquela, en el acto inaugural de la exposición.


NOTA
COMICA
DEL
GLAUDA
VERMOUTH
ARGENTINO
—¡Vámonos de aquí, corazón mío, que empieza a levantarse un vientecito que no me gusta nada!

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 95

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



HECHOS COMPROBADOS

en la práctica diaria demuestran que ningún producto de belleza facial femenina supera al **POLVO GRASEOSO**

LEICHNER

en propiedades para suavizar y aclarar el cutis, mantenerlo siempre fresco, delicado y transparente y protegerlo contra la acción nociva del sol y del aire.

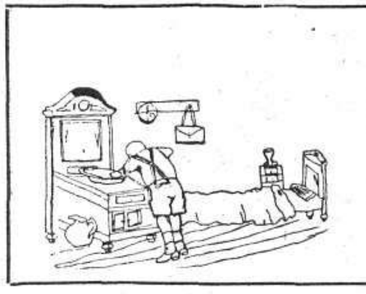
Usar a diario este exquisito producto de tocador significa, pues, para las señoras, asegurar en su rostro una permanente expresión de juventud y belleza.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1430 — David lavándose para ir al colegio.
AGUSTÍN H. PERRONE.

1431. — Juanita tomando el te.
CLELIA R. JACOBAZZI.



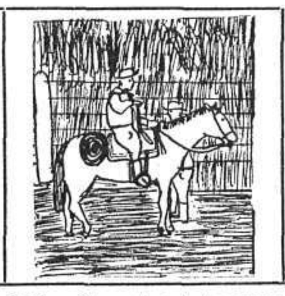
1432 — Leyendo un premio de CARAS Y CARETAS.
AGUSTINA BENAVÍDEZ TAMARIT.



1433 — Un buen «shot» al goal.
ISAAC J. PERCIRO.

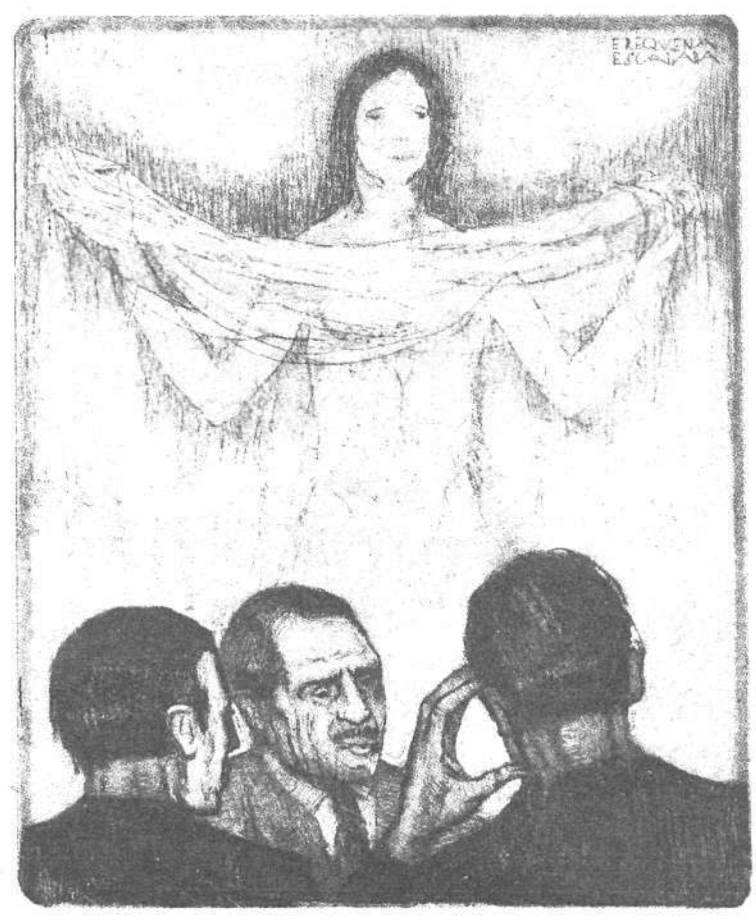


1434 — María al despedirse de su novio.
ANGELITA O. BEVILACQUA.



1435 — Llegando a la tranquera.
HORACIO E. MOUCHARD.


THE DECCA
EL MEJOR GRAMOFONO PORTATIL
Para Viajes, Picnics, Yachting, Excursiones, Baile, Salón.
$120.
CERRADO
ABIERTO
ES EL GRAMOFONO IDEAL
Toca cualquier disco.
desde $5
$35
Guitarra
Visite nuestra casa o solicite el envío de nuestro catálogo, y con ello conseguirá comprar usted el mejor instrumento al precio más económico.
Violin
Modelo "Conservatorio" completo, con estuche, arco y pez. Afinación y sonoridad garantida.
Las mejores clases de cuerdas.
Pianos desde $850
Autopianos desde $2200
Acordeón
Modelo Fino, 8 Bajos, 19 Voces, Afinación Exacta. Acabado Perfecto. Otros modelos Gran Variedad.
$19
NADIE DEBE OLVIDAR QUE NUESTROS PIANOS Y AUTOPIANOS NO FALLAN NUNCA.
Vengan a verlos y apreciarán sus voces, elegancia y la conveniencia de sus precios. Soliciten catálogos.
VENTAS POR MENSUALIDADES
BREYER
FLORIDA 414 - Bs. AIRES





ESPECIAL PARA CARAS Y CARETAS

Del cielo de cobalto una lluvia de luz. En el verde de los árboles, que movíanse al leve soplo del alegre cefirillo matinal, un muelle y brillante fluctuar de arabescos improvisados por el sol. En el fondo, hacia el otro lado de los caminos, el mar palpitando alegremente. En torno a la alfombra de tréboles bordada de flores un juguetón enjambre de gárrulos niños y niñeras iba y venía. Ante el *chalet* del vendedor de bebidas, Lorenzo Goretti y Guido Vanni, sentados en sillas de mimbre, después de haber tomado a sorbos un rico refresco y haber conversado mucho — ¿de qué?... — de todo lo concerniente a sus fatigas y sus distracciones, a sus proyectos y también sobre una que otra episódica empresa de faldas — callaban, pensando o sin pensar, pero tranquilos, con miradas que — a través de los jeroglíficos de humo de un buen cigarrillo Macedonia — deleitábanse ante el espectáculo de la primavera.

Aunque muy fieles amigos desde la adolescencia, Lorenzo Goretti, que habíase dedicado a la ingeniería, y Guido Vanni, a la abogacía; el uno ensimismado, silencioso y propenso, aunque apaciblemente, a ser insociable; el otro, sociable, vivaz, expansivo y excitable, habían divergido, siguiendo cada cual el camino que les imponía su índole y su deber, por cuyo motivo ahora veíanse raramente. Mas cuando se encontraban era un acontecimiento para ambos, y demostrábanse el más completo y recíproco afecto, y el antiguo deseo de hallarse juntos y de bromear y bromear, o de callar y callar, unidos, cordialmente. Aquel día, el alegre y pintoresco buen tiempo de un domingo del mes de mayo había alegrado más aún la alegría del encuentro. ¡Qué gentil y florido trozo de vida era para Guido y Lorenzo aquel paréntesis cerrado por el retorno de la buena y habitual amistad de ambos, entre las brisas del viejo mar y los efluvios primaverales del viejo jardín público, que habían conocido los silencios y las bromas de sus paseos a los quince años!... ¡Nada extraordinario!... ¡Nada que llamase la atención! Y sin embargo, si los dos amigos sentados ante el *chalet* del vendedor de bebidas tuvieran que definir en un libro de memorias la hora que vivían, ambos la hubiesen denominado: una hora de beatitud.

Pero una hora de beatitud es una espesa cortina tras de la cual pueden ocultarse cosas tan raras que ni sospecharlas puede la imaginación de más poder intuitivo.

Pasaba, lentamente, con cierta pereza motivada por la dulzura del ambiente, un muchachito que vendía diarios. Diríase que iba de paseo más que ocupándose en pregonar su mercadería.

—¡He, muchacho! Dame un diario — le dijo Lorenzo Goretti con cierta despreocupación.

Y compró un diario cualquiera.

— ¡Ah, muy bien! A pesar de tu huraña hosquedad progresiva, aun eres un lector de diarios.

— Hojeo uno que otro — explicó el momentáneamente alegre ingeniero insociable — para enterarme ligeramente de lo que hace el muy respetable consorcio humano, precisamente porque yo vivo cada vez más alejado de él.

Después de leer durante cuatro o cinco minutos, aquí y allá, las páginas menos frívolas, los ojos de él se abrieron de par en par expresando horrorosa sorpresa.

— ¿Qué noticias hay? — preguntó el otro, inquieto ante aquella turbación.

Y él, con voz ahogada y temblando de escalofrío:

— He leído una horrible noticia en los avisos fúnebres. Ayer murió una señora conocida. Y tú también la conoces. Recuerdo que una vez te encontré en casa de ella.

Guido Vanni le arrancó el diario y leyó, balbu-

ceando: «Confortada por los auxilios de la santa religión y rodeada cariñosamente por su esposo Ludovico, falleció ayer la señora Isabel Galvanesi...» Y temblaba, palidecía, y su frase balbuciente fué cortada por su agitación creciente. Las palabras que completaban la noticia perdiéronse en su afónica agitación.

Lorenzo Goretti se sobresaltó y lo hizo sobresaltar, llamándole:

—¡Guido!... ¡Guido!

—¿Qué sucede?

—¡Eres presa de una conmoción extraordinaria!

—¿Te asombras?

—¡Sí, ya lo creo!

—Lo mismo te pasa a tí.

—Mi caso es diferente.

—¿Por qué?

—A esa mujer yo la conocía más que tú.

—No me parece.

—Con seguridad que la conocía más que tú — insistió el otro. — Te aseguro que...

Interrumpióse. Y se apresuró a rectificar y aclarar:

—Cuando yo era menos huraño, menos solitario, frecuentaba su casa. Iba a ella muy a menudo. Tú, en cambio, no la has visitado asiduamente, que yo sepa.

—Así es, así es — confirmó Guido Vanni, apresurándose, a su vez, a aclarar y rectificar. — Yo no era un visitante asiduo. Y por lo tanto, tienes toda la razón del mundo. Tú conocías más que yo a la señora Galvanesi. Te he contrariado... por pura distracción.

Sin embargo, ninguno de los dos consiguió rehuir la angustia que los atormentaba. Enmudecieron, observándose mutuamente.

Y Lorenzo Goretti observaba la angustia de Guido Vanni con más atención que éste la de él, la cual, motivando su propia conmoción con el recuerdo de sus frecuentes visitas a la extinta, ya había, en cierto modo, evitado que se aguzara la atención de su amigo. Y fué Lorenzo Goretti el que, observando con más atención y cada vez más asombrado, salió de su perplejidad y mutismo:

—¡Tú no consigues dominarte, mi estimado Guido! ¡Y al contrario!... Se ve que cuanto más piensas en la triste noticia que hemos leído más te domina la angustia. Yo comprendo que cualquiera que haya tenido ocasión de acercarse a una hermosa y gentil mujer como la señora Galvanesi no puede permanecer indiferente al saber la noticia de su muerte. Pero el no quedar indiferente es muy distinto del estado lastimoso en que se halla tu ánimo.

Guido Vanni escuchó retorciendo entre sus dedos un cigarrillo apagado, y su finonomía transparentó un tímido asentimiento. Luego, animado y resuelto, con austero valor, dijo:

—Aquí hay demasiada gente, hay demasiado bullicio. No podría hablarte aquí tan leal e íntimamente como obliga nuestra amistad, a la cual tus palabras me han hecho un llamado. Busquemos una callejuela tranquila.

Y, sin mirar más a Lorenzo Goretti, que, en cambio, continuaba mirándole atónito y hasta torvo, pagó solícitamente lo bebido al mozo y murmuró, casi con cautela:

—¡Vamos! ¡Vamos!

Poco después, a la sombra de las jóvenes encinas que flanqueaban una callejuela, sólo preferida por parejas de enamorados idilícos y melancólicos paseantes, los dos amigos caminaban lentamente, las espaldas inclinadas y gachas las cabezas, callando de nuevo. De repente, Lorenzo Goretti interrogó agudamente:

—¿No quieres decirme nada más?

Guido Vanni sobresaltóse cual si hubiera olvidado su propósito que acababa de manifestar. Mas en seguida se dió cuenta de que había tenido dicho propósito, y empezó rápidamente:

—¡Deseo decírtelo todo! Violaré un juramento. Pero lo justifica — después de todo — la convicción que tú aproximadamente, por intuición, tienes de lo que voy a revelarte. Y al hablarte, imponiéndome la tortura de que salga de mis labios el secreto, de sacarlo del recóndito lugar en que lo ocultaba para siempre, yo cedo a una necesidad cuya causa no discierno, que no discierno qué la origina, una necesidad que me apremia tiránicamente desde que tú has exacerbado con tu asombro el dolor y el terror que me dominaban. Sí, cedo a esa necesidad, y si violo el juramento pretendido por ella, para estar segura de que a cualquier costo y ante cualquier eventualidad yo hubiera callado o negado la verdad, yo, aunque me siento justificado, invoco la indulgencia de ella, la indulgencia que con seguridad tuvo para con todos al dejar el mundo de los vivos. Yo he amado perdidamente a esa mujer, y he sido correspondido con toda el alma. ¡He aquí, he aquí, en mis labios perjuros, en plena luz y en plena profanación, mi secreto!

Y en vista de que Lorenzo Goretti, casi vacilando, cual si bajo sus pies temblara el terreno, apoyaba una mano sobre el hombro de él para sostenerse, lo dominó con sus violentas miradas, e intimóle:

—Ahora eres tú el que debe decirme algo.

—¿Y hay necesidad de que me obligues a que te lo diga?... ¿Qué esperas para entender? ¿Qué esperas para adivinar?

—¿Tú... igual que yo? ¿Igual que yo?

—¡Sí, Guido!

—¿La has amado? ¿La has amado tanto como yo?

—Fué el único amor verdadero de mi vida.

—¡Mas ella no te correspondía! ¡Tengo la plena seguridad de que no te correspondía!

—¡Me correspondía con ansia indomable, con una sumisión de esclava! Y notaba en ella todas las señales que demuestran innegablemente a un amante el no haber substituído a otro, y que jamás lo será tampoco!

—¡Ah, infame comediante!

—¿Comediante conmigo o contigo?

—¡Con los dos! ¡Comediante y mujerzuela!

—¡Mujerzuela! ¡Mujerzuela!

Mas simultáneamente dejaron de insultarla en un instantáneo desborde de vergüenza. Se habían detenido. Quedaron inmóviles cual si, al caer en un espeso zarzal, temiesen los pinchazos al más leve movimiento. Y la vergüenza que los unía no pudo callar.

—¡Hemos insultado un féretro!

—¡Hemos sido abyectos!

Con todo, del fondo de aquellos ánimos desconcertados por la vergüenza y el arrepentimiento, volvió a surgir bien pronto, menos ofensivo para la extinta, pero no por eso menos imperioso, rígido, cortante y acusador, el recuerdo de haber amado tanto a aquella mujer y el haber confiado en ella hasta el punto de no admitir la posibilidad de competidores, al suscitar la adúltera locura. Y, como para establecer la medida de la acusación relativamente a la doble prodigalidad de ella, mediante alternativas preguntas y respuestas trataron de descubrir con precisión la época de los dos adulterios. Y resultó que el primero fué con Lorenzo Goretti, e inmediatamente habíase producido el otro con Guido Vanni. El primer amante no hallaba consuelo al pensar que él había precedido al otro; el segundo no podía consolarse ante la certidumbre de haber poseído a una mujer que había sido estrechada en un precedente nudo de amor. El egoísmo del hombre, en amor, es intransigente en su ambición de predominio, y extiéndese tanto en lo porvenir como en el pasado de aquella a quien se ama. Y, en los dos amantes, la inmediata sucesión de los hechos volvía más sofística y enconada la intransigencia.

— ¡Fué una verdadera traición! — juzgaba Lorenzo Goretti, refiriéndose a la parte que le tocaba. — Una verdadera traición, sí, puesto que me dejó para echarse en tus brazos. Y con seguridad que ya, a su manera, te amaba cuando aun hallábase entre los míos.

— ¿Pero la hallabas cambiada — indagaba severamente Guido Vanni — en las últimas citas? ¿No la encontrabas fría, distraída, cansada y esquiva?

— ¡Al contrario! ¡Me amaba con más devoción que nunca! ¡Nunca fué más expansiva!

— De modo entonces que ella fué culpable sólo hacia mí, para conmigo cuando cedió a mi amor haciéndome creer que lo hacía arrastrada por una gran pasión. Si hasta la noche anterior te había dado pruebas de ardiente devoción, ni siquiera había la menor sinceridad en aquellos residuos de su cuerpo y de su alma que ofrecíame. ¡Me los ofrecía mintiéndome, me los ofrecía engañándome!

Los dos acusadores, emperrados, se hundieron en la instrucción del proceso confrontando los dos casos, inquiriendo los más mínimos detalles. Todos los gestos y los actos de la falsa y sagaz enamorada, todo lo que ella dijera en las horas de intimidad, además de sus caricias y besos, y la extralimitación de sus sensaciones y su exagerada susceptibilidad, supuestas o evidentes, fueron catalogadas con toda escrupulosidad, demostrando las confrontaciones. Los dos hombres que habíanla poseído, al sacarla de la custodia del pudor de ambos, y despojándola de todo velo o andrajo que para ellos aun representase el pudor de ella, se la mostraban recíprocamente en la mayor claridad posible que puedan hacerlo las frases. El cuadro de los dos casos aparecía idéntico. Al unísono, el predecesor y el sucesor hallaban en la identidad otro agravante de la culpa.

La inclemencia de aquella indagación debía haber hecho recaer sobre la extinta una sospecha más ultrajante que las acusaciones concretas y definitivas. Desaparecida la aureola del adulterio sublime, de la pasión exclusiva para el único amante, era natural que los acusadores no excluyesen la posibilidad de que existieron predecesores y sucesores ignorados. ¡Mas no! ¡Nada!... En el cerebro de ellos no brotaba una sospecha tan lógica, aunque injusta. Evidentemente el hombre, que en materia de amor pretende el monopolio del corazón y los sentidos de una mujer, algunas veces puede ser burlado por un inconsciente y dominador instinto de la ilusión. Cuando hubieron dominado el horror que fácilmente arrastra a la separación a dos amigos, a dos hermanos que conquistaron el amplexo de la misma mujer, aunque un poco retorcido y gastado, volvieron a recuperar el sagrado vínculo de la amistad. Y la rivalidad cubrióse de una especie de solidaridad no sólo al juzgar a la extinta sino también en el tácito convencimiento de que acallaban al menos en parte el amor propio de haber sido los dos únicos rivales.

— Es horrendo considerar, querido Lorenzo, que aquella desdichada nos haya elegido precisamente a nosotros para engañar al marido. Es horrendo considerar que precisamente tú y yo hemos tenido que ser sus amantes. Mas es innegable que, no obstante el tal horror, eso atenúa en cada uno de nosotros el resentimiento hacia el rival.

— ¡Dices muy bien, Guido! La estimación que ambos nos tenemos mutuamente disminuye el tumulto de nuestra mente. Nos parece que la ofensa que nos ha inferido la simulación y la corrupción de la mujer que hemos adorado como un ídolo se halla mitigada por el hecho de habernos preferido a los dos, dividiéndose entre tú y yo.

Con pasos automáticos, lentamente, andaban siempre a la sombra de las jóvenes encinas. El coloquio se alargó languideciendo y entrecortado por largas pausas. Y cesó entre algunos melancólicos suspiros. Luego Guido Vanni, obligado por una repentina incursión mental, preguntó:

— ¿Crees oportuno enviarle el pésame al marido?

— ¡Por mi parte — respondió su amigo — trataré en lo posible de hacerle una visita. Cuando ella cortó nuestras relaciones por medio de una carta imprevista y misteriosa que no admitía dilación ni discusiones, yo busqué un pretexto cualquiera para romper con él. Lo cual no quita que se justifique el que yo me demuestre deferente y afectuoso en esta ocasión.

— Si tú vas a visitarlo iré yo también. No rompí con él, cosa que entenderás, porque no había necesidad de hacerlo. No acostumbrabamos vernos. Unicamente traté de evitar que nos encontráramos. Me perdí. Mas ahora tengo la obligación de proceder como correcto conocido.

— Entonces iremos juntos.

— Iremos juntos.

— En seguida no.

— No, en seguida no. Sería demasiado trágico y hasta demasiado embarazoso.

— Te escribiré dándote una cita.

— Haz lo posible porque sea de noche.

— Entendidos. Durante el día estamos ocupados.

Vivían en puntos opuestos de la ciudad. Estrecháronse fuertemente la mano y cada cual tomó su camino.

La visita al viudo se realizó antes de lo que ellos en realidad pensaron.

La entrada a aquella casa fué para ellos una complicada tortura, y mientras esperaban al viudo, al cual una sirvienta melancólica y entrada en años había disculpado por su tardanza, se apoderó de ellos una especie de espanto al hallarse en aquella salita en que había desaparecido la sonrisa como bajo un pulvísculo de ceniza, en aquella salita en que la escasa luz de la única lamparilla eléctrica, encendida por la sirvienta, dejaba ver, aquí y allá, en los rincones, partes de relieves obscuros que parecían sombras en acecho.

— Me arrepiento de haber venido.

— Yo también.

La aparición del viudo les obligó a simular. A ellos les correspondía darle — obligados por la efusiva

ternura hacia Lorenzo y el aire de reserva hacia Guido — el pésame sin exasperación y sin complicaciones. Mas la penosa artimaña produjoles un nuevo tormento, una repugnancia hacia sí mismos, al hallarse ante el dolor evidente y sincero de un espíritu sencillo, dulce y bonachón. El señor Galvanesi era un lindo hombre de unos cuarenta años de edad. Las precoces canas de sus bigotes algo descuidados, y de sus rubios cabellos, además de una cierta laxitud de su cuerpo, lo avejentaban un poco. Lo cual dábale cierta imprescindible evidencia plástica a su bondad, que se transparentaba en sus grandes ojos, poco vivaces y relucientes, de color celeste muy claro, que parecían discos de cristal que brillaban teniendo como fondo el aire.

En el nuevo tormento, los pésames fueron expresados con frases entrecortadas además de algo inadecuadas. Sin embargo, bastaron para provocar en el pobre viudo ese desahogo y conmoción que predispone a abrir el corazón a quien perdió un ser querido en cuanto se le dice algo sobre su desdicha. Y sobre todo continuó desahogándose con reminiscencias y nostálgicos elogios.

— ¡Oh, yo vivo y continuaré viviendo!— decía él humildemente, después de haber dicho otras humildes cosas, y ahora sus claros ojos, se empañaban de lágrimas. — Sí, continuaré viviendo, pero mi vida será como barca sin remos, sin timón, que habrá perdido hasta la esperanza de arribar a una playa. Para ella vivía yo, y ella era mi fuerza y mi sostén, la que me infundía valor. En mi vida era... Yo, un modesto industrial, emplearé una frase relumbrante de poeta: ¡ella era mi *inspiradora!* Ella me enseñaba que era una necesidad trabajar; de ella aprendía a ser paciente y a corregirme cuando cometía errores; ella me daba los más sabios consejos y su ejemplar parsimonia y abnegación si los negocios marchaban mal. Y nunca jamás me faltó el calor de su cariño de amiga, de compañera y de esposa. Ni siquiera faltóme en los momentos en que ella, a menudo, sentíase absorbida por la desazón de no tener hijos. Generalmente una mujer que aspiró a la dicha de la maternidad y a quien la tal dicha no le ha sido concedida — que es luego un derecho de toda honesta mujer — concluye por sentir una especie de rencor hacia su marido. ¡Mas ella no! ¡Ella no!.. ¡Fué siempre buena! ¡Siempre afectuosa! ¡Siempre tan cariñosa conmigo!... Y tengan en cuenta que su desazón era mucho más profunda y la inquietaba mucho más de lo que parecía al oírsele hablar de ella. Yo lo adivinaba. Y tuve la confirmación cuando ella iba a morir. Las pocas frases con que terminaba su existencia sobre la tierra expresaban aún la tal desazón... Y pedíanos con ellas, confusamente, perdón a mí y a Dios! ¿Perdón de qué?... ¿De qué?.. ¡Oh, no hay duda: aquella santa criatura deseaba que Dios y yo le perdonáramos el no haber sabido soportar con bastante resignación el cruel destino que no había querido hacerla madre.

Al llegar aquí parece que el viudo se dió cuenta de su demasiada, excesiva y confidencial locuacidad y se dolió de ello. Y, abandonando su voz llorosa, agregó:

— Compadézcanme... Discúlpenme... Comprendo que todas estas tonterías son insoportables. Al hablar de ella no consigo contenerme. Me vuelvo un locuaz parlanchín.

Los dos que escuchaban protestaron apenas:

— ¡No, qué esperanza!...

— Todo hombre de corazón en tu lugar haría otro tanto.

Y nada más. Y la prisa de irse mal dominaba la pesada y aplastante inercia que habíalos inmovilizado. Se levantaron cual si dos hilos invisibles con mucho trabajo los hubiesen alzado. Despidiéronse con una que otra frase inútil, que se desprendió del cerebro que trabajaba inconscientemente. Y helos ahí por las escaleras, juntos y alejados por duro silencio. Apenas salieron del patio se saludaron murmurando unas *buenas noches*. Ni deseos les quedó de hacer comentarios u observaciones. Sintieron la urgente necesidad de separarse. Y al separarse ni pensaron en volver a verse.

Ninguno de los dos sabía con seguridad el por qué.

ROBERTO BRACCO

TRADUCCIÓN DE MARIO CATALDO MARCIAL

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



MODESTIA

— Les aseguro que mi marido no ha hecho nada para obtener su cruz.

— Querida mía, todo el mundo lo reconoce.



VIENDO DRAGAR

— Yo no quisiera ser el hombre que levanta eso.

— ¿Y qué me dices del que lo llena en el fondo?

De Ramos Mejía

FIESTAS MAYAS. — El doctor Francisco Raynelli pronunciando una brillante elocución patriótica ante los alumnos de las diversas escuelas de la localidad.

Los sargentos Antonio Albarenga, Osvaldo Gutman y el cabo 1.° Valenzuela que ocuparon los primeros puestos en la gran carrera de vallas, prueba que fué seguida con mucha expectación por la numesa concurrencia.

DISIPAD EL TEMOR A LAS COMIDAS

No más malestar digestivo

La mayor parte de las formas de los desarreglos estomacales como la dispepsia, la indigestión, la gastritis, los ardores, acidez, bostezo, etc., son debidos o acompañados por un exceso de acidez y una fermentación perjudicial de los alimentos. Suprimid esta acidez, esta fermentación y podréis tomar las comidas sin preocuparos más de malestar digestivo ni de dolores ulteriores. El mejor medio para llegar a este resultado es el procurarse en la farmacia un frasco de Magnesia Bisurada. Tomad media cucharadita de las de café en un poco de agua después de cada comida o tan pronto como se deje sentir algún dolor. No sólo la acidez será neutralizada, la fermentación cortada sino que la inflamación de las delicadas paredes del estómago será calmada. No sufráis más, tomad Magnesia Bisurada y aprovechad agradablemente de vuestras comidas, como todo el mundo, sin temor a dolores digestivos.

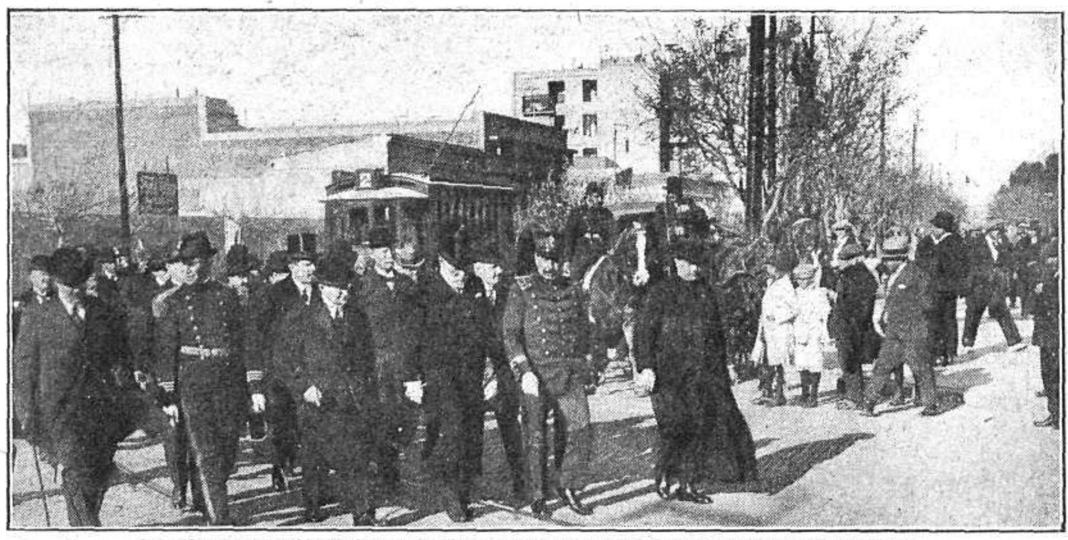


El baño perfecto exige,
para su higiénica acción,
el empleo del jabón
y acierto en el que se elige.

Y por esto, la mujer
de buen gusto y distinguida
del **REUTER** nunca se olvida,
¡de él no puede carecer!

Y se explica este deseo
y esta gran predilección,
ya que no hay otro jabón
más util para el aseo.

Es rosa, fino, espumoso,
de aroma muy agradable
y el cutis más detestable
lo pone terso y hermoso.



Autoridades locales dirigiéndose al templo parroquial para asistir al tedéum oficiado el 25 de Mayo.

EL ENTUSIASMO

El entusiasmo es la espada mejor para el combate de la vida.

Porque la vida no es una ciencia sino un arte; hay que sentirla en vez de razonarla.

Para vivir es preciso, ante todo, sensibilidad. Estamos llenos de fórmulas y abstracciones: nuestra filosofía es una escuela de falacias y orgullos; ahogamos las sencillas verdades bajo un turbión de palabras engañadoras, y abandonamos las fuentes eternas de la alegría, los bienes fundamentales.

La vida es buena o mala, triste o alegre, según el cristal con que se mire. ¿Por qué mirarla con ojos turbios?

Ni aun el dolor merece desdén ni rebeldías, ya que es la fuente del amor eterno.

Cuando llegamos al final de la jornada, de la breve jornada de la vida, nuestro mejor tesoro será el recuerdo de las lágrimas, de las divinas emociones que han sacudido nuestros nervios y abrasado nuestras mejillas y arrancado al alma una chispa de luz. El único bien que me queda en el mundo, ha dicho un poeta, es el haber llorado algunas veces.

RICARDO LEÓN.

UN RESFRIO MAL CURADO

acarrea siempre tras sí una serie de males rebeldes y dolorosos. Se ha comprobado que, muchas veces, el origen de la tuberculosis fué una tos o una bronquitis mal curada que abrió el camino a la terrible enfermedad.

Contra la TOS, la BRONQUITIS, el CATARRO, el remedio que se destaca entre todos es el

Licor Alquitrán PARODI

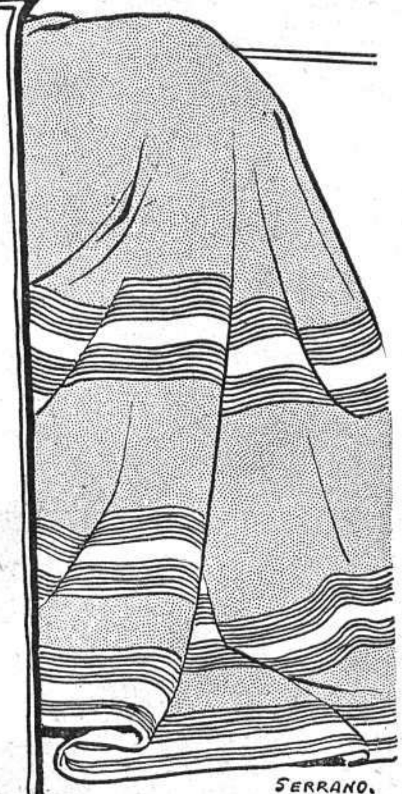
gran antiséptico de acción rápida y agradable al paladar.

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.

DEFENSA 215,

Y EN LAS BUENAS FARMACIAS

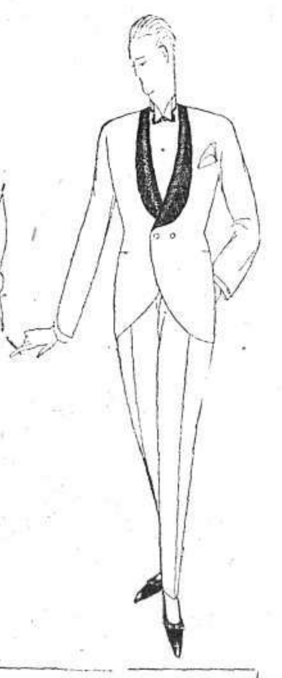






SMOKING

Por LUZ Y SOMBRA



La presencia en las grandes reuniones de Deauville de su majestad Alfonso XIII vistiendo smoking cruzado produjo alarma en todos los círculos elegantes de Francia.

¿Haría escuela el ejemplo lanzado por ese príncipe de la elegancia?

A pesar de la gran popularidad de que goza el rey Alfonso entre los dandíes, el smoking cruzado encuentra todavía pocas simpatías. Para resolver las dudas hubo quien hizo una encuesta entre los sastres parisienses que lanzan la moda masculina. He aquí las contestaciones:

Carette. — Hago smoking cruzado cada día para pijamas, pero no es «corte» para noche, porque no deja ver el gran fondo blanco de la pechera y el chaleco.

Voisin.—¿Por qué el smoking cruzado? Mejor el redingote.

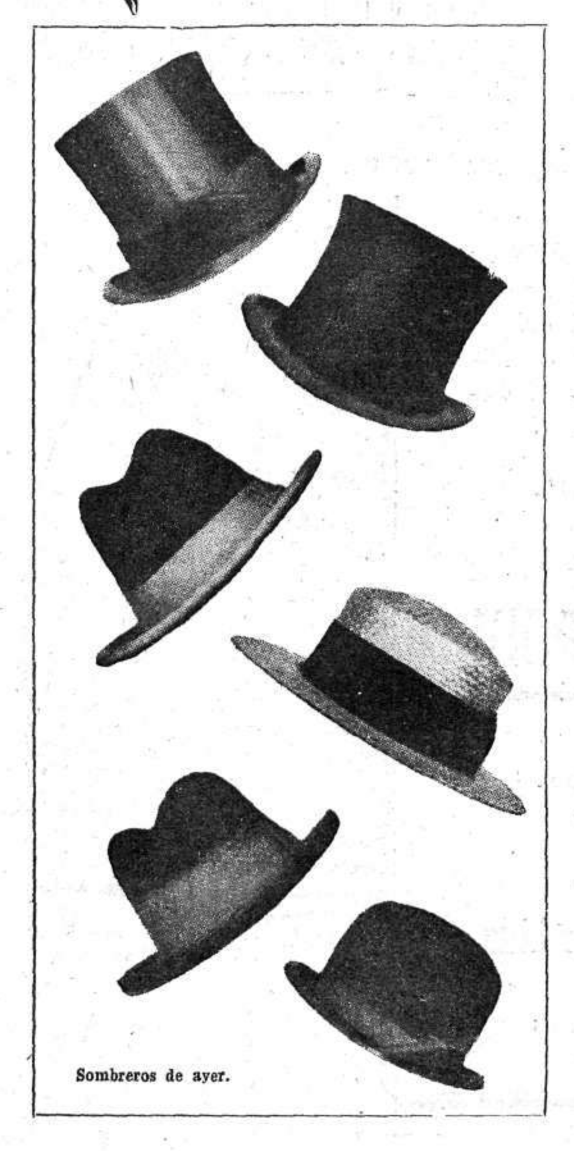
Bogler. — No he hecho ni un solo modelo.

Kriegck. — Es una paradoja para matar el buen gusto.

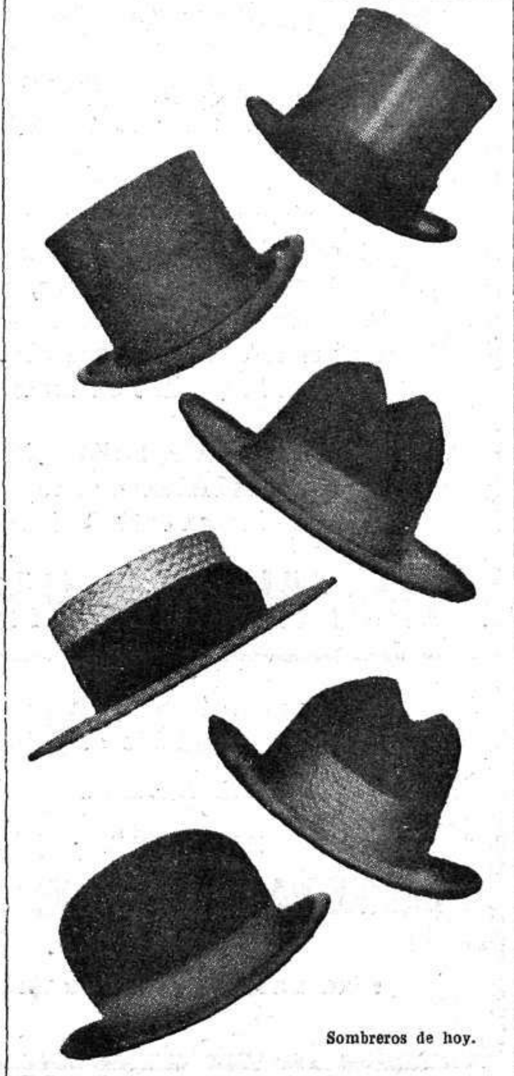
Damien. — No hago ningún smoking cruzado ni pienso hacerlo, pues no es práctico.

Larsen. —Es un modelo muy feo: las solapas cruzan demasiado y no se ve la camisa; si redondeamos las solapas el smoking tiene una línea fea.

Este acuerdo entre las varias opiniones resuelve momentáneamente el problema.



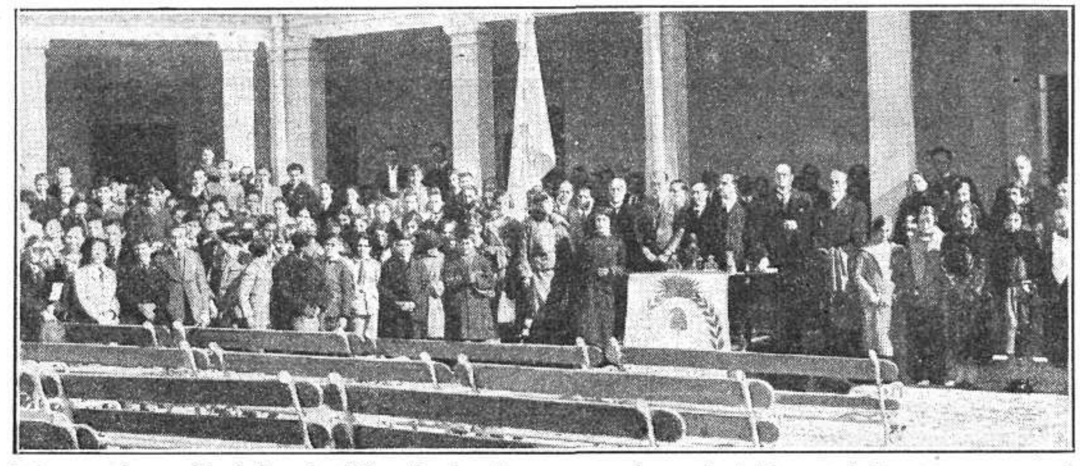
Sombreros de ayer.



Sombreros de hoy.



— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



Profesores y alumnos del colegio nacional Florentino Ameghino que concurrieron a los festejos organizados para conmemorar el aniversario patrio.

MARAVILLOSO EJEMPLO DE TÉCNICA EXPERIMENTAL

El descubrimiento de la atenuación de los virus, que hará que el nombre de Pasteur esté siempre presente, a despecho del paso de los siglos (dice el doctor A. Calmatte en «Lectures pour tous»), dió el más maravilloso ejemplo de lo que puede una técnica experimental irreprochable cuando está apoyada por un razonamiento riguroso. Se llegó a dicho descubrimiento con motivo de una enfermedad de las aves de corral, el «cólera de los pollos». El microbio de esta enfermedad se multiplica muy fácilmente en un simple caldo preparado con músculos de pollo, y su cultivo es de efectos mortales, pues basta inyectar una gota para dar una muerte segura a una ave de corral. Pero si se conserva este cultivo en la estufa, a 37 grados y al contacto del aire, se ve que su actividad disminuye poco a poco. Al cabo de cierto tiempo este cultivo inoculado en los pollos no hace perecer sino a unos cuantos. Los que quedan vivos pueden ya recibir la inoculación del virus de gran potencia que mata a todos los pollos no preparados. ¿Qué ha sucedido?... Es que el virus tenue les dió la inmunidad. Y la prueba de que es el aire y la temperatura de la estufa lo que hace disminuir la virulencia, es que si se toma una parte del cultivo muy virulento y se conserva en un tubo de vidrio que se tenga cuidado de soldar a la lámpara y mantener en un lugar fresco, conserva indefinidamente su máxima virulencia.


GALLETITAS
BU-BU
BAGLEY
MONTES DE OCA 199 - BUENOS AIRES
Galletitas
BAGLEY
Su fabricación constituye
el resultado de la expe-
riencia adquirida en
el ramo, y que per-
mite ofrecer pro-
ductos de alta
calidad, que
no han sido
ni llegarán
a imitar-
se.

De Las Heras



Autoridades provinciales que asistieron al acto de la inauguración de la usina eléctrica, cuyo funcionamiento señala un evidente progreso.

Público congregado ante la fábrica para presenciar la bendición e inauguración de la misma.



¿QUE HAY EN EL CENTRO DE LA TIERRA?



Como todas las preguntas de incierta respuesta, las opiniones están muy divididas a este respecto.

Volney, en su libro «Meditaciones sobre las revoluciones de los imperios», dice que cuando se pregunta si la luna es redonda o cuadrada, si en invierno hace frío y en verano calor o si el sol nos alumbra, las contestaciones son uniformes en todas partes del mundo, sean salvajes o civilizadas, pero en cuanto se hace una pregunta sobre cosas que nadie ha visto, se oyen inmediatamente multitud de opiniones, las más diversas, cuyos autores las defienden con tanto más brío cuanto más hipotéticas son.

Así pasa con lo que puede haber en el interior de la Tierra.

Los unos sostienen la existencia de un gran fuego central y explican cómo vivimos precariamente sobre una delgada costra sólida que recubre a un gran globo de materia roja en fusión, cuya actividad sería la que ocasiona erupciones y terremotos. Otros suponen que el interior de la Tierra es una gran masa de hierro, sólida y rígida.

Estos suponen, por su parte, que el interior está formado por substancias y rocas desconocidas en la superficie. Aquéllos la suponen llena de misteriosas cavernas, como si fuese una colosal esponja.

Finalmente, los más juiciosos o más tímidos, piensan que nadie sabe lo que podrá haber allá abajo y que quizás conviniese investigarlo haciendo un grande y profundo pozo.

Y lo más notable es que todos los que patrocinan alguna explicación más o menos ingeniosa sacan a relucir argumentos que consideran decisivos, sin escuchar los argumentos de los contrarios.

Nosotros, los que no hemos inventado ninguna teoría ni explicación y que no ocultamos nuestra ignorancia, queremos conversar sobre ese tema hasta ver si alguna de esas opiniones se arraigan en nuestro espíritu.

Nuestro globo, salvo su leve achatamiento polar, es una para nosotros grande esfera que mide poco más o menos unos 12.700 kilómetros de diámetro. Esto no es hipotético puesto que ha podido medirse.

Un círculo completo que pase por los dos polos y que corte el ecuador, es decir lo que se llama un *meridiano*, es lo que ha servido, dividiéndolo en 40.000.000 de partes, para establecer el metro. Una vuelta entera de la tierra tiene por lo tanto 40.000 kilómetros, sin tener en cuenta la pequeña diferencia que se debe al achatamiento polar.

A pesar de sus mares y de sus montañas, la superficie de nuestra Tierra es en su conjunto mucho más lisa que una naranja.

La Luna es un ejemplo análogo de esta aparente anomalía. Tiene montañas mucho más altas que las nuestras, cuya altura ha podido medirse por medio de la longitud de sus sombras, y sin embargo se nos aparece en el cielo como una bola perfectamente redonda y lisa.

Nuestras montañas y mares, que se nos antojan tan elevadas o profundos, son en realidad simples rugosidades casi imperceptibles en la superficie terrestre.

Por medio del dibujo no nos podríamos dar cuenta de esto. Tendríamos que representar a la Tierra por medio de un círculo de tan leves irregularidades que nos parecería trazado a compás.

Una comparación objetiva será mejor entendida. Tomemos una bola de arcilla bien lisa y esférica de un diámetro 100 millones de veces más chico que el diámetro terrestre, es decir, de 12 centímetros con 7 milímetros.

Sobre esta pequeña reproducción de nuestro globo vamos, raspando con la hoja de un cortaplumas, a representar en su debida proporción a uno de nuestros mares, el océano Atlántico, desde la Argentina a Africa, por ejemplo, y con la tierra extraída vamos a representar a nuestra cordillera de los Andes, una de las más altas del globo terrestre.

La profundidad media del mar se calcula que es de unos 3.500 a 4.000 metros, con sus irregularidades y con algunos poco extensos pozos que alcanzan hasta 16.000 metros. En nuestra bola de arcilla lo que tendremos que raspar tiene que ser también 100 millones de veces menos profundo, es decir:

$$\frac{4.000 \text{ metros}}{100.000.000} = 0{,}00004 \text{ metros}$$

o sea menos de la *mitad de un décimo de milímetro.*

Nos será casi materialmente imposible raspar tan levemente nuestra bola de arcilla, y lo mismo nos pasará con la representación de nuestra imponente cordillera, la que apenas podría ser representada por un cabello pegado a la arcilla.

¡Y pensar que ha sido una dificultosísima hazaña pasar con aeroplanos por encima de ese cabello, y que el frío, la puna y la fatiga hacen peligrosa esa empresa!

¡Qué poca cosa somos en el mundo!

Si, para ver más claro, en vez de una bolita tan chica, tomásemos una diez veces más grande, es decir, de 1 metro 27 centímetros de diámetro, un cálculo similar nos daría que los mares deberían ser representados por un raspaje de algo menos de medio milímetro y que esa misma altura debería ser la de nuestra cordillera.

El Gaurinsakar, de los Himalayas, el pico reputado como el más alto del globo, no alcanzaría a tener un milímetro de altura sobre esa bola de 1 metro 27.

¡Y pensar que esa cumbre inviolada no ha podido ser aún escalada por ningún hombre!

Hace poco que, tras de un desastre que costó 7





vidas humanas, fracasó la última expedición inglesa que lo intentó después de una larga preparación, de inacabables penurias y de mucho dinero y tiempo empleado.

Pero nos estamos apartando del tema. En vez de permanecer en las alturas bajemos a las entrañas de la Tierra, aunque sea de palabra.

Las perforaciones, los sondajes y los más profundos pozos de minas que se han hecho en la corteza terrestre no sobrepasan en mucho a los 2.000 metros de profundidad, y no tenemos noticias que se hayan alcanzado los tres mil metros. Se ve, por lo tanto, que el hombre no ha hecho hasta ahora otra cosa que arañar imperceptiblemente la superficie terrestre.

Si la Tierra fuese un ser animado, análogo a nosotros, esos insignificantes pinchazos en su epidermis no le hubieran producido aún ninguna sensación, puesto que no habrían alcanzado a pasar al través de la piel.

Prácticamente no conocemos nada de lo que puede haber en el interior de la Tierra, ni podemos asegurar nada sobre la existencia del fuego central o de su negación. Ya que no podemos investigar en esa forma, hagámoslo en forma deductiva, de acuerdo con otros conocimientos que tenemos y de acuerdo con hechos reales.



Por la atracción que sobre nosotros ejercen el Sol y la Luna y por el movimiento de la Tierra se ha podido calcular que la densidad de nuestro globo es de muy poco más o menos de 5 ½. Eso quiere decir que nuestro planeta pesa 5 ½ veces más que si fuera de agua pura.

Como las rocas y las tierras de la corteza tienen una densidad de 2 ½ y el agua de los mares de 1, es muy probable que la masa interna de la tierra tenga una densidad de casi 7, de donde se deduce que, como el hierro es precisamente el cuerpo que tiene una densidad algo superior a 7, hay grandes probabilidades de que esa masa interna contenga una muy fuerte proporción de hierro: 70 u 80 %.

Si a eso añadimos que nuestro globo es un astro esencialmente magnético, como el hierro, esas probabilidades se nos convierten en una casi certeza: En el interior de la Tierra predomina el hierro.

Mientras algunos audaces exploradores no bajen allí y nos demuestren lo contrario, lo aceptaremos como cierto, aunque sin atrevernos a asegurarlo.

Ahora bien. ¿En qué estado estará esa masa interna?

¿Será sólida o será líquida? ¿Estará fría, caliente o en fusión?

Nada puede asegurarse con certeza, pero debe ser sólida, pudiendo admitirse la existencia de un reducido núcleo central en fusión, verdadero fuego líquido.

Se oye asegurar generalmente que el calor de la corteza aumenta hacia abajo de un grado centígrado por cada 32 metros de profundidad.

No podemos creerlo, puesto que en las perforaciones y en los pozos de las minas muy profundas eso no se ha comprobado. No recordamos si es en la Silesia o si es en Hungría donde hay galerías de minas a los 2.000 metros de profundidad, en las cuales la temperatura debía ser, según eso, de unos 74 grados, es decir, 63 grados más que la temperatura general del suelo, que es allí de 11 grados.

Según esa teoría y la de los que admiten que la masa candente y líquida del interior terrestre es la que produce los terremotos y los volcanes, la corteza sobre la cual vivimos tan confiadamente no tendría más que unos 50 kilómetros de espesor, que otros aumentan hasta 150, y esa corteza de tierras, rocas y arenas flotaría sobre un pavoroso océano de fuego líquido.

Debemos recordar el antiguo cantar:

El mentir de las estrellas
Es muy cómodo mentir,
Puesto que nadie ha de ir
A preguntárselo a ellas.

Si para darnos una idea de lo que representaría esa corteza la transportamos sobre nuestra bola de arcilla, resultará una delgada cáscara de rocas y arenas de solamente un milímetro y medio de espesor. Y si la consideramos sobre la bola de un metro y 27 centímetros, su espesor sería de un centímetro y medio solamente.

Difícil resulta aceptar la realidad de tal cosa, ya que cualquier movimiento de la masa líquida en fusión rompería esa corteza en mil pedazos, produciéndose cataclismos análogos a los que, hace millones de años, han revuelto tanto nuestro suelo. Aun suponiendo que toda actividad hubiese cesado, es sabido que una tal masa líquida sometida, lo mismo que los mares, a la atracción combinada del Sol y de la Luna, estaría sometida a constantes y periódicos movimientos enteramente análogos a las mareas, pero con mayor intensidad, que nos sacudiría constantemente.

Debemos admitir, por lo tanto, una corteza sumamente gruesa, sólida y rígida con un pequeño núcleo en fusión o simplemente un globo enteramente macizo.

No encontramos inconveniente en admitir que esa masa conserve mucho calor en su interior, por miles y millones de años, hasta que un no soñado cataclismo arrase con nuestro globo y con tantas mezquinas ambiciones que se arrastran sobre su corteza.

Para saber, aunque sea en parte, lo que hay en el interior de la Tierra, algún día se ha de iniciar la excavación de un grande y profundo pozo de estudio.

De antemano puede afirmarse que nunca, ni nosotros ni nuestros descendientes podremos llegar al centro de la tierra. Por múltiples causas, de que hablaremos próximamente, a cierta no muy lejana profundidad la vida sería imposible para nosotros y se tendrían que abandonar los trabajos.



De Lincoln



El progresista comisario de policía, señor Beunza, en el aeroplano de su propiedad, con el cual efectúa las jiras de inspección por la vasta zona que le ha sido encomendada.

CONTRABANDO DE GUERRA

En Londres se inauguró hace pocos años una exposición muy interesante. Se trata de diversos objetos encontrados por la censura militar inglesa en las cartas y encomiendas dirigidas a Alemania de los países neutrales durante la guerra.

Se ven en ese nuevo museo las muestras más curiosas de una nueva industria nacida de la guerra cuyo único objeto era engañar la supervigilancia de las autoridades para hacer llegar a Alemania productos y objetos de que tenía mucha necesidad.

Con una habilidad y una ingeniosidad que imponen la admiración, esos artistas de una nueva industria se dedicaban a dar a los objetos que querían mandar a Alemania el aspecto más inocente y distinto del que ordinariamente tienen. Por ejemplo: se abría el último número de una revista norteamericana para niños: adentro estaba una libra de manteca. He aquí una caja de semillas de tulipan: está llena de caucho. Ese paquete de diarios, cuidadosamente arrollados, y con las extremidades tapadas con corchos bien disimulados, contiene en su interior jamón, o arroz, o tabaco, o caucho, o cacao, etc. Por fin, en muchas cartas sencillas se metía una delgada hoja de caucho o una fina lámina de metal.

MORNY
LONDON

JABONES DE TOCADOR

Jabones de superfina calidad para pieles delicadas, excepcionalmente perfumados.

"CHAMINADE"
"MYSTÉRIEUSE"
"TRIOMPHE"
"JUNE ROSES"
"NOCTURNE"
"SÉRÉNADE" y
"NUIT DE CARNAVAL"

Se venden exclusivamente por los comerciantes en perfumería de alta clase:
POR MAYOR:- SUCESIÓN DIEGO GIBSON
DEFENSA 192 — BUENOS AIRES
REPRESENTANTE:- J. M. DENOVAN
SAN MARTIN 233 - BUENOS AIRES

TIRANTES CH. GUYOT

LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO
Rechácense las imitaciones.





Salud y Belleza

Las señoras hallan que un vaso matutino de la espumosa y fortaleciente sal ENO, es un medio muy agradable de facilitar la digestión y ayudar a los órganos de eliminación.

En esta forma hacen desaparecer los dolores de cabeza, los desvanecimientos, las náuseas y otras dolencias causadas por desarreglos en el estómago o en los intestinos, y así adquieren y conservan la indeleble belleza y la tersura del cutis que da la salud al conservarse el sistema internamente limpio.



Sal de Fruta
ENO
Eno's Fruit Salt

De venta en todas las farmacias

Preparada exclusivamente por
J. C. ENO, Ltd., Londres, E. C. 4., Inglaterra
Agentes de ventas:
HARROLD F. RITCHIE & CO., Inc., Nueva York, Toronto, Sydney



VILLA SABOYA. Fiestas mayas. — Concurrentes al almuerzo campestre con que el destacado vecino señor José N. Reppino obsequió a las autoridades locales y a sus numerosos amigos, conmemorando la revolución de Mayo.

Comisión de damas y señoritas que tuvo a su cargo la dirección del bazar-rifa, y a cuya asertada gestión se debe el éxito obtenido.

Especialidades de la Casa América

APARECIO EL



OFRECEMOS POR TIEMPO LIMITADO este precioso **ACORDEON de 8 bajos y 19 voces,** con el nuevo método y embalaje gratis, por sólo

$ 18

El método solo, $ 1.50.

Grandioso surtido de **Acordeones a piano, semitonados y cromáticos,** exclusivamente artículos finos y modelos de **"STRADELLA"** que ofrecemos a precios de verdadera oportunidad.

Solicite catálogo ilustrado N.º 26, enviando $ 0.20 en estampillas.

N.º 101
Regio GRAFOFONO
AMERICA



con gran corneta amplificadora del sonido. Motor Suizo, sólido y silencioso, membrana doble con goma aisladora.

Nuestra gran oferta extraordinaria:

$ 49.50

con seis piezas, 200 púas y embalaje gratis.

Otros modelos de grafófonos, desde

$ 35

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 21.

DISCOS Ya están en venta las últimas novedades en bailables, cantos nacionales, óperas, música clásica, etc., etc. — Gran catálogo N.º 22 remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

VIOLINES FINOS

Modelo STRADIVARIUS



Fabricación esmerada, sonoridad incomparable.

N.º 4100 bis. — **Violín** tipo «Conservatorio», completo, con estuche, arco y pez, a $ 33.—

N.º 4101 bis. — **Violín** de orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a......... $ 38.—

N.º 4102 bis. — **Violín** de salón, completo con estuche, arco y pez, a........... $ 45.50

N.º 4103 bis.—**Violín** de gran orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a............. $ 53.—

Otros modelos desde $ 25.—. Solicite gran catálogo ilustrado N.º 24, enviando $ 0.20 en estampillas. (Embalaje gratis)

CUERDAS ARMONICAS

Con el fin de dar a conocer nuestras cuerdas insuperables, hacemos por un tiempo limitado las siguientes ofertas, porte pago a *cualquier punto:*

Encordado fino, para estudio....................	$ 1.90
Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata..	» 2.60
Encordado «Concertola» de gran concierto, 4.ª de plata	» 3.40
Comprando los tres encordados en una sola vez....	» 7.50

Nuestras CUERDAS ARMONICAS

darán doble valor a su guitarra.

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado.

Encordado Tripa Romana impermeable «Colorada», con bordonas de seda amarilla, a...... $ 2.70

Encordado Tripa Romana impermeable «Amarilla», con bordonas seda violeta, a.. $ 3.60

Encordado Tripa Romana «Concertola», con bordonas seda violeta, a...... $ 4.20

Por los tres encordados juntos cobramos solamente $ 10.—

Porte pago a cualquier punto de la República.

Cuerdas para toda clase de instrumentos.

Pidan Catálogo N.º 30.

Buena comisión a Revendedores.

GUITARRAS "AMERICA"

Aun mantenemos nuestras ofertas especiales.

N.º 3013. — En cedro..........................	$ 12.50
N.º 3015. — Modelo fino, en nogal.............	» 17.—
N.º 3002. — En nogal con incrustaciones de nácar..	» 25.—
N.º 3021. — Guitarra de concierto...............	» 36.—

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 23, enviando $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
CASA AMERICA

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales
No cerramos los Sábados

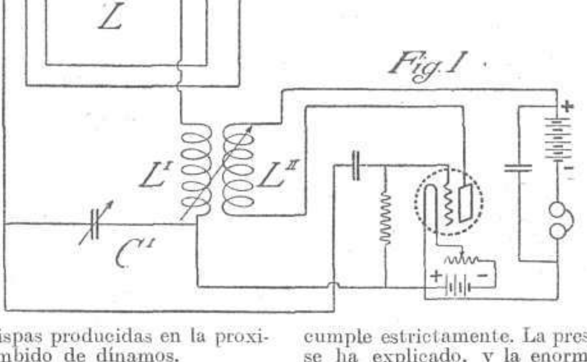
Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

RECEPTOR ESPECIAL PARA EMPLEAR CON CUADRO

En general, todas las estaciones de aficionados están provistas de un cuadro radiogoniométrico para la recepción de estaciones cercanas, pero en la mayor parte de los casos el cuadro se emplea con el receptor de reacción común conectándolo a los bornes de antena y tierra del mismo.

Un dispositivo de esta naturaleza no permite obtener un buen rendimiento, y si en varias ocasiones se hace en una forma aceptable, en la generalidad de las veces el aficionado, decepcionado, abandona este elemento y vuelve a conectar su antena exterior.

El cuadro, como ya se ha explicado en un artículo anterior, es una mala antena, pero para la recepción de las estaciones próximas a la estación receptora es recomendable, tanto más si esa estación transmite conciertos o discos de fonógrafo y existe interés de hacerlos oir por medio de un alto parlante.



Con dos amplificaciones de baja frecuencia funcionando correctamente se notará que el alto parlante funciona en mejores condiciones y que han desaparecido los ruidos parásitos y demás señales debidas a corrientes inducidas, chispas producidas en la proximidad del receptor o zumbido de dínamos.

Las estaciones transmisoras de chispa, que son tan difíciles de eliminar con el receptor común de circuito directo y reacción, aun trabajando en ondas cortas, debido a la reacción, quedan eliminadas y la reproducción de los sonidos por medio de los alto parlantes es perfecta.

A fin de obtener un resultado satisfactorio hace falta un receptor adecuado al tipo de antena empleado, y el ilustrado en la figura N.º 1 es indicado para ese fin.

Un cuadro es en general una bobina de características distintas a las que tenemos costumbre de emplear, pero no por eso deja de tener todas sus propiedades y de comportarse en un circuito como tal.

Por esta razón es menester el empleo de un condensador para poder sintonizar la onda justa que se desea oir, ya que la self del cuadro que se esté empleando permite la sintonización de distintas ondas comprendidas entre un máximo y un mínimo, siendo el condensador el que permite este ajustaje exacto.

Cuando la intensidad de las señales recibidas sea considerable, el aficionado podrá substituir el cuadro por una bobina y comprobará que se puede efectuar la recepción sin inconveniente alguno, con la diferencia que la intensidad en los teléfonos será menor ya que la corriente de alta frecuencia inducida por las ondas electromagnéticas es inferior debido a la característica de la bobina empleada en ese momento como colector de ondas.

Efectivamente, para la recepción de ondas cortas, para las cuales son necesarias corrientes de miles de frecuencias por segundo, un cuadro de grandes dimensiones será más eficaz que uno de medidas menores, pero generalmente se reduce su tamaño por razones de comodidad y porque el rendimiento obtenido es satisfactorio.

Para la obtención de sonidos intensos en los teléfonos es conveniente el empleo de la reacción, pero ésta, con un cuadro es difícil de realizar, aunque una solución apropiada sería acoplar al cuadro principal otro más chico conectado en el circuito de placa de audión.

Este dispositivo no es práctico y se reemplaza por el indicado en el esquema de la figura N.º 1, que consiste en intercalar en serie con el circuito del cuadro una bobina sobre la cual se acopla la bobina de placa, obteniéndose la reacción necesaria.

En general no es conveniente el empleo de esta bobina en serie con el circuito del cuadro y condensador, pues resta un tanto de eficacia al conjunto y la propiedad de la orientación queda disminuída, pero las pérdidas no son tan considerables como para abandonar este sistema.

En la figura N.º 2 está ilustrado el armazón de madera necesario para realizar el bobinado del cuadro, que contará 12 vueltas de alambre de cobre de un milímetro de diámetro estando separadas las vueltas medio centímetro. A falta de este alambre puede emplearse indistintamente cordón para instalaciones eléctricas o para campanilla.

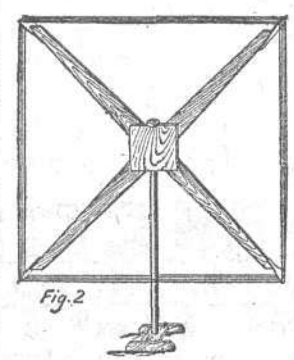
El conjunto deberá girar en todas direcciones para poder hacer pasar el plano del cuadro por la estación que se desee escuchar, condición fundamental para el funcionamiento del cuadro, aunque dentro de la ciudad no se cumple estrictamente. La presencia de la bobina, como se ha explicado, y la enorme cantidad de edificios metálicos disminuyen esta propiedad, y es así como en muchos casos una estación se sintonizará con el cuadro colocado a veces hasta 80 grados de la dirección real, debido a los edificios que actúan de desviadores de las ondas a semejanza de un espejo que desvía los rayos de luz.

Por esta razón, al sintonizar no debe insistirse en colocar el cuadro en la posición normal, sino que debe operarse desviando el cuadro hacia un lado o hacia otro.

El condensador C' es un condensador variable de tipo común, prefiriéndose uno de 11 hojas para que la sintonización sea más fácil, ya que es muy exacta, pero puede disponerse el empleo de un condensador de mayor capacidad, por ejemplo 0,0005 microfarad, que corresponde a un condensador de 23 placas, y colocar en paralelo con el mismo otro condensador vernier de 5 placas con el cual se hará la sintonización precisa después de haber sintonizado aproximadamente con el primero.

La bobina L' se realiza sobre un tubo de cartón o ebonita de 10 centímetros de diámetro, y cuenta 12 vueltas de alambre de cobre forrado con algodón y de 0,5 mm. de diámetro.

La bobina L'' puede realizarse sobre un tubo del mismo material de 7,5 centímetros de diámetro o sobre una esfera o «bocha» en forma tal que se puede variar el acoplamiento de las dos por medio de un giro de vuelta de la segunda, pero se puede obtener el mismo efecto disponiendo las bobinas telescópicamente.


Fig. 2

Esta bobina llevará 80 vueltas del mismo alambre para ondas hasta 450 metros y 100 vueltas para alcanzar a los 1000 metros.

El resto del circuito es semejante a los empleados comúnmente y los mismos condensadores de reja y placa pueden emplearse sin inconveniente.

Nótese la posición de la resistencia de reja, que en lugar de estar conectada en paralelo con el condensador de reja lo está entre la reja del audión y el filamento.

La sintonización se efectúa de igual manera que con un receptor común, pero en lo que se refiere a la dirección del cuadro deberá tenerse un poco de práctica por las razones apuntadas más arriba.



CAÑADA DE GOMEZ. — Parte de la selecta concurrencia que asistió al baile con que el Círculo Social de esta localidad se adhirió a los festejos conmemorativos del 25 de Mayo.

LA INMENSA MELANCOLÍA

Muchas veces he pensado que es posible hallar serenidad en medio del grave y aterrador misterio de las cosas; que el espectáculo del dolor, de lo irreparable, de esa enorme incoherente que llamamos vida, es causa suficiente para amargar las horas de un hombre de buen corazón. Adonde quiera que nuestros ojos se asomen verán presentes las máscaras del dolor, los ojos arrasados de lágrimas, los labios temblorosos, las manos suplicantes... Hasta en los ojos sin pensamiento del animal encontramos honda tristeza. Yo, cuando alguna vez sentí el ciego impulso de cometer violencia con uno de mis semejantes, le miré intensamente a los ojos, y la tristeza de ellos me aplacó la cólera y me hizo abrir los brazos. Hay una infinita melancolía en el fondo de las almas y en el abismo de los ojos.

RICARDO LEÓN.

AMOR

El amor equilibra todas las facultades y dulcifica las amarguras; es opio de grato olvido contra las decepciones y un éxito que reduce la vida a un punto: el objeto amado en el cual se resume el universo. Ya no importa la duda, porque al menos tenemos fin.

Ya no importan las ingratitudes humanas, porque al menos tenemos una amistad.

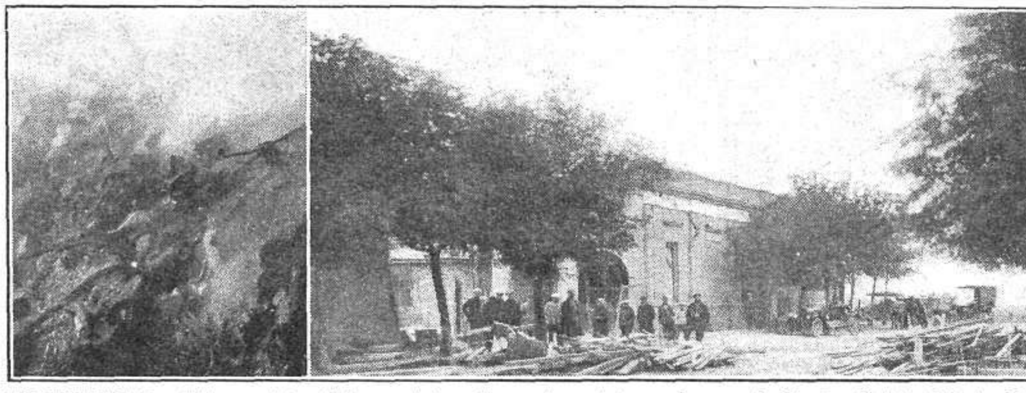
Ya no hay realidad de la vida que nos asuste, porque se convertirá en paraíso en la presencia de la mujer amada.

Ni la muerte nos da gran cosa, con tal que nos encierre a los dos un mismo sepulcro.

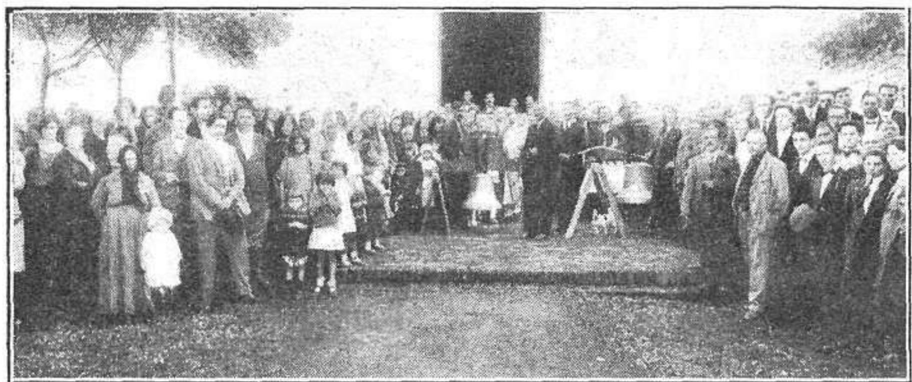
Se han confundido dos almas, y en su confusión se ha creado un cielo.

EMILIA PARDO BAZÁN.


Vino Médoc
VOLUMEN NETO 350
Mendoza
Vinos Arizu
El Orgullo de la Producción Nacional
Avenida de Mayo, 1035 — Rivadavia, 1032
BUENOS AIRES
Sarmiento, 561-67 — Moreno, 931
ROSARIO

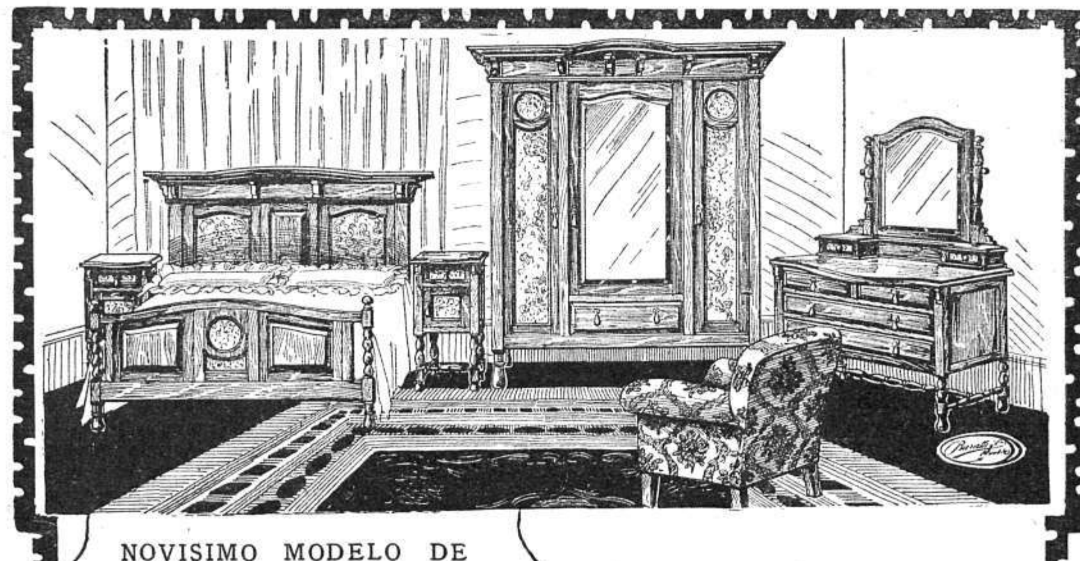


SAN GUILLERMO. — Vistas parciales del imponente incendio que destruyó la casa de comercio del señor Bartolomé Bonino. Debido a la ayuda prestada por el vecindario, el voráz elemento no se propagó a las casas vecinas.



Público que presenció la ceremonia de la bendición de las nuevas campanas de la iglesia parroquial. Presidió el acto el reverendo padre Rodríguez, siendo padrinos los señores Bálsamo, Berea y Bonino.

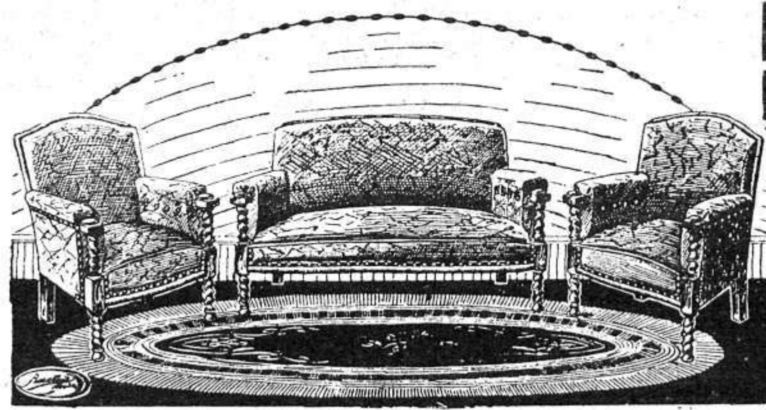




NOVISIMO MODELO DE DORMITORIO, obscuro patinado, con panelones enteros de RAIZ PALOMA, completo para Matrimonio....... $ **735**

BUTACAS INGLESAS......... $ 96

CREDITOS



Fundada en 1853

ELEGANTE JUEGO JACOBEAN, 3 piezas, tapizado en damasco o en yute gobelino $ **395**

En cuero antiguo............ $ 425



Anexo: Lavalle 1302

frente al palacio de los TRIBUNALES.

70 años de vida comercial honesta e intensamente activa, es la garantía más efectiva en FAVOR de UNA CASA.

LAS HIENAS

Por

LEOPOLDO RODRÍGUEZ PUJOL

La mañana es clara y limpia; una mañana de principios de primavera. La atmósfera insinúa la próximidad del estío. De vez en cuando canta un gallo lejano o una lira da al aire su grito áspero, estridente ...

El sol esmalta de oro las escasas piedras del patio. La campana de una escuela cercana suena menuda, alegre, cantarina. Los gorriones alborotan tomando sus baños de sol. Todo es claro y alegre, de una alegría como religiosa, suave y profunda.

Un cielo azul pálido, de un ligero azul blancuzco, se cierne alto y sin fondo sobre la ciudad tranquila. Algunas nubes blancas, de un blanco de porcelana transparente, pasan empujadas por el viento...

— ¡Leonor!... ¡Leonor!

Un grito violento y ronco rompe la calma de la casa todavía sumida en la modorra de la noche.

— ¡Leonor!... ¡Leonor! ¡Atendeme un poco la cocina!

Una muchacha morena, de mediana estatura, casi delgada, de ojos negros y mirada profunda asoma en una de las puertas y pregunta, con un gesto entre aburrido y cansado:

— ¿Qué querés?

— Que me atendás un poco la cocina. ¿Estás sorda?...

La muchacha, sin contestar, hace un gesto de resignación, da unos pasos con desgana y se detiene. Unos gorriones han caído a su pies, empeñados en una lucha mortal. Los mira un instante sorprendida, después atraviesa el patio y entra en un cuartucho de madera de donde sale un humo denso.

La mujer que ha gritado llamando a la muchacha es todavía joven, pero ya con esa vejez prematura de los seres gastados por una vida de trabajo y de miseria. Tiene la mirada lánguida, triste, y a pesar de sus gestos agrios se adivina en ella un innato fondo de dulzura. La muchacha es su hija. Casada desde muy joven con un sastre que la sacó de su hogar arrebatándola a la oposición de sus padres, conoció tiempos mejores.

Primero todo marchó bien, con una marcha regular y tranquila. Pero él se cansó pronto. Se dió a la bebida. El negocio se hundió. Vinieron los hijos, Leonor y un muchacho, Enrique. Y llegaron tiempos negros de una miseria vergonzosa.

La vida era una cosa negra y triste, llena de violencia y de crueldad. El mundo una fuerza obscura y ciega, lleno de injusticia y de miseria, donde todo era tristeza, dolor, desdén del fuerte por el débil... Bogaron y bogaron sin ruta y sin destino. Su barca se perdía en la noche y el azar.

Ahora, gracias a algunas ganancias misteriosas del padre y al trabajo de la muchacha, que borda de la mañana a la noche, pueden ir viviendo con más o menos regularidad. La vida se hace un poco más amable, aunque siempre con su fondo triste, lleno de sordidez y de miseria. Pues el muchacho es un degenerado indolente, perezoso, sin voluntad ni hábitos de trabajo, que en vez de ayudar al sostenimiento de la casa se pasa los días durmiendo y las noches en blanco, haciendo una vida completamente nocturna en casas de tolerancia y tabernas innobles. El vicio obscuro y siniestro de las ciudades provincianas retoña en él con esa fuerza prepotente y audaz de los hongos en las tierras húmedas.

La casa que habitan, relativamente céntrica, es un casucho viejo y sórdido. Cuatro piezas pequeñas, semiderruídas, con una cocina y un patio grande, desierto y mondo, donde nunca hubo una planta que pusiera en su pobreza la alegría de una flor. Sólo uno que otro tártago melancólico eleva su copa verde, cercado por una invasión de escobadura y abrojitos que brotan con esa exuberancia agresiva de las plantas parásitas. Al fondo, al final de un caminito blanco, serpenteante, que resalta entre el verde muerto de la maleza, se eleva un cuartito de ladrillos rojos, sin enjalbegar, ostentando por toda puerta un pedazo de arpillera sucia, deshilachada, con grandes tiras sueltas que caen melancólicamente onduladas por el viento...

La campana suena otra vez, menuda, lenta, cantarina. La mujer vuelve a romper el silencio de la casa con su voz agria, suavizada en partes con ligeras notas muelles:

— ¡Leonor!... ¡Leonor! Despertalo a tu padre, que ya están en el segundo recreo. ¡Apurate!

La muchacha sale de la cocina, desganada y lenta, y vuelve a entrar en la puerta de antes. La madre advierte:

— ¡Tené cuidado; no le hagás ruido al Macho!

Después toma los utensilios que estaba fregando y entra a su vez en la cocina.

El patio queda desierto. Un gorrión baja del algodonero de una casa vecina y empieza a saltar sobre la tierra estéril, buscando desperdicios para su comida. El sol nimba de oro su cabecita agresiva.

Hay una gran pausa de silencio en que la casa parece vacía. Al rato asoma en la puerta un viejecillo gris y encorvado. Eleva al cielo un puño, desperezándose en un gesto que quiere ser de fuerza y es de impotencia, con un acentuado viso ridículo, y toma el camino de la calle...

La mañana va cobrando claridad meridiana. El cielo, sin una nube, se ha vuelto uniformemente azul. Se sienten ruidos lejanos y confusos: el canto de los gallos, el ladrido de los perros, el rodar de un coche. Campanas graves y lentas anuncian a los hombres el paso de la vida.

Todo toma un encanto suave y dulce. Dijérase una alegría hermana de la tristeza apacible que fluye de un paisaje otoñal. El silencio da la impresión de que el tiempo se remansa un instante para seguir después su curso tranquilo, reposado...

El humo que ahora se escapa del cuartucho de madera es un humo blanco con un ligero tono azul, de fuego ya prendido. La mujer aparece otra vez limpiándose las manos en la falda del vestido. Atraviesa el patio y entra en la casa.

— Decime, Leonor...

— ¿Qué, mamá?

— ¿Y Pablo?... Ayer no lo he visto... ¿No vino?

— No.

— Es que...

La mujer se interrumpe como herida por un pensamiento lejano. Toma una costura y, sin saber por qué, se queda mirando el vuelo de una mosca.

La muchacha levanta la vista del bastidor en que está bordando y la mira. En el fondo de sus pupilas, como un relámpago fugaz, pasa una chispita de asombro. Le llama la atención el interés que su madre viene prestando a sus amores. Después, con un leve movimiento de hombros, torna a su trabajo.

Hacía una media hora ya que bordaba en la estancia que en la casa tiene carácter de sala y comedor.

Acostumbran reunirse allí para no estar tan solas en las horas muertas de la tarea común. Es ésta una habitación pequeña y húmeda, con los ladrillos del piso rotos y las paredes sucias. Tiene cuatro puertas: una a la calle; otra al patio y las demás a las estancias laterales, lo cual la hace como el centro de la casa. Pero estas puertas son tan bajas y estrechas que la estancia, a causa de la completa ausencia de sol, siempre tiene un aspecto lúgubre y triste...

Ninguna de las dos mujeres torna por un buen rato a hablar. Reinan algunos instantes de silencio profundo, de una sensibilidad tan aguda que es casi sonoro. Dijérase que palpitara en él, latente, la voz de las cosas inanimadas, dotadas de una vida indudable pero oculta. Ruidos tenues, voces vagas que salen no se sabe de dónde, brotando súbitamente como una música obscura amortiguada por lejanías inverosímiles. Tal la voz de la noche en que el corazón humano cree percibir la rotación de los mundos en el misterio de la creación...

La muchacha de vez en cuando levanta la vista y por la puerta entreabierta mira la calle solitaria. La madre, obstinada, sigue el vuelo de la mosca. De pronto el animalito da un salto y cae en una tela de araña. Se agita allí un instante con un movimiento convulsivo. Después queda inmóvil. Desde un rincón una arañita negra se adelanta para cogerla. La mujer, con un movimiento instintivo, se lleva una mano a la cabeza, saca una horquilla y avanza también. La muchacha, que mira la escena, pregunta:

— ¿Qué vas a hacer?

— Voy a impedir la muerte de esta mosca.

— ¿Y a vos qué te importa eso?

La madre la mira. Vacila un momento. Después, un tanto asombrada, dice:

— A mí... nada... ¿Por qué?

La muchacha, agresiva, torna otra vez a encogerse de hombros y no contesta. Vuelve a bordar. La otra insiste:

— ¿Por qué?

Pero, obteniendo la misma contestación, se encoge a su vez de hombros y se pone a la obra. Y cuando la madre dice:

— Ya está...

Entonces, con una risita irónica, la muchacha dice:

— ¡Ah!, sí; muy lindo!... Para salvar a la mosca matas a la araña de hambre... ¡Muy lindo!

Su risita es punzante, aguda como una lezna.

— ¡No está bien, madre, no está bien! — Y ríe.

La madre, incomodada, se defiende. Y en sus palabras, a pesar de sus gestos agrios, hay un gran fondo de tristeza:

— Todo está mal, hija... todo está mal. Si hacés esto, está mal. Si hacés aquello, está mal. Salvás a uno, está mal. Lo dejás morir y está mal. Callás, está mal. Hablás, pues también está mal. ¡Ni Cristo que lo entienda!...

Y en su cerebro primitivo la crueldad universal se pinta por un momento con caracteres vagos y siniestros. La vida, una cosa obscura, indominable, triste. Una lucha constante, despiadada y cruel, en que las cosas y los seres se devoran unos a otros. Una existencia necesitando de la muerte de mil existencias para subsistir. En todas partes la destrucción, el exterminio y el crimen como las piedras básicas de la vida. El insecto devorando al insecto. El hombre devorando a los hombres. La humanidad presa de un malsano afán de dominación y poderío. Hasta esas plantas permanentemente atormentadas por una repugnante sed de sangre. Y frente a todo esto la justicia como una idea metafísica, sin asiento posible en la realidad.

Había para volverse loca. Fué a hablar, pero su cerebro estaba vacío de palabras y de ideas. Era como si despertara de un sueño. Sus ojos inconscientes empezaron a recorrer el cuarto. Todo se le aparecía con una atracción de cosa nueva, ignorada. La mesa sucia y negra, las sillas rotas, el retrato de un general desconocido que colgaba en un rincón. Después, los almanaques sucios por las moscas; una mariposa atravesada con un alfiler y clavada sobre el marco de una puerta. Hasta los lamparones dejados en las paredes por el revoque caído.

La muchacha seguía bordando. De fuera llegaba el silbato de un tren. Sonaba el martillo de un herrero golpeando sobre el yunque. Un rayo de sol enviaba una puñalada de luz al cuarto en sombra.

Las miradas de la madre se posaron al fin sobre un retrato empolvado y borroso que colgaba al frente de ella. Era un novio antiguo de su hija. Esto le trajo otra vez el recuerdo de sus amores presentes:

— ¿Vendrá Pablo hoy?

La muchacha levantó la vista. Su mirada era fría y dura. Sus labios tuvieron un estremecimiento maligno:

— ¡Estás enamorada de él?

La madre, en el colmo de la indignación y el asombro, fué a contestar:

— ¡Pero, Leonor... por Dios... que...!

Pero la entrada de su marido la interrumpe Viene éste acompañado de un tipo extravagante, abigarradamente vestido: zapatos de color, pantalones a rayas, chaqueta verde viejo y un sombrero hongo. Y en el cuello, a guisa de corbata, un pañuelo de bolsillo.

— Salud — dijo.

Y siguiendo al viejo pasó al patio. La mujer se levantó y salió también. ¿Quién era el nuevo amigo de su marido? Misterio. Hacía tiempo que el viejo cultivaba relaciones extrañas. Tipos raros y extravagantes desfilaban por su casa. Algunos de mirada triste, cara plácida, revelaban al hombre bondadoso, caído a los bajos fondos de la vida por una ironía del destino; otros, de rostros irregulares, angulosos, y expresión feroz, acusaban al hombre de instintos brutales, nacido del vicio y criado en la miseria y la abyección, lejos de toda protección social.

El viejo nunca los presentaba a su familia. Venían, comían lo que hubiese y se marchaban después. Algunos volvían una o dos veces, y otros, la mayoría, no tornaban a aparecer jamás...

Al salir su madre tras los recién llegados, la muchacha se levantó y empezó a pasear por la estancia. Sin saber por qué una cólera sorda e incontenible le brotaba del corazón. Se sentía impulsada a matar,

LAS HIENAS

Por

LEOPOLDO RODRÍGUEZ PUJOL

La mañana es clara y limpia; una mañana de principios de primavera. La atmósfera insinúa la próximidad del estío. De vez en cuando canta un gallo lejano o una lira da al aire su grito áspero, estridente ...

El sol esmalta de oro las escasas piedras del patio. La campana de una escuela cercana suena menuda, alegre, cantarina. Los gorriones alborotan tomando sus baños de sol. Todo es claro y alegre, de una alegría como religiosa, suave y profunda.

Un cielo azul pálido, de un ligero azul blancuzco, se cierne alto y sin fondo sobre la ciudad tranquila. Algunas nubes blancas, de un blanco de porcelana transparente, pasan empujadas por el viento...

—¡Leonor!... ¡Leonor!

Un grito violento y ronco rompe la calma de la casa todavía sumida en la modorra de la noche.

—¡Leonor!... ¡Leonor! ¡Atendeme un poco la cocina!

Una muchacha morena, de mediana estatura, casi delgada, de ojos negros y mirada profunda asoma en una de las puertas y pregunta, con un gesto entre aburrido y cansado:

—¿Qué querés?

—Que me atendás un poco la cocina. ¿Estás sorda?...

La muchacha, sin contestar, hace un gesto de resignación, da unos pasos con desgana y se detiene. Unos gorriones han caído a su pies, empeñados en una lucha mortal. Los mira un instante sorprendida, después atraviesa el patio y entra en un cuartucho de madera de donde sale un humo denso.

La mujer que ha gritado llamando a la muchacha es todavía joven, pero ya con esa vejez prematura de los seres gastados por una vida de trabajo y de miseria. Tiene la mirada lánguida, triste, y a pesar de sus gestos agrios se adivina en ella un innato fondo de dulzura. La muchacha es su hija. Casada desde muy joven con un sastre que la sacó de su hogar arrebatándola a la oposición de sus padres, conoció tiempos mejores.

Primero todo marchó bien, con una marcha regular y tranquila. Pero él se cansó pronto. Se dió a la bebida. El negocio se hundió. Vinieron los hijos, Leonor y un muchacho, Enrique. Y llegaron tiempos negros de una miseria vergonzosa.

La vida era una cosa negra y triste, llena de violencia y de crueldad. El mundo una fuerza obscura y ciega, lleno de injusticia y de miseria, donde todo era tristeza, dolor, desdén del fuerte por el débil... Bogaron y bogaron sin ruta y sin destino. Su barca se perdía en la noche y el azar.

Ahora, gracias a algunas ganancias misteriosas del padre y al trabajo de la muchacha, que borda de la mañana a la noche, pueden ir viviendo con más o menos regularidad. La vida se hace un poco más amable, aunque siempre con su fondo triste, lleno de sordidez y de miseria. Pues el muchacho es un degenerado indolente, perezoso, sin voluntad ni hábitos de trabajo, que en vez de ayudar al sostenimiento de la casa se pasa los días durmiendo y las noches en blanco, haciendo una vida completamente nocturna en casas de tolerancia y tabernas innobles. El vicio obscuro y siniestro de las ciudades provincianas retoña en él con esa fuerza prepotente y audaz de los hongos en las tierras húmedas.

La casa que habitan, relativamente céntrica, es un casucho viejo y sórdido. Cuatro piezas pequeñas, semiderruídas, con una cocina y un patio grande, desierto y mondo, donde nunca hubo una planta que pusiera en su pobreza la alegría de una flor. Sólo uno que otro tártago melancólico eleva su copa verde, cercado por una invasión de escobadura y abrojitos que brotan con esa exuberancia agresiva de las plantas parásitas. Al fondo, al final de un caminito blanco, serpenteante, que resalta entre el verde muerto de la maleza, se eleva un cuartito de ladrillos rojos, sin enjalbegar, ostentando por toda puerta un pedazo de arpillera sucia, deshilachada, con grandes tiras sueltas que caen melancólicamente onduladas por el viento...

La campana suena otra vez, menuda, lenta, cantarina. La mujer vuelve a romper el silencio de la casa con su voz agria, suavizada en partes con ligeras notas muelles:

—¡Leonor!... ¡Leonor! Despertalo a tu padre, que ya están en el segundo recreo. ¡Apurate!

La muchacha sale de la cocina, desganada y lenta, y vuelve a entrar en la puerta de antes. La madre advierte:

—¡Tené cuidado; no le hagás ruido al Macho!

Después toma los utensilios que estaba fregando y entra a su vez en la cocina.

El patio queda desierto. Un gorrión baja del algodonero de una casa vecina y empieza a saltar sobre la tierra estéril, buscando desperdicios para su comida. El sol nimba de oro su cabecita agresiva.

Hay una gran pausa de silencio en que la casa parece vacía. Al rato asoma en la puerta un viejecillo gris y encorvado. Eleva al cielo un puño, desperezándose en un gesto que quiere ser de fuerza y es de impotencia, con un acentuado viso ridículo, y toma el camino de la calle...

La mañana va cobrando claridad meridiana. El cielo, sin una nube, se ha vuelto uniformemente azul. Se sienten ruidos lejanos y confusos: el canto de los gallos, el ladrido de los perros, el rodar de un coche. Campanas graves y lentas anuncian a los hombres el paso de la vida.

Todo toma un encanto suave y dulce. Dijérase una alegría hermana de la tristeza apacible que fluye de un paisaje otoñal. El silencio da la impresión de que el tiempo se remansa un instante para seguir después su curso tranquilo, reposado...

El humo que ahora se escapa del cuartucho de madera es un humo blanco con un ligero tono azul, de fuego ya prendido. La mujer aparece otra vez limpiándose las manos en la falda del vestido. Atraviesa el patio y entra en la casa.

— Decime, Leonor...

— ¿Qué, mamá?

— ¿Y Pablo?... Ayer no lo he visto... ¿No vino?

— No.

— Es que...

La mujer se interrumpe como herida por un pensamiento lejano. Toma una costura y, sin saber por qué, se queda mirando el vuelo de una mosca.

La muchacha levanta la vista del bastidor en que está bordando y la mira. En el fondo de sus pupilas, como un relámpago fugaz, pasa una chispita de asombro. Le llama la atención el interés que su madre viene prestando a sus amores. Después, con un leve movimiento de hombros, torna a su trabajo.

Hacía una media hora ya que bordaba en la estancia que en la casa tiene carácter de sala y comedor.

Acostumbran reunirse allí para no estar tan solas en las horas muertas de la tarea común. Es ésta una habitación pequeña y húmeda, con los ladrillos del piso rotos y las paredes sucias. Tiene cuatro puertas: una a la calle; otra al patio y las demás a las estancias laterales, lo cual la hace como el centro de la casa. Pero estas puertas son tan bajas y estrechas que la estancia, a causa de la completa ausencia de sol, siempre tiene un aspecto lúgubre y triste...

Ninguna de las dos mujeres torna por un buen rato a hablar. Reinan algunos instantes de silencio profundo, de una sensibilidad tan aguda que es casi sonoro. Dijérase que palpitara en él, latente, la voz de las cosas inanimadas, dotadas de una vida indudable pero oculta. Ruidos tenues, voces vagas que salen no se sabe de dónde, brotando súbitamente como una música obscura amortiguada por lejanías inverosímiles. Tal la voz de la noche en que el corazón humano cree percibir la rotación de los mundos en el misterio de la creación...

La muchacha de vez en cuando levanta la vista y por la puerta entreabierta mira la calle solitaria. La madre, obstinada, sigue el vuelo de la mosca. De pronto el animalito da un salto y cae en una tela de araña. Se agita allí un instante con un movimiento convulsivo. Después queda inmóvil. Desde un rincón una arañita negra se adelanta para cogerla. La mujer, con un movimiento instintivo, se lleva una mano a la cabeza, saca una horquilla y avanza también. La muchacha, que mira la escena, pregunta:

— ¿Qué vas a hacer?

— Voy a impedir la muerte de esta mosca.

— ¿Y a vos qué te importa eso?

La madre la mira. Vacila un momento. Después, un tanto asombrada, dice:

— A mí... nada... ¿Por qué?

La muchacha, agresiva, torna otra vez a encogerse de hombros y no contesta. Vuelve a bordar. La otra insiste:

— ¿Por qué?

Pero, obteniendo la misma contestación, se encoge a su vez de hombros y se pone a la obra. Y cuando la madre dice:

— Ya está...

Entonces, con una risita irónica, la muchacha dice:

— ¡Ah!, sí; muy lindo!... Para salvar a la mosca matas a la araña de hambre... ¡Muy lindo!

Su risita es punzante, aguda como una lezna.

— ¡No está bien, madre, no está bien! — Y ríe.

La madre, incomodada, se defiende. Y en sus palabras, a pesar de sus gestos agrios, hay un gran fondo de tristeza:

— Todo está mal, hija... todo está mal. Si hacés esto, está mal. Si hacés aquello, está mal. Salvás a uno, está mal. Lo dejás morir y está mal. Callás, está mal. Hablás, pues también está mal. ¡Ni Cristo que lo entienda!...

Y en su cerebro primitivo la crueldad universal se pinta por un momento con caracteres vagos y siniestros. La vida, una cosa obscura, indominable, triste. Una lucha constante, despiadada y cruel, en que las cosas y los seres se devoran unos a otros. Una existencia necesitando de la muerte de mil existencias para subsistir. En todas partes la destrucción, el exterminio y el crimen como las piedras básicas de la vida. El insecto devorando al insecto. El hombre devorando a los hombres. La humanidad presa de un malsano afán de dominación y poderío. Hasta esas plantas permanentemente atormentadas por una repugnante sed de sangre. Y frente a todo esto la justicia como una idea metafísica, sin asiento posible en la realidad.

Había para volverse loca. Fué a hablar, pero su cerebro estaba vacío de palabras y de ideas. Era como si despertara de un sueño. Sus ojos inconscientes empezaron a recorrer el cuarto. Todo se le aparecía con una atracción de cosa nueva, ignorada. La mesa sucia y negra, las sillas rotas, el retrato de un general desconocido que colgaba en un rincón. Después, los almanaques sucios por las moscas; una mariposa atravesada con un alfiler y clavada sobre el marco de una puerta. Hasta los lamparones dejados en las paredes por el revoque caído.

La muchacha seguía bordando. De fuera llegaba el silbato de un tren. Sonaba el martillo de un herrero golpeando sobre el yunque. Un rayo de sol enviaba una puñalada de luz al cuarto en sombra.

Las miradas de la madre se posaron al fin sobre un retrato empolvado y borroso que colgaba al frente de ella. Era un novio antiguo de su hija. Esto le trajo otra vez el recuerdo de sus amores presentes:

— ¿Vendrá Pablo hoy?

La muchacha levantó la vista. Su mirada era fría y dura. Sus labios tuvieron un estremecimiento maligno:

— ¡Estás enamorada de él?

La madre, en el colmo de la indignación y el asombro, fué a contestar:

— ¡Pero, Leonor... por Dios... que...!

Pero la entrada de su marido la interrumpe. Viene éste acompañado de un tipo extravagante, abigarradamente vestido: zapatos de color, pantalones a rayas, chaqueta verde viejo y un sombrero hongo. Y en el cuello, a guisa de corbata, un pañuelo de bolsillo.

— Salud — dijo.

Y siguiendo al viejo pasó al patio. La mujer se levantó y salió también. ¿Quién era el nuevo amigo de su marido? Misterio. Hacía tiempo que el viejo cultivaba relaciones extrañas. Tipos raros y extravagantes desfilaban por su casa. Algunos de mirada triste, cara plácida, revelaban al hombre bondadoso, caído a los bajos fondos de la vida por una ironía del destino; otros, de rostros irregulares, angulosos, y expresión feroz, acusaban al hombre de instintos brutales, nacido del vicio y criado en la miseria y la abyección, lejos de toda protección social.

El viejo nunca los presentaba a su familia. Venían, comían lo que hubiese y se marchaban después. Algunos volvían una o dos veces, y otros, la mayoría, no tornaban a aparecer jamás...

Al salir su madre tras los recién llegados, la muchacha se levantó y empezó a pasear por la estancia. Sin saber por qué una cólera sorda e incontenible le brotaba del corazón. Se sentía impulsada a matar,

a deshacer, a destruir algo. Sintió que una cosa le corría por la frente. Instintivamente se pasó una mano por ella. La miró. La mano estaba toda manchada de incontables puntitos rojos. Dijo:

— Otra vez sudo sangre... ¡Maldito!

Se volvió y ahogó un grito. Un hombre empujó la puerta de la calle y entró seguido de un sargento y un soldado. Era un oficial de policía. Impasible y frío, señaló éste las puertas laterales y preguntó:

— ¿Las hienas?

La muchacha en el colmo del asombro, dijo:

— ¿Qué hie...nas?

— Su padre y «la compaña».

Ella quiso hablar, pero había perdido la voz. A más el oficial imponía silencio llevándose un dedo a los labios. En ese mismo instante el viejo, la visita y la mujer entraron en la estancia.

Los dos hombres, al encontrarse con los policías, quisieron retroceder. Pero el soldado les había cortado la retirada. Y el sargento, que era correntino, decía:

— «¡Desen presos chamigos!»

Ellos se entregaron sin resistencia. Y, en tanto, en una de las puertas laterales aparecía el hijo bostezando ruidosamente. La mujer clamó:

— Pero ¿qué hicieron, Dios mío, qué hicieron?

El soldado dijo, con el laconismo cachazudo característico de la sangre india:

— Hienas, pues.

Y el oficial explicó:

— Roban los muertos... Abren las tumbas en el cementerio y sacan los objetos de valor.

Después, dirigiéndose a sus subordinados, agregó:

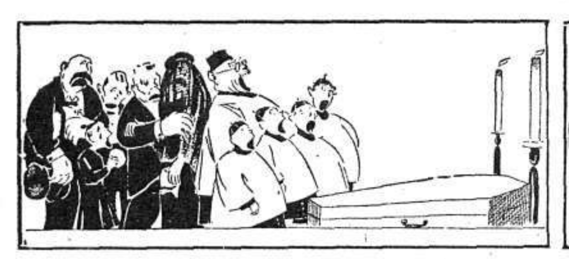
— ¡Andando!...

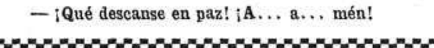
La frente de la muchacha estaba materialmente cubierta de sangre. La mujer lloraba. El hijo apostrofó al padre:

— ¡Canalla!... ¡Viejo inútil!

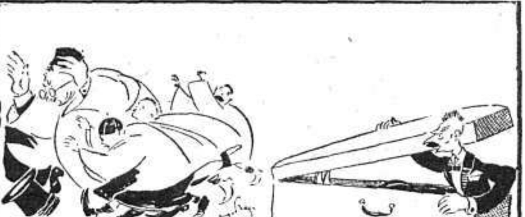
FIN

ENTIERRO DEL BURGUES





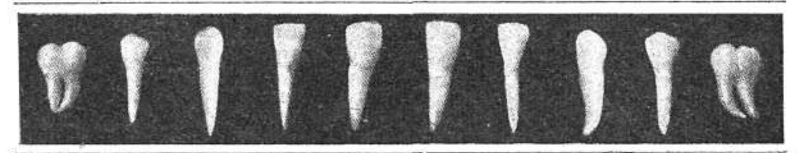
— ¡Qué descanse en paz! ¡A... a... mén!



— ¡Pero cómo quieren que descanse con semejante ruido!...

Blancos y sanos

—sin embargo estos dientes han debido extraerse



Sus raíces fueron destruídas por la Piorrea.

ENCÍAS BLANDAS QUE SANGRAN

¿Piensa usted que basta que sus dientes sean limpios y libres de caries para alejar toda preocupación respecto a su dentadura? Aun siendo sus encías sanas la **PIORREA** puede atacar y destruir las raíces; pequeñas bolsitas se forman alrededor de ellas destruyendo su base y agujereando los dientes.

Resulta por lo tanto que sus dientes se aflojan y caen (o deben sacarse) porque la fijeza de los mismos ha desaparecido. Conserve sus dientes limpios y sanos, pero no olvide la importancia que tiene mantener sus encías fuertes y sanas.

El Polvo PYORRHOCIDE hace ambas cosas: a la par que conserva sus dientes blancos y limpios, fortalece las encías.

PYORRHOCIDE POWDER — PYORRHEA — THE DENTINOL & PYORRHOCIDE Co. NEW YORK

VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

Unicos Agentes: MAYON Lta. - Av. de Mayo, 1245 - Buenos Aires

Fabricantes: THE DENTINOL & PYORRHOCIDE Co. New York

Mándenos el cupón acompañado de 10 centavos en estampillas de correo para remitirle gratis una muestra de polvo Pyorrhocide.

Nombre.. c.c.

Calle y N.º..

Localidad..



En 3 minutos un **vestido nuevo**

¿Cómo?

Comprando un paquete de la maravil'osa ANILINA ALEMANA

VENUS

EXIJASE



ESTA MARCA

única en el mundo que tiñe instantáneamente toda clase de géneros, seda, lana, algodón, sin dañar las telas, por finas y delicadas que sean. No mancha las manos ni los utensilios. Es la única que da los colores más firmes y brillantes. Es la más sencilla, la más económica y la más segura de cuantas se conocen.

SOLICITE POR CARTA MUESTRA GRATIS

Se las remitiremos a vuelta de correo

20 COLORES	Castaño obscuro	Kaki
Negro	Castaño claro	Naranja
Azul marino	Gris perla	Vert-gris obscuro
Violeta	Amarillo	Bleu
Lila	Rosa viejo	Azul celeste
Verde obscuro	Rosa pálido	Colorado
Verde claro	Punzó	Vicuña

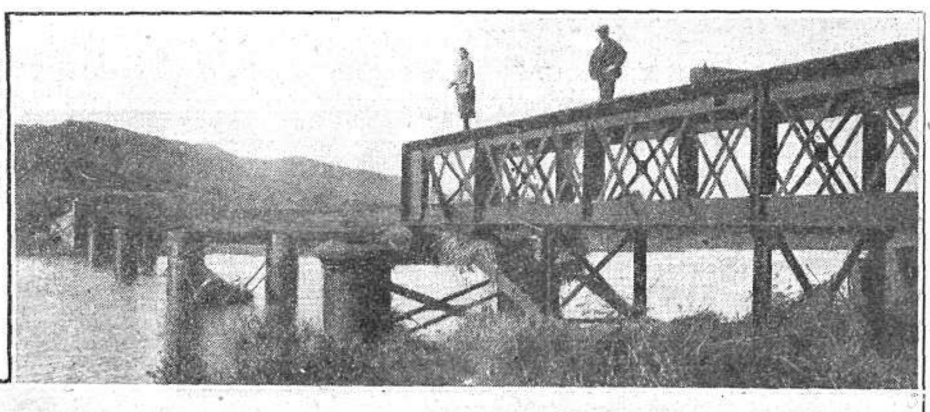
PRECIO DEL PAQUETE: $ 0.80

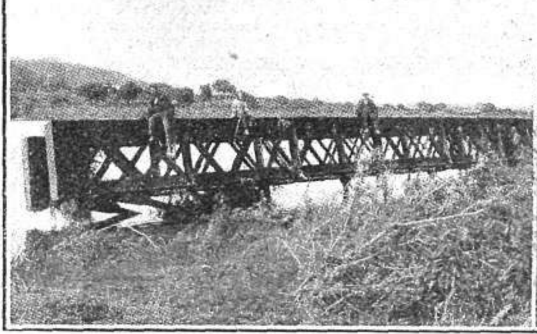
En venta en Farmacias, Droguerías y Ferreterías.

CODINA & Cía. — Tacuarí, 24 — Buenos Aires

De Córdoba

Puente sobre el río Cosquín que permanece destruido con el consiguiente perjuicio, desde la última inundación y que fácilmente podría ser reparado.





Uno de los tramos caídos que ha sido arrastrado por la corriente, pero en perfecto estado y de fácil reposición.

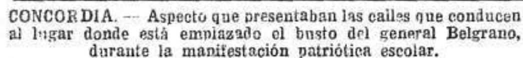


ESTACION CASA GRANDE. — Terraplén derruido, que, a pesar del consiguiente peligro, es utilizado provisoriamente por el Ferrocarril del Estado.

De Entre Ríos







CONCORDIA. — Aspecto que presentaban las calles que conducen al lugar donde está emplazado el busto del general Belgrano, durante la manifestación patriótica escolar.

Niñas pertenecientes a las escuelas locales desfilando ante los monumentos de los próceres San Martín y Belgrano.

LAS CUALIDADES DE UN POLÍTICO

Un político, un gran político, es trabajo, sí; pero es perseverancia, serenidad, ductilidad, intuición rápida, sacrificio íntimo de la vanidad y del amor propio. Un político habrá de comprender que esa resistencia a la innovación es una norma indefectible. Para lograr su ideal habrá de tener una serenidad de ánimo que le permita perseverar en la obra, ver los obstáculos, transigir con la demanda opuesta, con objeto de conseguir algo de la propia; renunciar a un efecto llamativo y brillante de la vanidad... Muchas veces un ministro pundonoroso abandona el poder ante un obstáculo, para salvar su dignidad. Error generoso, pero imperdonable. Cuando hay un designio alto que cumplir se debe llegar al sacrificio de todo, incluso de lo que, *momentáneamente*, puede considerarse como dignidad. Momentáneamente, porque, pasado ese trance, se ve que lo digno, lo noble, lo puro era lo otro: la consecución de un ideal beneficioso para la colectividad social... Y ya tiene usted, querido amigo, resumidas en pocas palabras las cualidades de un político.

Azorín.

PENSAMIENTOS

Los elogios que se nos tributan sirven a lo menos para fijarnos en la práctica de las virtudes.

La naturaleza da el mérito, y la fortuna lo hace valer.

Las almas grandes no son aquellas que tienen menos pasiones y más virtud que las comunes, sino las que tienen más vastos designios.

Muchos defectos que no podría corregir la razón los corrige la fortuna.

ESPECIAL

EXTRA — FINA

PESO NETO 2.180 KLS

PRODUCTOS
CALIDAD
Armour

Con Grasas de Calidad
se preparan ricos platos.



Para que sus comidas adquieran esa fragancia que excita el apetito y ese sabor exquisito y delicado de los manjares preparados con buen aceite, use usted las insuperables

Grasa de Vaca
OLEO MARGARINA
y Grasa de Cerdo pura
Marca ESCUDO

Son de manteca en rama extraída de la mejor parte del animal. Absolutamente puras y bien derretidas.

Su elaboración es perfectamente higiénica. Reemplazan con ventaja al mejor aceite. En Precio, Calidad y Economía no admiten comparación. Probarlas equivale a adoptarlas para siempre.

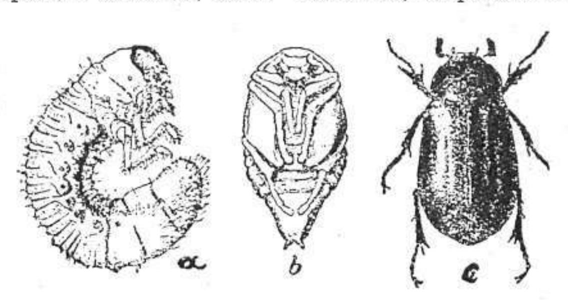
En venta en todos los buenos Almacenes.

FRIGORÍFICO ARMOUR
DE LA PLATA S.A.
SECCION VENTAS:
Ingeniero Huergo esq. Humberto I. — Buenos Aires

AGRICULTURA — INSECTOS NOCIVOS: EL GUSANO BLANCO

Es muy conocido por su gran difusión en todo el país con este nombre o «bicho candado» o «torito» (*Diloboderus abderus*); su presencia se comprueba más fácilmente cuando se encuentra en estado de larva en el suelo, cuando el arado da vuelta al pan de tierra y lo lleva a la superficie.

El «torito» es un coleóptero o cascarudo, como se le llama vulgarmente; el macho es de color negro y se le distingue por un cuernito encorvado en la cabeza; la hembra adulta y fecundada depone sus huevos en el suelo cultivado: alfalfares, praderas o trigales, y de éstos al poco tiempo nacen unos pequeños gusanos que penetran en la tierra y se crían, durando su evolución hasta transformarse en insecto perfecto, de tres a cuatro años; la larva en estado de completo desarrollo es blanquecina, encorvada y con cabeza amarillo-rojiza; en este estado las larvas se alimentan de raíces de las plantas; de ahí los daños que causan a los sembrados, que son mucho mayores de los que causa el insecto perfecto.



Gusano blanco: a) larva; b) pupa; c) insecto perfecto.

Para combatirlos se conocen varios procedimientos; para evitar o limitar su propagación se aconseja dar rotación al terreno invadido, cultivándolo con otras plantas que no sean forrajeras o gramináceas, que son las más atacadas.

Las aradas frecuentes, poniendo en descubierto las larvas, cooperan a su destrucción, pues éstas son devoradas en gran número por las aves; las gaviotas, principalmente, son aliadas del agricultor en este sentido.

Y, en fin, los insectos en estado perfecto y adulto, generalmente se pueden combatir espolvoreando las hojas de los árboles con que se alimentan con «verde de París» o arseniato de plomo, o bien con trampas luminosas, como suelen emplearse para cazar las mariposas de otros insectos.

Como se ve, estos medios no son todos siempre de aplicación práctica y barata, pero de la cooperación colectiva y simultánea de los agricultores depende en su mayor parte la eficacia del éxito.

EN EL JARDIN: LOS GLADIOLUS

Son plantas bulbosas de cultivo fácil por sus pocas exigencias, pues se dan bien en plena tierra, en platabandas, como en macetas, ya para decoración de macizos en los jardines, ya para adorno elegante de salones.

Requieren tierra de mediana consistencia, permeable y fértil; se multiplican por bulbos y florecen a los dos o tres años; su floración es sucesiva y puede durar toda la primavera, verano y otoño, según la época de su plantación, que puede variar desde julio hasta enero; en este mes y en el de febrero llegan los bulbos importados de Europa, y plantándolos en esa época se obtiene una buena y continuada floración durante todo el otoño.

Los bulbos se plantan a distancia de veinte a veinticinco centímetros entre sí y a ocho o diez centímetros de profundidad; las plantas alcanzan de ochenta centímetros hasta dos metros de altura, generalmente, pero hay variedades o razas enanas que no pasan de cuarenta a cincuenta centímetros; las variedades altas exigen tutor para su mejor conservación; los bulbos, una vez que la planta ha florecido y sus hojas se ponen amarillas y empiezan a marchitarse, se pueden sacar del suelo, y una vez oreados se guardan en lugar seco y aireado hasta la época de plantarlos nuevamente; algunos, sin embargo, prefieren dejarlos en el suelo, enterrados durante algunos años.



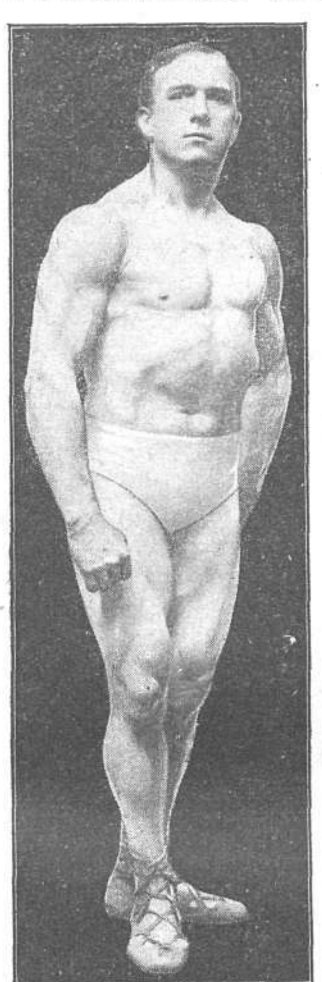
Gladiolus Gandavensis.

Las flores, de aspecto hermoso y elegante por su forma y tamaño, ostentan todos los colores y todos los matices: blanco, amarillo, purpúreo, granate, verdoso, violeta, pizarra y negro, y sus pétalos pueden ser variegados o manchados.

La lista de especies y variedades es numerosa por las hibridaciones a que se prestan y que han creado los floricultores; pueden citarse entre las principales y más renombradas: Gandavensis Augusta, de flor blanca; Gandavensis Hollandia, de flor amarillo salmón; Gandavensis Brenchleyensis, de color escarlata muy vivo, adecuada para macizos; Lemoinei, híbridos de flores manchadas o salpicadas; Crepúsculos, de color violeta; y las numerosas variedades de los gladiolus híbridos Nauccianus, de variada forma y colores bien matizados.

HUGO MIATELLO
Ing. Agrónomo.

Permítame Hacerlo un Verdadero Hombre



STRONGFORT
EL HOMBRE PERFECTO.

¿Se arrastra usted en una penosa existencia día tras día, siempre delicado y quejumbroso — eternamente cansado y dolorido — sufriendo de dolores de espalda, de indigestión, estreñimiento, dispepsia, nerviosidad o agotamiento, etc., con su faz amarillenta y su mirada quebrada? ¿Se han roto sus ilusiones y se ha dejado llevar por el desaliento hacia el abismo de la incapacidad física? Entonces usted es a quien quiero ayudar.

REHAGASE

Tome ánimo — aun puede recobrar lo perdido — todavía le quedan recursos. Puede restaurar su vigor y virilidad, su salud y fuerza. Está en su mano sobreponerse a la debilidad que le está minando su cuerpo y consumiendo su mente. Puede usted extirpar el resultado de sus malos hábitos y abandono, llenar nuevamente su espíritu con entusiasmo, tener buen éxito en la vida y quedar rebosante de salud.

No es demasiado tarde. Hay esperanzas. No importa cómo ha contraído el estado deficiente de su físico, ni tampoco cuántos métodos ha probado en vano, o cuántas desilusiones haya sufrido. Usted puede ser rescatado de la masa de la humanidad doliente y ser convertido en un dechado de magnética potencia varonil.

YO PUEDO CREARLO DE NUEVO

No hay la menor duda. Sé que mis métodos científicos lo transformarán en un hombre al 100 %. He ayudado y estoy ayudando a miles de hombres y mujeres, muchos de los cuales habían abandonado toda esperanza de ponerse bien. Puedo hacer lo mismo por usted. No tengo píldoras ni polvos, drogas ni narcóticos que prescribirle. Tampoco artificios fantásticos, ni tratamientos disparatados, ni dieta o monótona y costosa rutina. Mis métodos son seguros, razonables, científicos — basados en los simples e inmutables principios de leyes naturales. Son principios que he usado en el desarrollo de mi persona, y gracias a su eficacia he obtenido el Primer Premio del Mundo como modelo de perfección física y buena salud. Contemple mi retrato y note la evidencia de mi constitución de hierro. Usted puede ser como yo, si lo quiere, por medio de la aplicación de los mismos principios maravillosamente efectivos que me han dado tan buen éxito. Yo deseo ayudarle — puedo reconstituirlo, rehabilitarlo, restaurándolo con el

ESTRONGFORTISMO

La Ciencia Moderna de la Promoción de la Salud

El **Estrongfortismo** va directamente a la causa, y la excluye. El **Estrongfortismo** purificará y enriquecerá su sangre, vitalizará sus nervios, fortificará su corazón y sus pulmones; le regularizará las funciones del estómago, hígado, riñones e intestinos, así como las de todos los órganos vitales. El **Estrongfortismo** estimulará su *circulación*, *revificando las células* que forman sus músculos y médulas. El **Estrongfortismo** eliminará toda secreción venenosa que se le haya acumulado en el curso de los años en todo su organismo, dejándolo limpio y normal **interior y exteriormente.**

VENGA HACIA MI CON LA FE DE UN HERMANO

Dígame sin reticencias los más íntimos secretos de su corazón. Puede dármelos a conocer con plena fe, que yo jamás los divulgaré. Venga hacia mí con sus problemas, como iría a su padre, madre o a su más íntimo amigo. Yo le enseñaré el camino de su liberación por medio del **Estrongfortismo** — la luz de la esperanza hacia la Salud, Felicidad y el Buen Exito. Tan pronto como acepte el **Estrongfortismo**, usted entrará en una vida nueva. Los resultados son inmediatos y positivamente emocionantes. Usted sentirá qué rica sangre pulsa entre sus venas; adquirirá aplomo, confianza, y una personalidad magnética. Sentirá que nueva fuerza se va desenvolviendo en cada órgano. Personalmente le garantizo su buen éxito, ya sea usted joven o de edad madura, y cualquiera que sea su ocupación y medio ambiente.

Envíe por mi Libro Gratis

"Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental", el cual es el libro más interesante e instructivo que jamás haya leído. Le dirá en lenguaje claro y fácil de comprensión cómo puede usted librarse de todos sus males — sobreponerse a su debilidad y volverse un espléndido tipo varonil, robusto, magnético y un hombre al 100 %. Este libro es absolutamente gratis. Simplemente marque en el cupón las materias sobre las cuales desee una consulta gratis, escribiendo los detalles de algún mal adicional al calce para darle ***información especial y confidencial.*** *Sírvase incluir* 20 centavos a fin de pagar el franqueo, empaque, etc. Este libro es un hacedor de hombres, un verdadero salvavidas. Envíe por él **Ahora Mismo** — HOY.

LIONEL STRONGFORT

276, Strongfort Institute (Fundado en 1895)
Newark, N. J., E. U. de A.

Especialista en Perfección Física y Salud

Nota Especial. — Lionel Strongfort, el Famoso Atleta y Especialista en Cultura Física y Métodos para la Salud, ha obtenido resultados sorprendentes con la aplicación de los Principios del Estrongfortismo. Millares de sus discípulos en todo el mundo han dado testimonio de los beneficios recibidos bajo su dirección. Disfruta de excelente reputación en su profesión, y se puede estar cierto que siempre cumple con lo que promete.

Corte y envíe por correo este cupón
CUPON DE CONSULTA GRATIS

Mr. Lionel Strongfort, 276, Strongfort Institute, Newark. N. J., E. U. de A. — Tenga la bondad de enviarme su libro **"Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental"** para cuyo porte incluyo 20 ctvs. He colocado una X delante de las materias en las cuales estoy interesado.

..Resfriados	..Barros	..Caída del cab.
..Catarros	..Espinillas	..Vista débil
..Asma	..Pies planos	..Mala circulación
..Romadizo	..Desórdenes del estómago	..Corazón débil
..Dolores de cab.	..Estreñimiento	..Enfermedades de la piel
..Hernia	..Hígado entorpecido	..*Decaimiento*
..Lumbago	..Indigestión	..Cargado de espalda
..Neuritis	..Nerviosidad	..Espalda débil
..Neuralgia	..Obesidad	..*Prostatitis*
..Diabetes	..*Neurastenia*	..Respiración corta
..Insomnio	..Mala memoria	..Molestia pulmonar
..Pecho deprimido	..Debilidad	..Desarrollo muscular
..Deformidad (descríbase)	..Pérdidas vitales	..Afición a narcóticos
..Felicidad cony.	..*Hábitos sec.*	
..Hijos lozanos	..Gran fuerza	
..Virilidad restaurada	..Reumatismo	
..*Aumento talla*	..Bilis	
	..*Gastritis*	

(SIRVASE ESCRIBIR CON CLARIDAD)

Nombre..

Edad..

Calle..

Ciudad..

Importante. — El franqueo de una carta para los Estados Unidos cuesta 5 centavos.



MERCEDES.—El doctor Lorenzini leyendo su conferencia sobre «Mutualismo, Ahorro y Cooperación» en los salones del colegio nacional.

El presidente de la comisión Pro Ambulancia y Salas de primeros auxilios, señor Domingo L. Blanco, pronunciando el discurso con que fueron inauguradas estas dependencias.



MERCEDES.—El doctor Lorenzini leyendo su conferencia sobre «Mutualismo, Ahorro y Cooperación» en los salones del colegio nacional.

El presidente de la comisión Pro Ambulancia y Salas de primeros auxilios, señor Domingo L. Blanco, pronunciando el discurso con que fueron inauguradas estas dependencias.

Necrología



Señor Ramón E. Riambau. — Montevideo.



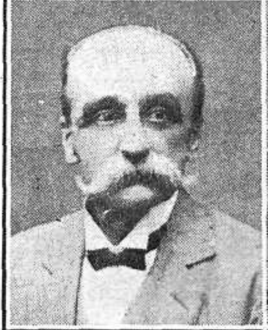
Señor Pascual Forestiero. — Capital.



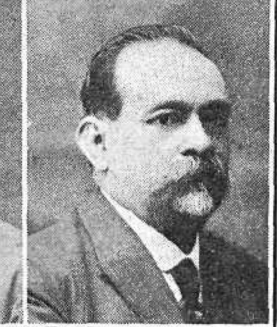
Señora Jacinta S. de Villamayor. — Capital.



Señor Julián Gómez. — Avellaneda.

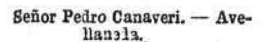


Señor Luis de Fonteynes. — Capital.



Señor Lindor Delfino. — Corrientes.

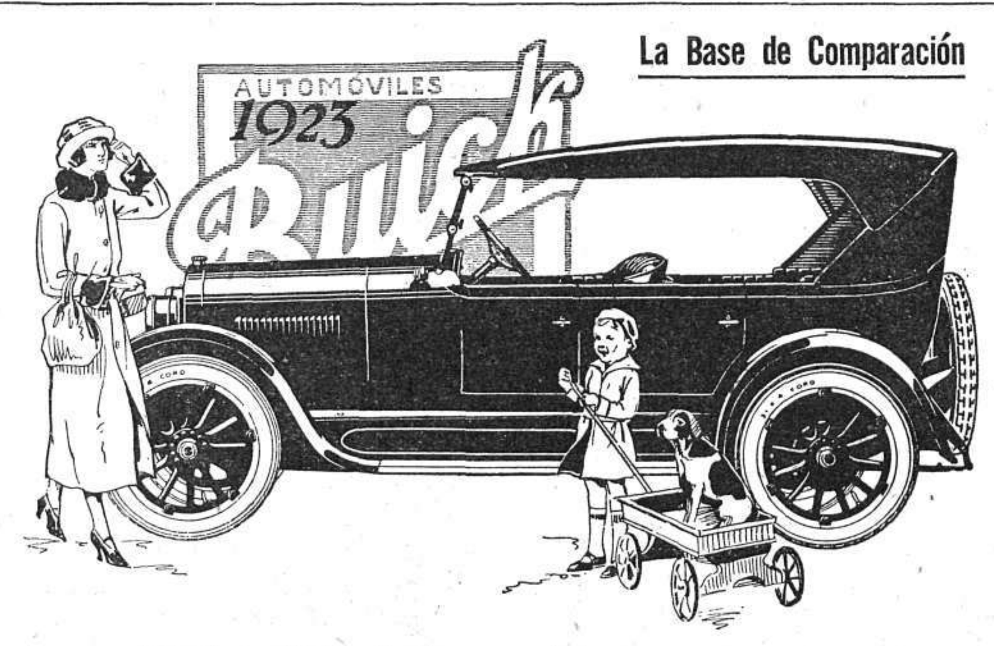




Señor Pedro Canaveri. — Avellaneda.



Señor José O. von Oertel. — Capital.



El análisis de las condiciones financieras de los miles y miles de poseedores de automóviles BUICK hace resaltar que el gran porcentaje de <u>ELLOS PUEDEN ADQUIRIR AUTOS MUCHO MAS COSTOSOS.</u>

Estos conocedores, sin embargo, han elegido BUICK porque ya BUICK les ha demostrado que provee un alto grado de confort, un aspecto elegante, poder extraordinario y, en fin, un resultado práctico que satisface ampliamente, tanto que juzgan innecesario gastar más.

SOLICITE CATALOGO X 23

HENRY W. PEABODY & Co.

BARTOLOME MITRE, 1746 - Buenos Aires

NEW YORK
LONDRES

TALLERES
BOLIVAR, 1650

LA CAJITA FATAL

Y te es imposible averiguarlo?

— Completamente imposible. Han fallado todos los recursos de mi abundante estrategia, Juan Alberto.

— Pues... si con tu facha de buen mozo, tu porvenir de hombre de negocios y tu prestigio de Don Juan no has podido hacerla decidir, es... que no te quiere.

— Quizá; en cambio yo la adoro, no sonrías, verdaderamente y seriamente.

Juan Alberto Morris contempló un instante a su amigo.

Este, sonriendo forzadamente, agregó:

— «El diablo sabe por viejo»; a ti, viejo diablo, vengo a pedirte ayuda.

— ¿Es entonces grave tu enfermedad?

— Muy grave.

— Pues oye, Iván Saleir; acércate.

Y durante un largo rato los dos amigos cuchichearon animadamente.

En la casa de campo de la familia Arriechazaga un núcleo de invitados, que pasaba en aquel rincón tucumano sus vacaciones de invierno, reunido en el hall charlaba animadamente. El tema parecía interesar y ser universal, ya que todos lo discutían y tenían observaciones o datos con que avivar la hoguera de la charla.



— No sé en realidad si será amor — decía Abel Albech. — Iván no ha estado nunca enamorado que sepamos nosotros, nuestro círculo, y pudiera ser que en él la pasión se presentara con síntomas lúgubres. ¿Qué opina Martita?

— No sé por qué pide mi particular opinión — dijo fríamente Marta Arriechazaga, una mujercita de cabellos castaños y grandes ojos negros.

— Creí que usted pudiera darnos un detalle más para confirmar que Iván está enfermo de epidemia.

— No sea que yo me vacune contra eso que tú llamas epidemia — susurró Ivón, su novia, pellizcándolo. — Creo que allí llega el interesado; se oye su voz; interroguémosle — y picarescamente se volvió hacia Marta, que encogióse de hombros.

Iván entró en el hall; su traje de montar traía señales de un reciente percance; sucio de tierra y algo desgarrado, hacía un perfecto juego con la cara pálida del mozo.

— ¿Qué le ha pasado? — preguntó don Carlos, el dueño de la casa. — ¿Lo tiró el potro?

— Oh, no — sonrió débilmente Iván; — fué la cajita. Con permiso.

Y subió a cambiarse.

Horacio Morris habíase incorporado violentamente, y cuando la figura de Iván se perdió en un rellano de la escalera, sentóse nuevamente murmurando: — Sería horrible, no puede ser; discúlpenme un momento. — Y siguió a su amigo.

En el hall la curiosidad sentó sus dominios; los comentarios volvieron a recrudecer y hubo un momento de expectativa cuando Iván y Horacio aparecieron nuevamente en el hall.

En los ojos de las cuatro mujeres y los seis hombres que allí estaban mirando a los dos amigos, había un interrogante idéntico.

Marta fué la que inició el fuego, preguntando con escéptica sonrisa.

— ¿Qué es lo que le pasa a usted? ¿Algún sindicato lo persigue?

— No es eso — murmuró Iván. — Si pudiera decirlo, pero parece tan increíble, tan horrendo.

— Caramba — gruñó don Carlos. — ¿Sabe usted que nos pone inquietos? ¿Qué peligro podría amenazar a usted aquí, en esta casa?

Iván permanecía en silencio; Horacio, tocándolo en el hombro, arguyó:

— Ya que has sido tan imprudente hablando, sufre las consecuencias; cuéntalo todo, y lo que ha de suceder que sea.

El círculo formado en torno a la chimenea ensanchóse un poco, Iván sentóse sobre la alfombra, cerca del sillón de Marta, entre ésta e Ivón; luego, contemplando fijamente las llamas, comenzó su historia.

— Yo les pido que crean en mi sensatez; no he sido nunca un exagerado ni un iluso, y creo todo lo que veo; quizá por eso deseo a veces que se me de muestre lo que no veo.

Ivón miró a Marta y tosió ligeramente.

— Por eso en mi reciente viaje por Europa, al tomarme la noche en la campiña manchega, hube de buscar abrigo y solo hallé cercano un caserón sombrío rodeado de inculto jardín y que parecía, para mi desconsuelo, abandonado.

« No quiero alargar mi relación con el detalle de la anciana y rara pareja que abrióme el portalón de roble tallado y con herrajes, no sin que desarticulara el aldabón en una serie de llamados a lo viajero perdido; ni con la descripción del aspecto de abandono y misterio de la casa toda. Sólo diré que a mi pedido de hospitalidad respondieron los viejos que sólo existía habitable una estancia en la casona, y que de esa estancia la leyenda de algo trágico y fantasmagórico ahuyentaba a todos.

« Parecióme hallar miel sobre hojuelas, según el castizo dicho, ya que mi cansancio iba a amenizarse con un par de fantasmas castellanos. Y conste que Castilla es una de las regiones donde la goecia tiene más adeptos; así, por lo menos lo asegura Roso de Luna; y mostréme, pues, decidido a pasar la noche en el cuarto rojo, como le llamaban mis dos viejos aunque nada de rojo hubiera en él.

« Dormí allí y soñé con fantasmas y crímenes horrendos y hechos truculentos de los que me libraba siempre una silueta indefinida. Por último, un joven penetró en mis sueños perseguido muy de cerca por un hombre de hirsuta barba que empuñaba un gran cuchillo; no sé cómo intervine en esa contienda semisoñada, y desvanecido el matón del cuchillo pude percibir claramente la figura del joven que me mostraba una cajita de plata, delicadamente cincelada, mientras me decía:

« — Por tu buena acción te regalo esta cajita; ella te logrará tres deseos.

« Pero como un mal eco, la voz del trapalón del cuchillo agregó:

« — Y por cada uno de esos deseos logrados, una desgracia de igual magnitud.

« Desperté de madrugada, satisfecho de la noche, y ante los estupefactos ojos de los viejos guardas de la casa, antiquísima y más fea a la luz del día, que me debían creer llevado por los demonios, comíme una rica tortilla de chorizo, mientras recordaba con rara claridad la postrer parte de mi sueño fantasmagórico.

« Despedíme de mis anfitriones, y sólo al embarcar en Vigo recordé mi aventura.»

La voz del narrador habíase apagado. En las sombras crecientes del crepúsculo las llamas bordaban raras filigranas rojas. Todos callaban; hasta la riente Ivón parecía contagiada de la angustia de los acentos de Iván.

— Arreglando mi camarote, de mi viejo saco de viaje que me acompañara en mis correrías por las carreteras de Europa, cayó un objeto pesado; lo recogí, lo miré con asombro y algo como un estremecimiento de espanto recorrió mis nervios. ¡Era una cajita de plata! La que había visto en sueños.

Un escalofrío corrió por la piel de las mujeres, mientras los hombres sonreían procurando simular su emoción con una mueca de escepticismo.

— Quedé asombrado. Confieso que con algo de miedo, y durante ese día y la noche pensé seria y largamente en el hallazgo, recordando la promesa del donante y la amenaza pareja.

« Estaba por la mañana acodado en la borda contemplando la cajita, cuando casi inconscientemente murmuré: «Cómo desearía saber la verdad».

« Inmediatamente un marinero surgió de no sé dónde y me miró sonriente. Era el joven de mi sueño; no tuve tiempo para hablar, pues me sentí precipitado al mar, y gracias a mis conocimientos natatorios y a la pronta detención del buque no perecí en el mar.

« Al entrar en mi camarote para cambiarme, la cajita estaba allí, sobre la mesa. En cuanto al marinero... no figuraba en la tripulación. »

En ese momento se sintieron pasos; eléctricamente todos los circunstantes se volvieron; era el mayordomo que, inclinándose ante Iván, anunció:

— El caballerizo informa que el potro no tiene nada absolutamente.

— Gracias — contestó Iván. — Continúo. Para no expresar ningún deseo y rehuir el peligro, guardé la cajita en el fondo de una valija, pero esta tarde... tenía, quería pedir algo, y me la eché en un bolsillo del «brech».

«Al regresar de mi paseo, sin haber tenido oportunidad de expresar deseo alguno, me puse a contemplar por unos momentos la cajita y me pareció que el fondo se movía. Mas el caballo, inquieto, no me dejaba examinarla; fué entonces que, impaciente, exclamé:

« — Así te quedaras quieto un momento.

« Créanme; el animal se desplomó tan repentinamente que fuí a dar con un montón de piedras; merced a mi ropa gruesa no me he causado heridas graves; comprobé, sin embargo, que la caja era maciza, y cuando la guardé en el bolsillo el caballo incorporóse fresco y sano como si nada le hubiese pasado. El mayordomo acaba de informarnos al respecto.

« La cajita de plata me ha mostrado por segunda vez su poder y su maleficio.»

Un corto silencio, corto pero pesado, acogió las últimas palabras de Iván; Abel murmuró: — Le queda solo un deseo; cuídese.

Ivón y Marta se miraron cambiando una incrédula sonrisa, mientras Iván mostraba una pequeña cajita de plata de bella construcción y cincelado.

— ¿Por qué no expresa su tercer deseo? — preguntó Ivón con punzante tono.

— Eso es lo que haré. Reconozco que fuí en mi vida un veleta y casquivano; que me burlé de cosas bellas y no creí en buenas cosas; pero hoy, arrepentido, no quiero ya continuar en la duda; expresaré mi deseo; como en él encierro la esperanza de mi vida toda, la magnitud de la desgracia que me amenace será insuperable, pero...

— Eso — rió Marta.

Para vivir penando
prefiero morir.

Iván levantó cuidadosamente la caja que despedía, tocada por la luz de las llamas, rojos destellos; su mano derecha buscó discretamente la mano de Marta y la tomó resueltamente impidiendo que la retirara; luego exclamó en alta voz con un extraño acento que crispó a los oyentes:

— ¡He deseado!

Un estrépito de cristales rotos tronó en el hall; el viejo don Carlos saltó hacia el atizador de la chimenea diciendo en vascuence cosas intraducibles; las mujeres gritaron, los hombres, semiincorporados en sus sillas, pálidos pero resueltos, esperaron; entonces la puerta se abrió y un bulto apareció en la penumbra.

Iván, que permanecía sentado al lado de Marta, sobre la alfombra, intentó incorporarse, pero el brazo de ella rodeó su cuello y la voz de Marta, cálida, palpitante de amor y de angustia, gritó:

— ¡No, no quiero que mueras, Iván, no quiero!

— Uff — dijo el bulto; — que frío hace afuera. Ese endemoniado gato acaba de romper otras dos campanas de melones, tío. ¿Por qué no prenden las luces?

Y Juan Alberto Morris concluyó de desenrollar su bufanda sacándose el sobretodo, y dió una vuelta a la llave eléctrica.

En el hall hubo un momento de asombro; luego Ivón desgranó la escala de su risa gritando: «¡Bien jugado!» Marta, intensamente sonrojada aún, tenía su mano sobre un hombro de Iván y éste, arrodillado, mirando a don Carlos que blandía el hurgón, preguntó, mientras abría la cajita de plata en cuyo interior brillaba un cintillo de diamantes:

— ¿Me permite usted?...

La comida de esa noche convirtióse en una cena de noviazgo.

Y durante el café, en el «fumoir», mientras la pareja en un rincón de la sala hacía su primer «aparte», Juan Alberto sonreía:

— Muchachos, imaginación es lo que se necesita. Un poco de imaginación para crear un «peligro de cuento» y «ellas» se descubrirán ante el momento supremo.

— Hombre — murmuró Abel. — Sabe usted donde compró Iván esa cajita.

H. FERNANDEZ MENDEZ



DIBUJOS DE FIORAVANTI

Jugadores del Córdoba y Tucumán Lawn Tennis Club que tomaron parte en el torneo interprovincial celebrado en conmemoración del aniversario patrio.

Aspecto del teatro Odeón durante la gran velada literario-musical realizada el 25 de Mayo.

Distinguidas señoritas que asistieron al te danzante efectuado en los salones del Círculo.

Uno para el otro

Los discos Victor son hechos para ser tocados en las máquinas parlantes Victrola; igualmente las máquinas parlantes Victrola son fabricadas para tocar los discos Victor; usándolos conjuntamente hay esa belleza en su reproducción que no puede conseguirse usando discos y máquinas que no han sido hechos el uno para el otro.

Cualquier comerciante Victor le hará conocer gustoso la variedad de modelos de la Victrola y las últimas novedades en discos Victor.

Victrola

Victor Talking Machine Company
Camden, N. J., E. U. de A.

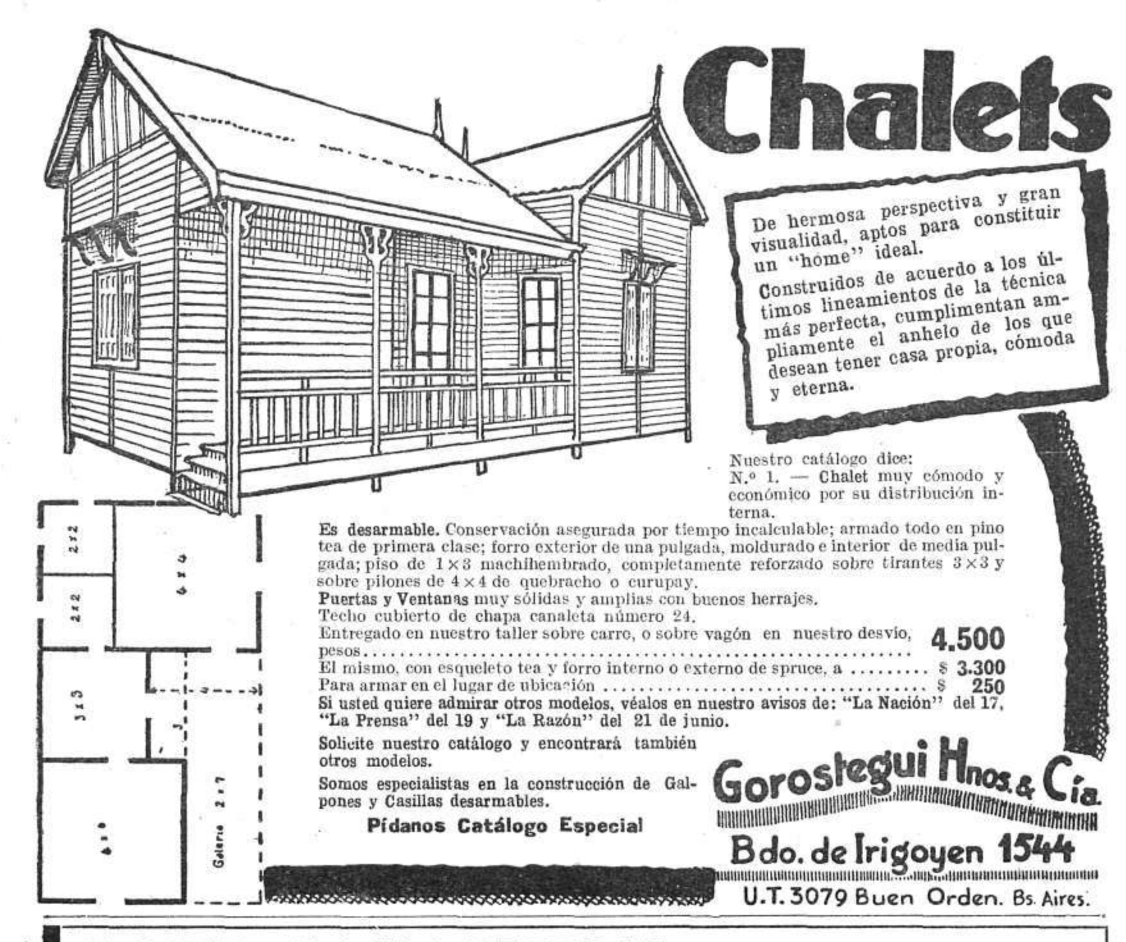
Revendedores Viector en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.



DISTRIBUIDORES:

PRATT & Cía.
626, Sarmiento, 636. Bs. Aires

DELLAZOPPA & MORIXE
Plaza Independencia, 733. Montevideo



LOTERIA NACIONAL

PROXIMOS SORTEOS: 21 y 28 de junio. .... **$ 80.000**

Billete entero, $ 16.25; quinto, $ 3.25. A cada pedido agréguese $ 1.— para gastos de certificado y extracto oficial.

El 10 de julio se efectuará el gran sorteo extraordinario con premio mayor de **$ 300.000.** El billete entero vale $ 56.—; el décimo, $ 5.60. A cada pedido debe agregarse $ 1.— para envío de certificado y extracto. Tratándose de un sorteo de importancia recomiendo a mi distinguida clientela hacer sus pedidos con la mayor anticipación posible a fin de poder hacer los despachos como siempre a vuelta de correo. Correspondencia, órdenes y giros bancarios o postales enviarlos a L. A. RODRIGUEZ. — 25 de Mayo, 140 — Buenos Aires.

15 años usando remedios sin resultado práctico

En 8 meses curado con el "HERCULEX"

Buenos Aires, Marzo 31 de 1923.

Compañía Sanden. — Presente.

Muy señores míos: Por la presente, me es grato dejar constancia de que habiendo usado durante 8 meses su FAJA ELECTRICA han desaparecido completamente los dolores que sentía antes en la espalda; por los cuales he estado usando durante 15 años toda clase de remedios sin ningún resultado práctico.

Ahora, gracias a su Faja, me encuentro completamente bien en todo sentido.

Sin más, saluda a Uds. muy atentamente S. S. S.

Firmado: **Jacobo Larsen.**

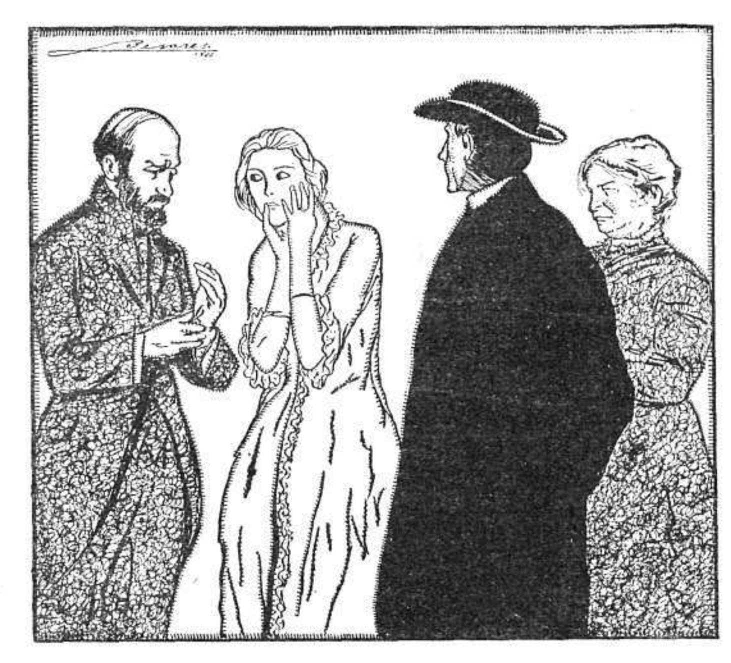
Calle Navarro, 3251 — Villa Devoto (Capital Federal)

Pida sin pérdida de tiempo nuestros libros SALUD y VIGOR, donde hallará la explicación detallada de cómo puede usted curarse de su enfermedad en su propio hogar, mientras se halla durmiendo y sin desatender sus ocupaciones. Son gratis para los enfermos que los soliciten.

Todos los testimonios que publicamos están a la disposición de las personas que quieran pasar a inspeccionarlos.

HORAS DE OFICINA: DE 9 A 18.

Compañía "SANDEN" - C. Pellegrini, 105 - Bs. Aires



LA PATA DE PALO DE SU SEÑOR PADRE

(SENCILLISIMO DRAMA FAMILIAR)

por Newman Levy

DIBUJO DE BESARES.

Por la mañana temprano. La escena, que se desarrolla del modo más sencillamente moderno, simula un pintoresco bohío. Sin embargo...

El lugar aparece manchado por diversas «decoraciones» de azul pálido, amarillo sucio, rojo atrevido y púrpura chillona. Muy tropical todo. No es difícil ni figurárselo ni representárselo así.

En un extremo de la escena se halla sentada una mujer ataviada con un blanco batón muy vaporoso; su espesa y rubia cabellera cae suelta por sus espaldas carnosas y desnudas, aurolendola de una dorada majestad salvaje.

Empero, si usted, siendo espectador, consulta su programa, descubrirá, con la natural sorpresa, que el episodio se desenvuelve en una habitación del East Side Tenement de la ciudad, o sea el lado este, en el hogar de Hedwig Binswanger, mujer de su casa.

Al descorrerse la cortina se oirá la rítmica vibración de algo parecido a un tambor.

HEDWIG (*quejumbrosamente*). — ¡Mi día de bodas! ¡Oh, Dios mío! (*Entierra su rostro en ambas manos.*) Soy la más feliz de todas las muchachas del mundo.

SEÑORA BAUMGARTEN (*vecina inmediata, una mujer de aspecto desmañado y sucio, con signos evidentes de haber empinado el codo. Con tono de pésame*). — ¿Todo listo ya para la boda? Yo siempre digo: lo que no tiene remedio dejarlo que suceda cuanto antes. Los malos tragos... ¿Dónde anda tu hermoso novio?

HEDWIG. — Paúl fué a la barbería. Va muy a menudo a que lo afeiten.

SEÑORA BAUMGARTEN (*moviendo la desgreñada cabezota afirmativamente*). — Sí, sí; ya sé. Los hombres son todos iguales. Primeramente a que los afeiten; luego necesitan los servicios de la manicura; tras de esto vienen las lociones al cabello y después... después...

HEDWIG (*con ansiedad*). — Y después ¿qué?

LA SEÑORA BAUMGARTEN (*con misteriosos gestos trágicos*). — Después los masajes faciales.

HEDWIG. — ¡Dios mío! (*Con resuelto fatalismo*). ¡Ah! El río siempre está cerca para arrojarme.

REVERENDO STOKERS (*penetrando en el habitáculo. Es un largo y extenuado clérigo — pastor anglicano — que da la apariencia del desmayo consuntivo. Ni la novia Hedwig ni la señora Baumgarten, sentadas frente a frente, prestan atención al visitante*). — La negra noche me envuelve con su tenebroso manto. La niebla espesa me ronda igual que una mortaja. Salud, si es posible. (*Tose*). Si yo pudiera ver otra vez las montañas y sentir la fresca y limpia brisa azotando mis mejillas... (*Volviéndose con brusquedad hacia Hedwig*). ¿Está todo preparado para la ceremonia? ¿Dónde está el prometido?

PAÚL (*entrando*). — Aquí estoy. (*Paúl Reichman es un capitán retirado con medio siglo a costillas, calvo, con una enmarañada barba roja. Viste jaquet color guisante con botones de latón y se le advierte la cojera. Aparece en el centro de la escena con la faz demudada... Algo terrible ha sucedido*).

VARIAS VOCES DE LOS CIRCUNSTANTES. — ¡Oh! ¡Ah! ¡Sí! ¡El!...

PAÚL. — Voy a decir: no se cuente conmigo para nada.

SEÑORA BAUMGARTEN. — ¿Qué quiere usted decir? ¡Explíquese!

PAÚL. — Que no puedo casarme. Yo no soy un buen hombre.

HEDWIG. — Paúl... ¿qué tremendas insinuaciones estás lanzando? ¡Ay!

PAÚL. — Yo pensé que podría valérmelas bien contigo; pero ahora que reacciono me parece imposible, querida. Esta maldita cojera...

HEDWIG (*rememorando dolorosamente*). — La nodriza te dejó caer de sus brazos cuando eras bebé.

PAÚL (*con amargura*). — Así me lo han contado y así lo creo. El accidente no me deja lugar a duda. Una noche, cuando estábamos anclados, se desarrolló un formidable incendio a bordo del barco. Yo fuí envuelto por la sofocación de la densa humareda; luego las llamas voraces avanzaron culebreando y...

HEDWIG (*temblando*). — ¡Oh, mi Paúl!

PAÚL. — Cuando volví en mí me hallaba en una cama del hospital. Una *nurse*, semejante a un espectro blanco, perfilábase a mi cabecera. Y me dijo: Perfectamente, capitán; usted tiene su magnífica pata de palo intacta... con ligeras escoriaciones nada más. Cuando ella enmudeció, observándome, de un rápido manotón, ¡tras!, me destapé todo y miré.

SEÑORA BAUMGARTEN (*excitándose*). — ¡Basta, basta, por la salvación eterna!

PAÚL. — La *nurse* me había recitado el Evangelio. ¡Por primera vez me di cuenta de que tenía una pata de palo!

(*Tensión en el auditorio. Silencio solamente interrumpido por el cargante tom-tom de la música-parche que suena cada vez más cerca.*)

SEÑORA BAUMGARTEN (*avalanzándose sobre las espaldas del perniquebrado.*) — ¡Paúl, Paúl! ¡Mírame, contémplame! ¿No me reconoces?

PAÚL (*como herido por un punzante recuerdo*). — ¡Mi Dios, ésta es mi madre!

SEÑORA BAUMGARTEN. — ¡Ay, ay, mi Paúl! Yo quiero compartir contigo mi vergüenza ahora. Ese temor me hizo abandonarte antes. Pero yo quiero que lo sepas todo. Oyeme. Yo me casé con tu padre cuando sólo contaba diez y seis primaveras, ¡ay! Hubo oposición por parte de mi familia, mas yo era inocente y me confié a él. A los tres años de casada descubrí, una noche, que mi marido poseía una pata de palo.

PAÚL. — ¡Horrible!

SEÑORA BAUMGARTEN. — ¡Ay, Paúl! Yo escapé de mi casa llena de terror y vergüenza. No dejé mi dirección porque no quería que nadie conociera mi desgracia. Al mes nacías tú... con una pata de palo.

HEDWIG (*patéticamente*). — ¡Oh, Paúl, mi queridísimo! Yo me casaré contigo sea como sea.

PAÚL (*estoico, fríamente desesperado*). — No puede ser. Yo considero la posteridad. Debemos considerar que echar al mundo pobres muñecos desvalidos con su impedimenta de madera es un crimen.

(*Gira sobre el maderamen artificioso de su pierna y va a hacer mutis.*)

REVERENDO STOKERS (*deteniéndole con un gesto*). — ¿Adónde vas?

PAÚL (*significativamente*). — Al canal del molino.

REVERENDO STOKERS (*apretándolo aparatosamente entre sus brazos*). — ¡Paúl! ¡Mi querido! Yo soy tu padre, el hombre que tan cruelmente engañó a tu madre.

SEÑORA BAUMGARTEN. — ¡Otto!

REVERENDO STOKERS. — Sí, Otto. Pero todavía no es demasiado tarde para castigar mi crimen. Vamos, Paúl; vámonos derechos al canal.

(*Salen ambos, tiesos, graves, marcando un extraño compás con sus patas de palo.*)

SEÑORA BAUMGARTEN. (*Oyendo una detonación, mira hacia el inmediato cuarto y advierte a Hedwig tendida en el suelo, desangrándose*). — ¡Oh, Hedwig! ¿Te has suicidado, desdichada?

HEDWIG (*desde la otra habitación, incorporándose y echando ambas manos a una rodilla. Asustada.*) — No, tranquilícese; pero me he inutilizado la pierna derecha para que me la amputen.

SEÑORA BAUMGARTEN (*sin comprender*). — ¿Y?...

HEDWIG. — Ande; llame a Paúl. No irá muy lejos todavía.

SEÑORA BAUMGARTEN. — Tranquilízate. El canal no lleva agua. Pero no comprendo.

HEDWIG. — Muy sencillo. Ahora, en igualdad de circunstancias, Paúl no tendrá inconveniente en casarse conmigo.

SEÑORA BAUMGARTEN. — Pero... (*Reflexionando unos instantes*). ¿Y si después salen los hijos con dos patas de palo?

HEDWIG. — Precisamente. Con las dos patas de palo iguales no cojearán.







Mande su dirección y recibirá gratis un manual para aprender a escribir a máquina y folletos explicativos de los cursos que enseñamos por **correspondencia.**

TENEDOR DE LIBROS, CONTADOR MERCANTIL, TAQUIGRAFIA, CORRESPONDENCIA, ORTOGRAFIA, CALIGRAFIA, AGRIMENSURA, ARITMETICA, MECANICO, ELECTRICISTA, DIBUJO MECANICO, DIBUJO ARTISTICO, CHAUFFEUR, CONSTRUCTOR, VENDEDOR, MAQUINISTA.

Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

1059, LAVALLE, 1059 — BUENOS AIRES

Nombre...

Dirección..

Localidad.................................... C. C.

MAS DE 700 CLASES DE TIROS

para Rifles, Pistolas y Revólveres,

son las que fabrica la Remington Arms, UMC Co., desde las pequeñas cápsulas del .22 hasta los de calibres mayores.

Durante su fabricación, estos tiros son objeto de minuciosas inspecciones. Millones de ellos son disparados en nuestros campos de ensayo a fin de comprobar su precisión, exactitud, velocidad y penetración.

Aun en las armas baratas, en las que no es posible garantizar buen resultado, los tiros Remington UMC dan mejor resultado que ningún otro de sus similares.

Cualquiera que sea la marca o el calibre de su revólver o pistola, usted encontrará los tiros Remington UMC adecuados y perfectos en todo sentido.

Los productos Remington están en venta en todas las casas del ramo.

THE REMINGTON ARMS UMC Co.

Representantes en la Argentina:

DONNELL & PALMER - Moreno, 562-570 - Buenos Aires

REMINGTON
UMC

POLVO GRASOSO

Brissac.

Polvo Grasoso de Brissac · Parfumerie Hygienique · POLVO GRASOSO de BRISSAC · BRISSAC · MARQUE DEPOSEE · PARIS - Bs AIRES · PARFUMERIE HYG.

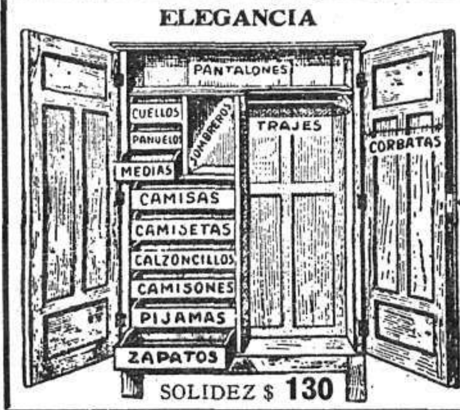
GUARDE ESTE CUPON, TIENE VALOR
Serie D
548765
La Perfumería Higiénica
Brissac
entregará gratis una caja de Polvo Grasoso Brissac a toda persona que en canje remita veinticinco de estos cupones más 20 cts. para flete.
Unicos Concesionarios: L. AUBERT y Cía.
J. Newbery, 3443-55
U. T. 2045, Belgrano
Bs. Aires

Este cupón es copia del que va dentro de la caja y no tiene ningún valor.

Como todo producto de la Perfumería Higiénica Brissac, se distingue por su alta calidad.

L. AUBERT y Cía.
Jorge Newbery, 3443 - 55
— Unión Telefónica 2045, Belgrano —

Representantes en Montevideo:
SASSOLI Y ALONSO
Rondeau, 1440-42



¡MUEBLES!

"LA PROVEEDORA DEL HOGAR"

COMODIDAD

La obtendrá usted usando este guardarropa práctico e ideal, con 9 cajones y aparato para colgar sus trajes. Los tenemos en c. roble, nogal y cedro caoba.

Tenemos también el surtido más grandioso en comedores y dormitorios de todas clases y estilos, como ser: Marquetería, Citronier, Jacobean, etc., a precios increíbles. Visítenos o pida catálogo si reside en el interior.

EMBALAJE Y CONDUCCION GRATIS.

E. ROMAGOSA
SARMIENTO, 1150 BUENOS AIRES



Para prevenir y curar la grippe, reumatismo, gota, y demás dolencias propias de la estación debe usted tomar a menudo

Baños Turcos

La transpiración es una fuente de salud y bienestar. Transpire usted libremente y en su propio hogar dentro de nuestros

GABINETES TERMALES.

Pida folleto "B"



Casa Gesell
Avenida de Mayo, 1431
Buenos Aires



¿Qué prefiere Vd. pino o cedro...?

Puerta para patio Nº 1

de cedro

A menor precio que Vd. pagará por las de madera inferior, nosotros vendemos sólidas **Puertas** y **Ventanas** de **cedro**, que entregamos en el acto de hacernos el pedido.

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo:

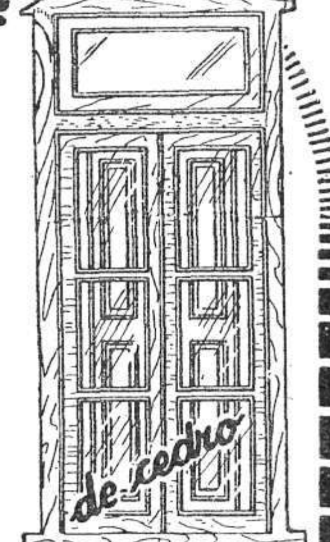
1-2-3-4-13-14-15-16-17-18-19-20-21
22-23-24-25-26-27-35-36-47-48-51-52

Solicite catálogo

Puerta N.° 1	Ventana N.° 13
De 300 × 110 c/u. $ **94**	De 240 × 100 c/u. $ **78**
» 280 × 110 » » **92**	» 220 × 90 » » **72**
» 260 × 100 » » **89**	» 200 × 80 » » **68**

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

Acordamos 5 % de descuento



TORTOSA Hnos

Escritorio: **Charcas 2941** – Buenos Aires

Una oportunidad como hay pocas

Nuestra notable oferta de hoy comprende lo más moderno y elegante en alhajas fantasía de fina apariencia.

APROVECHE ESTOS PRECIOS EXTRAORDINARIAMENTE BAJOS



PULSERA de plata platinada con esmalte y zafiros calibré en colores, pesos **12**

Bonitos **AROS** de nácar cincelado a mano **6.50**

Otros más chicos, $ 4.50

AROS de plata platinada y zafiros **$ 2.50**

Hermoso **ANILLO** de oro 18 kilates, piedras en todos los colores ... $ **12**

ANILLO oro 18 ktes. macizo y brillante del Brasil legítimo........ $ **12**

AROS argolla de galalit legítimo, en varios bonitos colores, $ **3.-**

Fábrica de alhajas y taller de composturas en la casa.

Los pedidos del interior son remitidos sin demora.

JOYERIA FANTASIAS Y BAZAR

CASA YCARDO

FLORIDA 270

CANGALLO 717-725

ROSARIO SAN MARTIN 829

Buenos Aires es grande y es pequeño.

Para mí, por ejemplo, se reduce a pocas calles, que recorro invariablemente todos los días como si no existieran otras. Diré más: profeso una cierta antipatía a las calles que quedan a la izquierda de Rivadavia, especialmente de Victoria y Moreno para allá.

No sé explicarme la causa de esta antipatía, pero me parece que a la izquierda de Rivadavia se levantan unos barrios muy diferentes de los que quedan de este otro lado, y no me hallo en ellos.

No dejo de reconocer que hay palacios, plazas magníficas, que hierve una vida que no tiene nada que envidiar a la que se desarrolla en lo que llamamos el «centro»... Todo lo que quieran. Pero, repito, es cuestión de impresiones, y en materia de gustos no hay nada escrito.

Hace poco tuve que recorrer la calle Tacuarí y, cansado de esperar los tranvías que no llegaban nunca, recorría una cuadra a pie, luego esperaba un rato en cada esquina, otra cuadra a pie... siempre con la esperanza de que la «carrozza di tutti» se dignara asignarme un lugarcito.

En la esquina Tacuarí e Independencia leí en las vidrieras de una farmacia:

«Casa fundada en el año 1818.»

—¿No se tratará de un error de... imprenta? — dije para mis adentros. — ¡1818... 1818!... Ciento cinco años de existencia me parecen muchos. Si fuera cierto sería interesante... Es mejor averiguarlo... Total, con preguntar no se pierde nada.



No se trata de una farmacia lujosa. Unos sofás, unos venerables sillones de cuero viejísimos, un local algo obscuro donde tres o cuatro mujeres con relativa prole esperan que les despachen los remedios y mientras tanto hacen *arrorró* a los chicos para que se callen.

—¡Ah, ah, ah! ¡No llores, corazoncito, no llores mi alma! ¿Tiene *bibí* el nene? Ahorita no más vas a estar mejor... ¿Cuantas veces debo darle el remedio?

—Tres cucharaditas: mañana, mediodía y noche, como dice la receta.

Y las pobres mujeres se van, tranquilas, felices, convencidas, apretando entre las manos el remedio infalible, la salud embotellada para sus adorados nenes.

Llegó mi turno.

—¿El señor?

—Nada... Una curiosidad. ¿Es cierto eso del año 1818?

—¿Que la farmacia ha sido fundada el año 1818? ¡Cómo no!

—Entonces... ¡lo que habrá visto esta botica!...

—Puede imaginarse. Nosotros la compramos a los señores Amoedo, descendientes del viejo Amoedo, nietos de don Hilario Amoedo, que fundó esta farmacia el año 1818, la primera farmacia de Buenos Aires y de la república.

—Sin embargo, este edificio es relativamente moderno...

—Sí, señor, pero ha sido levantado en el mismo, mismísimo punto en que se levantaba la vieja e histórica farmacia de don Hilario. Tres generaciones de Amoedo se han sucedido en esta farmacia. La fundó don Hilario, al que sucedió don Rafael, que se murió a los 92 años a consecuencia de una caída. Aquí adentro existía una escalera de caracol que daba a los departamentos del primer piso. El viejito don Rafael se cayó una mañana, al bajar para atender al despacho, y se fracturó el fémur... Tal vez habrá sufrido contusiones interiores; el hecho es que se murió al poco tiempo de este percance... Con él trabajaban, en calidad de dependientes, sus hijos Manuel y Arturo, dos muchachos que cuando yo los conocí contaban respectivamente cincuenta y sesenta años cada uno. Hoy día don Manuel tendrá sus setenta y dos primaveras... Pero pase si quiere visitar el local...

Un gran patio con techo de vidrio está habilitado como laboratorio, y en él existe todavía un aljibe histórico, que puede decirse está jubilado y descansa, después de haber suministrado por decenas y decenas de años lo que constituye la base del bienestar de los boticarios: el agua.

Ocioso, renegrido y oxidado duerme también un viejo alambique de los que se empleaban en la antigua farmacopea. El también ha destilado tanto que a la fecha siente la necesidad de dejar a instrumentos más perfeccionados el trabajo de extraer esencias y alcoholes. Está humildemente arrinconado, casi miedoso de que nuevos propietarios menos aficionados a lo antiguo que los actuales lo vendan como fierro viejo.

Un reloj muy antiguo colgado en el local del despacho marcha de una manera invariable, y los cocheros y carreros que pasan por delante de la farmacia suelen consultarlo muy a menudo, pues merece fe. Es un reloj de aquellos que se fabricaban entonces, para medir las horas de la eternidad.

—En este sofá, cuyo estilo de por sí basta para dar una idea de la época en que fué fabricado, pasaba horas enteras el viejo don Rafael, dormitando junto con un gran gato, su compañero inseparable. Cuando murió don Rafael, el pobre animal no pudo sobrevivirle y se murió también. Don Rafael y su gato eran muy conocidos, populares... Puede imaginarse. ¡Tantos años!

—¿Y no existen documentos que hablen de la fundación de la farmacia?

—Existe la autorización concedida por don Manuel de Rosas a don Hilario Amoedo para ejercer la farmacia... Hay una fotografía del antiguo local, tal como se encontraba en el tiempo en que se abrió el año 1818... Tenemos la Farmacopea, edición de Madrid del año 1817... Aquí está...

Y me hizo ver un librajo escrito en *latinus grosus*, que en la primera página tenía escrito:

« Revisada, pertenece a don » Hilario Amoedo, es la cuarta » edición. B. Aires — 27 Marzo » 1822 — Bravo. »

Después de la firma un jeroglífico de los acostumbrados en aquellos tiempos y que alcanzaban a garantizar la autenticidad de una firma más que la impresión digital.

Probablemente este señor Bravo habrá sido encargado de la inspección sanitaria.

—¿Y no celebraron el centenario de la farmacia?

—No se celebró nada porque uno de los socios dueños actualmente de la botica estaba en Europa, en el frente, durante la guerra, y no era el caso de hacer fiestas mientras tal vez en ese mismo momento podía ser que cayera herido o estuviera enterrado... Por eso no se hizo nada... Por otra parte, el centenario pasó...

—Váyanse alistando para el otro...

—Es lo que pensamos hacer... Por este local han pasado todos los médicos más ilustres de Buenos Aires: Fernández, Almeyras, Alvarez, Montes de Oca, Bosch, De la Cuenca, Rawson, Ortiz, Vélez, Brown, Portela, Drago, Malaver, Salvarezza, Mejías, Reynal, Ocantos, Solar, Bedoya, Zapiola, Díaz de Vivar, Pirovano, Wilde, Güemes... Aquí está... Mire usted este recetario... Verá los nombres de los médicos que le he enumerado... Aquí en esta botica jugaban al «tresillo» don Pedro Feliciano Cavia, diputado «cataplasma»; el doctor «Oxígeno», que era el doctor Pazos; don Silveyro Ponce de León, Burzaco, López, Seco...

—En fin, una farmacia como las hay en muchas ciudades de Europa...

—Exactamente... El punto de reunión de las personas más evolucionadas intelectualmente...

—¿Me permite? Quisiera dar un vistazo a la Farmacopea...

—Como no! Está a su disposición... Mire lo que quiera...

En la carátula del librajo se leía:

« Farmacopea Hispana, editio quarta, Regis jussu » et impensa — Matriti — Apud M. Repulles —

» MDCCCXVII» (Farmacopea Española — Cuarta edición por orden y a expensas del Rey — Tipografía Repullés — 1817).

Empecé a fijarme en el índice: « Pondera et men» surae (Pesos y medidas) Emulsiones, infusiones, » decoctiones, extracta, gelatinae, syrupi, conservae, » supositoria, pilulae, olea, ungüenta, emplasta, cata» plasmata, sapones, etc. »

Quise interesarme por las «cataplasmatas», para saber cómo diablos las hacían en aquellos tiempos.

Aquí va una receta para la cataplasma de pan. La voy a copiar tal como está escrita en la Farmacopea Hispana; después voy a traducirla.

Es muy interesante el «latinorum» para los que se acuerdan algo de los estudios secundarios.

« Micae panis albi, uncias sex.

« Lactis, uncias sexdecim.

« Coque igne lento ad pulmentis spissitudinem. Ab » igne semotis, abisce.

« Vitellos ovorum, cuater.

« Pulveris croci, drachman I — Habebis cataplasmatas libras duas. »

Todo este solemne lenguaje no viene a decir más que lo siguiente: seis onzas de miga de pan blanco; diez y seis onzas de leche; cocinar a fuego lento hasta conseguir una masa espesa; quitar del fuego y dejar descansar; agregar cuatro yemas de huevo, un dracma de polvo de azafrán y se conseguirán dos libras de cataplasma.

Más interesante es el emplasto simple de ranas. La receta de la Farmacopea Española es la siguiente:

« Ranas viventes, cuadraginta » — Radicum recentium ebuli » et bardanae ana sex libram — » Aceti, libras tres — Acquae, libras novem; macera per biduum » et coque ad dimidias. Tunc sume: decori colati et expressi, » libras quinque; oleum olivarum, » libras novem. Coque ad humiditatis fere consumptionem. » Deinde ab igne remove et adde; » axungiae Sevillae libras tres; » oxidi plumbi semivitrificati, » pulcerati, libras sex. Eiusdem » decoti quantum suficit. Spatula lignea permixtis iterum co» que ad debitam spissitudinem, » ut digitis non adhereat; tunc » adde: cerae citrinae, libras tres, » terebenthinae, uncias duas. » Exacte permixtis et semirefrige» ratis insperge euforbii pulverati » unciam unam. Fiat emplastrum. »

En idioma menos misterioso todo eso significa:

« Cuarenta ranas vivas. Raíces frescas de saúco y » bardana, una libra y media de cada una. Tres libras » de vinagre. Nueve de agua. Dejar en infusión dos » días, cocinar hasta que llegue a cocer por la mitad. » Agregar cinco libras de decocción filtrado y nueve » de aceite de olivas. Cocer a baño maría hasta que » se consuma, quitar del fuego y agregar grasa de » Sevilla tres libras, óxido de plomo semicristalizado y » en polvo seis libras y agregar cuantum basta de la » misma decocción. Con una cuchara de madera remo» ver y agitar hasta que todo se ponga espeso y no se » pegue a los dedos. Luego agregar tres libras de cera » amarilla y dos de trementina. Mezclar, dejar que se » enfríe y espolvorearlo con una onza de euforbio pul» verizado. El emplasto está hecho. »

Hay que darse cuenta de la frase latina empleada en la Farmacopea: «Fiat emplastrum». El Fiat creador, la misma palabra que empleó el Eterno Padre al dar vida al Universo.

Entreveradas a las hojas impresas había también unas hojas sueltas, escritas a mano... llenitas de fórmulas raras y recetas de aquellos tiempos.

Estas, por ejemplo:

« Secreto del vino para saber si tiene agua o no.

« Para saber si el vino tiene agua, se echan unos » pedazos de pera cruda y mondada en el vaso en que » estuviera el vino, y si anduvieren por encima nadando » será señal que no habrá agua, pero si fueran a lo » hondo, el vino será aguado. »

Sistema muy fácil por lo visto, pero que tiene un inconveniente: no siempre se dispone de peras y mucho menos en Buenos Aires donde la fruta es un lujo.

DE MI DIARIO

Por el doctor A. VACCARI

No habiendo peras hay otro método más a mano: « Tómese un junco o una paja de avena bien lisa » y untándola con aceite o con sebo que sea mejor, » meterla en el vaso del vino y si hubiera agua saldrán » pegadas unas gotitas. »

Item más:

« Llene una olla nueva de vino y si hubiere agua » al cabo de dos días la consumirá toda. »

Otra:

« Mojen un pedacito de cal viva en el vino; si tuviere » agua se deshará, y si no se apretará más. »

Sin embargo, supongo que para los lectores resultará muchísimo más interesante conocer el secreto para que el fuego no queme. Hay tres recetas que los interesados podrán experimentar a gusto.

« Tómese arsénico rumbeo y alumbre, iguales partes » y bien molido; lo mezclarás con la yerba llamada » en latín semper vivit y en romance siempre viva o » azabara. Untate la mano con esta mixtura y podrás » tomar el fuego con ella sin quemarte y asimismo » podrás lavarte la cara con aceite hirviendo o agua que » bulla, si tuvieras untadas las manos con lo sobredicho.»

La receta no habla de la conveniencia de untarse también la cara con la misma mixtura, pero creo que no hay necesidad de hacer especial advertencia a los que quisieran averiguar la verdad del sistema.

« Toma hitiocola y mezcla con » vinagre que no sea aguado, » podrás mojar un paño con esta » mixtura y echarlo al fuego y » dice que no haya miedo que se » queme. Y si con esto te unta» ras las manos y cara, podrás » lavarte con aceite y agua hir» viendo que no te quemarás. »

El último secreto para no quemarse es el siguiente:

« Polvo de altea mezclado con » clara de huevo y untarse con » esta mixtura las manos, los pies » o cualquier parte del cuerpo y » el fuego no empecerá ni que» mará la parte que estuviese un» tada con lo dicho. »

Los antiguos atribuían virtudes muy grandes al aguardiente, porque se leen en la Farmacopea «las muchas y muy grandes propiedades que tiene» una vez preparado en debida forma.

Hay que tomar dos cántaros de muy buen vino tinto y » poner en infusión: «jengibre blanco media onza, » de clavo de girose un cuarto; de granos de pa» raíso un cuarto de onza; de nuez moscada media » onza, corteza de naranja seca del mes de mayo » media onza, flor de romero media onza, hojas de » salvia media onza». Todos estos ingredientes molidos se pondrán en el vino y al cabo de seis horas se podrá sacar el aguardiente cuyas virtudes son las siguientes: desarrolla el pelo, bebida quita el reumatismo y todo dolor, aplicada por gotas en las orejas devuelve el oído, aclara las cataratas de los ojos, quita el dolor de muelas, quita el pasmo, ayuda a los paralíticos, sana las mordeduras de los animales ponzoñosos mezclada con triaca, sana el mal de riñones y la jaqueca, la tos, hasta cura la mordedura del perro rabioso... En fin, arregla un sinnúmero de cosas cuya lista ocupa un par de páginas escritas a mano con letra muy finita.

Lindos tiempos aquellos en que la farmacopea era a base de «simples» tan mayúsculos como la simplicidad de los clientes.

En aquella época se vivía de veras una vida patriarcal. El «criado» se presentaba al mostrador y decía:

— Dice mi amita que le dé un poco de éter, que a la mulata Emiliana le acaba de dar la pataleta...

Y otro:

— De parte de doña Anastasia que preste la «ayuda», por hallarse muy... apurada...

A lo que contestaba el dependiente:

— Tome y devuélvala.

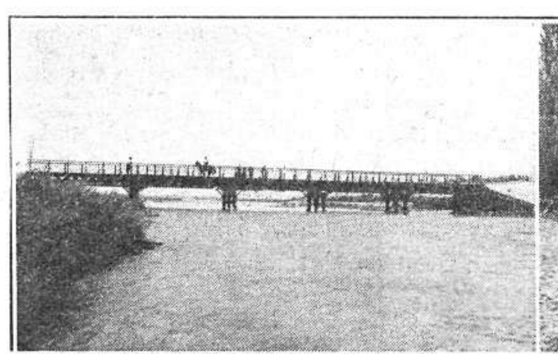
¡Deliciosos tiempos aquellos en que todo el mundo era más servicial que hoy en día!

De Mendoza

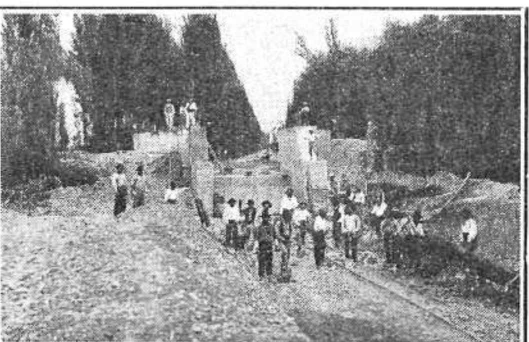


SAN RAFAEL. — El mayor Rawson pronunciando una alocución patriótica después del tedéum realizado el 25 de Mayo.

Gasógeno de la usina eléctrica que aprovecha para la combustión el orujo, lo que supone un ínfimo gasto.



Nuevo puente sobre el río Atuel que une esta ciudad con el muy importante distrito de Villa Atuel.



GUAYMALLEN. — Aspecto actual de los trabajos de canalización en el paso denominado "La Muerte".

SEÑORA:

una visita a la

Casa Izquierdo
Carlos Pellegrini, 490

especialista en **Corsés** y **Fajas** de calidad, dará a Vd. la oportunidad de admirar lo grandioso de nuestro surtido y la belleza de nuestros modelos.

Nuestro departamento de expedición despacha en el día todo pedido que se nos confíe, siendo por nuestra cuenta los gastos de envío.



NUESTRO

REGALO

"Pictorial Review" del mes de **Junio de 1923**

Gratis

A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el molde de este precioso vestido en la medida que nos indique y, **como Regalo, un ejemplar** de nuestra revista de modas y literatura **"Pictorial Review"** (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de **Junio de 1923**.

Presentamos nuestro modelo "Mercedes".

Riquísima faja (35 centímetros de alta) cerrada atrás y con ballenas adelante, confeccionada en el mejor **tricot elástico inglés mercerizado** y 4 ligas de seda. . . . . . . $ **30.00**

Casa Izquierdo

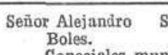
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490
Buenos Aires

UNION TELEFONICA 4913, LIBERTAD

GENERAL PICO (Pampa). — Público que presenció los diferentes números del programa deportivo realizado en el field del "Pico Football Club", con motivo del aniversario patrio.





Distinguidas señoritas y jóvenes de la sociedad local durante un intervalo del baile realizado en el "Pico Tennis Club".

Señor Alejandro Boles. Señor Pedro Bandi. Señor Jaime Ruiz
Concejales municipales recientemente electos.


LUBIN
PARIS
EAU DE COLOGNE
LUBIN PARIS
Arabella
LUBIN
PARIS
AGUA DE COLOGNE
"NOIR & OR"
POLVO DE ARROZ
"ARABELLA"
"DOUCE FRANCE"
"SOLA MIA"
"ENIGMA"
"LACDOR"

Comentarios

Aseguran que Loza es un profundo
pensador que no grita ni apostrofa
y, en cambio, filosofa
sobre todas las cosas de este mundo.
Y, como buen filósofo, es modesto.
A él le atribuyen esto
que vamos a copiar.



El mate frío
no me gusta en invierno ni en estío.
Yo, igual que mucha gente,
lo prefiero caliente.

¿Por qué se afeita Alvear? Por vanagloria
y porque habrá pensado
que, como él, han triunfado
todos los afeitados de la Historia.

Si eres hombre sesudo,
no aceptes el desnudo.
El desnudo en el arte
es algo que debía horripilarte.
A la Venus de Milo, que da grima,
ponle un parral encima.



Deja que se descubra el mundo entero
y tú nunca te quites el sombrero.
¿Que eres bien educado? Convenido.
Mas no eches en olvido
que la comodidad es lo primero.

Hablaba el otro día
un individuo de Domecq García
y le llamó argonauta.
¡Argonauta! ¿Y qué es eso? ¡La gran flauta!

Quien manda es grande. Basta con que mande
para que sea grande, según veo.
Irigoyen es grande. Alvear es grande.
Y yo también soy grande. ¡Ya lo creo!

Niegan a Dios los hombres sin conciencia,
cosa que un buen cristiano no comprende.
A mí no me sorprende.
Hay personas que niegan mi existencia.



Los botines estrechos
dejan los pies maltrechos.
Y el pan duro es nocivo,
pues nos puede romper un incisivo.
¡Quién diría que fuesen tan afines
el pan y los botines!

Tener un nombre raro es lo importante.
Jamás se llamó Eufrasio un ignorante.

Quien perora, se exalta.
Yo no soy orador ni me hace falta.
En algunas repúblicas
el que habla mucho sale del mal paso;
pero, digan, ¿fué, acaso,
Demóstenes ministro de obras públicas?



La vida es corta, el ministerio breve.
Hay que abrir el paraguas cuando llueve.

La persona que es grave y reposada
no debe renunciar a una embajada.
Y el ministro que es serio
no debe renunciar al ministerio.
El que haga tan tremendo disparate
es, a la fuerza, loco de remate.

Las intrigas y chismes me dan asco.
¡Qué rico es el churrasco!

Hay quien hace la crítica
del presidente Alvear y su política.
Opinar me parece un desatino.
Que opinen los demás. Yo nunca opino.

Aunque soy fuerte y ágil,
¡mi apellido es tan frágil!

Son (y la semejanza es muy curiosa)
Herodes y Marcó la misma cosa.

— Todo lo que nos dice es muy bonito.
— Hay que aplaudir a Loza.
— Lo merece.
— Yo niego que es de Loza. Y lo repito.
Han calumniado a Loza. Me parece
que Loza no lo ha escrito.

MONOS DE REDONDO.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: El comisariato del viejo Quilques, por **Santiago Maciel**. Un viejo parroquiano, por **Ernesto Mario Barreda**. La savia del amor, por **Julio V. González**. Recuerdo silencioso, por **Roberto Lazcano**. Botánica de ensueño, por **Arturo Capdevila**. Foquito, por **Sonia Pensiseners**. La encargada de la casa de pensión, por **B. González Arrili**. Los migueletes en el convento, por **Raimundo Casellas**. Autobiografía, por **Mark Twain**. Tío y sobrino, por **Edmundo About**. El otro sobretodo, por **Morley Roberts**. El señor Rosalío, por **Prudencio Canitrot**. Las violetas del Atica, por **Renato Simoni**. Por tierras santiagueñas, por **Adolfo Posada**. Hombres célebres: Velázquez, por **Eduardo del Saz**.